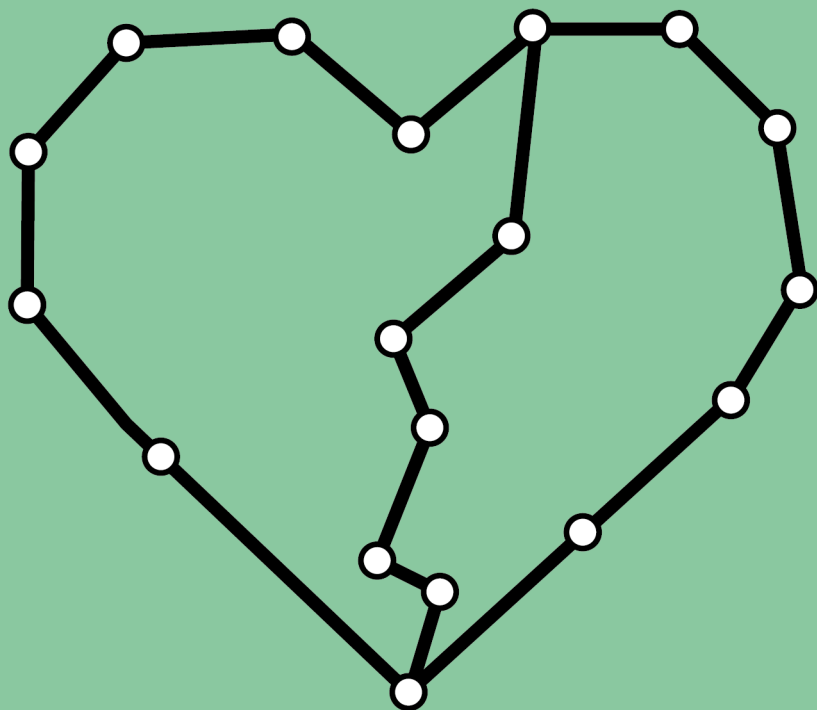


Cuentos para Olvidar en Terminales



Juan Sebastián Molina

Cuentos para olvidar en terminales

Cuentos para olvidar en terminales

Juan Sebastián Molina Serna

*A Daniï por dejarme ir, iniciar
este libro y acompañarme en
esta travesía.*

*A Valen por viajar conmigo
y ayudarme a terminar este
libro.*

Dice el diccionario de la Real Academia Española que Olvidar es: (Del lat. *oblitare, formado sobre el part. pas. oblītus, de oblivisci).

1. tr. Dejar de tener en la memoria lo que se tenía o debía tener. U. t. c. prnl.
2. tr. Dejar de tener en el afecto o afición a alguien o algo. U. t. c. prnl.
3. tr. No tener en cuenta algo. Olvida los agravios que te hicieron. U. t. c. prnl.
4. tr. p. us. Hacer perder la memoria de algo.

Con esa definición lista, Cuentos para olvidar en terminales quiere ahondar en el verbo Olvidar, quiere olvidar amores, quiere recordar pasiones, quiere hacer perder la memoria de algo, quiere viajar. Porque según el imaginario colectivo, viajar ayuda a olvidar, sobre todo cuando se hacen viajes largos.

Es con este imaginario colectivo y con las ganas de dejar muchas cosas atrás, que nacen estos dieciséis cuentos que quieren reflejar las distintas formas que se conocen para olvidar, recordar y hasta vivir cosas que nunca se han vivido pero que, de alguna manera, están en mentes y en corazones de muchas personas.

Además, tiene un tinte adicional: casi todos los cuentos están atravesados en alguna parte de su narración por una terminal, un aeropuerto, un medio de transporte: donde ocurren cosas en vagones de tren o en esquinas de ciudades inimaginables que tal vez nunca se pisarán. Donde se trazarán mapas en lugares que finalmente formarán nombres de personas y hasta harán que reciban visitas inesperadas. Donde la muerte será protagonista y las parejas se disolverán con contundencia.

Cuentos para olvidar en terminales es el trazo de una ciudad en vagones del metro, son los pasos de personajes por su asfalto y hasta la forma en que, dejando de ser ellos, lograron deshacerse de todo eso que cargaban a sus espaldas. Es el vivo reflejo de caminarla, de imaginarla, de quererla y odiarla, de olvidarla, de dormirla y emborracharla. Es una ciudad reflejada en muchas ciudades, en muchos relatos.

1. Reencuentro

La noche que se despidieron sabían que no volverían a verse en mucho tiempo y por eso decidieron hacerlo de una forma inusual. Mientras otras parejas se dedican a decirse adiós entregados a los placeres carnales del hombre, ellos se sentaron frente a frente, se devoraron a palabras, se sumieron en gazaperas y tertulias que reflejaban que más que una pareja de enamorados, eran una sola mente tratando de cosechar algo con lo que podrían cambiar el mundo.

Ella iba a Francia y él, que sabía que no podía competir con el beso francés, se quedaba en Primavera con un montón de recuerdos y un profundo amor en el corazón.

El beso que se dieron en el aeropuerto fue el último de los millones que se dieron con sus labios y miradas durante los cinco años que compartieron. Sabían que no iban a volver a verse. Sabían que vendrían nuevos sabores. Él extrañaría su aliento a cigarrillo y café y ella no volvería a oler unos dedos que supieran mezclar la madera y el carbón de los lápices con el olor de su entrepierna. Fue el beso más sincero que se dieron, él pidiéndole de forma intrínseca que no se fuera y ella sugiriéndole con su lengua que la acompañara. Cerraron la despedida con un abrazo que fue igual al primero que ella le dió: colgándose del cuello de él, dejando entrever, mientras él la cargaba, que los separaban unos veinticinco centímetros.

Partió en el avión de las tres de la tarde y con ella se llevó todos los sueños que habían hecho juntos. Eran jóvenes sí, pero ya habían vivido y conseguido todo lo que una pareja siempre anhela.

Con el pasar de los días y la personificación de la ausencia, las rutinas de ambos cambiaron y empezaron a cumplir con la promesa de no volverse a hablar nunca. Porque ella nunca volvería y él, por su miedo a volar, nunca iría.



Se olvidaron.

Los calores de Primavera consumían cada uno de los cuerpos de los habitantes de la ciudad. Él, con su silencio y sus características ganas de leer, se sentó en el tren, sacó un libro y con la misma paranoia de siempre, miró a todos lados.

Él, que atribuía a poderes sobrenaturales su capacidad para sentir cuando alguien lo estuviera mirando, sintió eso: que alguien lo estaba mirando. El tren no arrancaba y luego de inspeccionar quien estaba causando tal incomodidad en su cuerpo, la encontró a unas sillas de distancia.

Miró detalladamente y al fondo, recostada contra el vidrio, se encontró a una piel amarilla y unos ojos café que lo miraban fijamente. Hurgó en su memoria, habían pasado dos años. Miró extrañado, la mujer que lo observaba esbozaba una sonrisa. Él amagó con volver a leer, pero levantó la mirada de nuevo para cerciorarse de que fuera ella, la misma sonrisa y piel que lo habían olvidado por culpa de la distancia.

Era ella.

Guardó el libro en el bolso y, decidido, se cambió de puesto. Se le sentó al lado.

Quiso saludarla de beso pero no supo dónde dárselo, por lo que la mejor forma que encontró fue una sonrisa. Ella le sonrió de vuelta. Ahí, ya en la cercanía, él estuvo completamente seguro de que era ella, la mujer que echó al olvido, todo porque aún conservaba la mancha amarilla en su diente frontal, la misma mancha que a ella la avergonzaba y que para él la hacía ser única e imperfecta. Lo que lo había enamorado cuando ella apenas tenía quince años.

Hoy ya rondaba los veintidós años y aún conservaba eso que lo llevó a él a protegerla desde el primer día que la vio.

Se miraron a los ojos, los cuerpos lucían acalorados, los ojos de ella brillaban. Se notaba que quería contarle muchas cosas, pero no sabía por dónde empezar.

-Así que volviste- le dijo él.

-Así es- respondió ella.

-¿Y por qué apenas apareces?- Preguntó él.

-La verdad, nunca me fui- respondió ella.

-¿Cómo no? Si yo te vi subirte al avión- dijo él.

-Y me fui en ese avión, pero no me fui del todo, porque ahí- le dijo mientras le señalaba el corazón- siempre estuve.

-No, yo te olvidé, casi no te reconozco-

-Tal vez olvides una cara, pero lo que llevás adentro, eso no lo controlás y por más que quieras, el corazón es como un imán, sabe cuándo debe aferrarse a otro y así como yo regresé a vos, él quiso que volvieras a mí.

-Pero no debés confundir un encuentro casual con una simbología del magnetismo.

-No, no lo estoy haciendo, la verdad es que llevo dos meses rondándote y tu paranoia no se activó sino hasta hoy.

-¿Dos meses? ¿Volviste hace dos meses?- preguntó él sorprendido.

-Hace cuatro, sino que casi no encuentro una casa cerca a la tuya para sentirte.

-¿Sentirme? Pero si no te acercaste, ni avisaste que llegabas.

-Con escucharte cantar en las mañanas me bastaba. Eso hice. Hasta hoy, que quise hacerme presencia y decirte que he vuelto.

-¿Y a qué volviste?

-¿Y a qué volviste?

-A decir verdad, porque la ausencia me consumió y como me consumió, decidí volver a ser presencia y tener todo lo que me hacía feliz.

-¿Qué te hace feliz?

-Vos, vos sos mi felicidad.

-No, yo no soy tu felicidad, soy solo un porcentaje de lo que te hace sentir feliz. El resto debe depender de ti.

-Si, pero si te tengo a vos, la dependencia es más llevadera. Vos me hiciste a mí, soy una creación tuya.

-No, no lo sos, simplemente fui capaz de potenciar cada una de tus



pasiones y llevarlas al más grande sentimiento.

-¿Y entonces qué es eso si no ser lo que siempre quise ser convirtiéndome en lo que siempre quisiste que fuera?

-Sos solo un reflejo de lo que siempre quisiste ser, yo era ese espejo que necesitaste. Y como te di rienda suelta para que lo cumplieras, crees que yo soy el causante de todo eso.

-Pero es que con vos era libre.

-Entonces yo no soy tu felicidad. Tu felicidad es ser libre. Tal vez Francia te consumió y te metió en una monotonía que te encasilló y lo que en realidad extrañas es el caos que yo te ofrecía.

-¿Caos? Si sos lo más aburrido que conozco.

-Ves, mi aburrición es caótica. Para vos es caótica y eso es lo que te trajo de vuelta.

-No, me trajo de vuelta la ausencia y extrañarte.

-Yo también te extraño. Solo que no puedo aceptarte de vuelta.

-¿Por qué?

-Vendí todo lo que me unía a vos.

-¿Pero qué te dije? Acaso necesito de cosas materiales para aferrarme a vos. Con el corazón me basta.

-Pues tomá mi corazón y llevátelo a Francia. Tal vez a él no le dé miedo de volar.

-Pero es que no entendés, yo no quiero tu corazón, yo te quiero a vos y te quiero aquí y ahora.

-Yo a vos no te quiero- le dijo él.

El silencio se interpuso entre ellos.

Ella lo miró fijamente, sintió como una lágrima empezó a brotar de su ojo derecho. El izquierdo quiso hacerse el fuerte y conservar la compostura.

-Está bien- dijo ella.

-Bien- respondió él.

Se miraron de nuevo, a los ojos, con la mancha en el diente, con los ojos café, con la piel amarilla. Le agarró la cabeza con fuerza, él no opuso



resistencia, le dio un beso, un beso de esos profundos que se daban al principio, cuando ella tenía quince años y no sabía besar.

El interior de ambos vibró. Se sintió tan fuerte que el tren se detuvo.

-Aquí nos bajamos- dijo ella.

-¿Para dónde vamos?- preguntó él.

-No lo sé, pero te aseguro que ni a Francia ni a casa vamos a volver.

-¿A dónde vamos?- insistió él.

-Dejá de querer controlar todo a tu alrededor. Vámonos, tal vez remover las fibras que nos unieron en el pasado y tejer unas nuevas es lo que necesitamos.

2. Retrato de un sueño

Siempre le había contado que quería una finca en el oriente, allá en la cima de las montañas, donde podía mirarse la inmensidad de la ciudad desde el punto más alto, o perderse en la profundidad del mar verde que representaba la continuidad de la cordillera. Esta, su finca, era una al borde del lago, donde en la tarde el calor hacía de las suyas en la piel y en las noches congelaba hasta al más cubierto. Varias veces habían compartido en esa zona y ahora, cuando la soledad los acompañaba a ambos, la distancia los reunió.

La vida y sus casualidades los unió una noche lluviosa entre brownies y una noche, igual de lluviosa, se encargó de acercarlos en la ventana de chat.

-¿Cómo estás?- preguntó ella.

-Bien, ¿Tú?- respondió él.

-Nada, te necesito. Debo hacer una maqueta y vos sos la única persona, con las capacidades artísticas que necesito, que conozco.

-¿Sí? ¿Cómo hacemos entonces?

-¿Dónde estás?- preguntó ella.

-En mi casa.

-Listo, ya salgo para allá.

-No, espérate, ya no vivo en el mismo lugar- le dijo él.

-¿No? ¿Entonces dónde?

-Estoy viviendo en el Oriente, me compré una finca al borde del lago. Donde siempre quise. Pero si quieres, bajo por ti y hacemos la maqueta en tu casa.

-No, yo quiero conocer tu nuevo hogar. ¿Es posible?- preguntó ella.

-Claro, acá siempre eres bienvenida.

-Listo. ¿Qué empaco?

-¿Cuánto te quieres quedar?- le preguntó él.

-No sé, hago la maqueta y vemos si paso un par de días más allá.

-Está bien, empaca, en más o menos una hora estoy en tu casa.



Cerraron las ventanas de chat, él se peinó y ella se dio a la tarea de empaacar. Eran las once de la noche, salir de casa sería complicado, pero necesario.

Con la medianoche, una fuerte lluvia y un carro todoterreno, llegó a la casa de los que alguna vez lo acogieron como parte de la familia. Hoy, tal vez era un olvido más en una carpeta sin nombre del computador de ella, además de un libro en la biblioteca y unas postales rotas en el escritorio.

Le timbró al celular. Ella ya estaba en la puerta, sólo accionó la cerradura; sonó igual de fuerte que años antes, aún le faltaba aceite y por eso rechinó cuando extendió su ala. Las sonrisas fueron la mejor manera que encontraron para decirse hola. Él le recibió el bolso, lo echó en la parte de atrás del carro, luego sacó una sombrilla y la acompañó hasta la puerta del copiloto, donde le abrió, la ayudó a subirse y luego le cerró la puerta con seguro.

Sin decirse una palabra, pues las mariposas en el estómago de ambos hablaban por ellos, empezaron a subir con rumbo a las montañas. La música en el estéreo era una mezcla de esas voces que disfrutaban mientras leían en la cama y que varias veces vieron juntos en conciertos, donde amor y odio los unió y los separó. Ella tiritaba de frío mientras cantaba, él le prestó su cobija infantil, con la que se habían cubierto muchas veces de los estragos del viento, que en oriente sí que los hacía. Ella sonrió.

En un punto del camino, cuando la oscuridad se metía por las ventanas, él desvió el auto y empezó a adentrarse en la montaña. Ella ya dormía.

Cuando llegaron, él detuvo el carro en el portón de la casa, presionó el control que le abría las rejas. Ella ni cuenta se dio. Luego, estacionó en el garaje. Descargó el bolso de ella, sacó la sombrilla y la extendió para que se le quitara la humedad. Ella aún no despertó.

Con la timidez de haber desconocido su cuerpo en todos los años que llevaban separados, la miró dormir un rato con la puerta del carro abierta, luego tomó la decisión.

La cargó entre sus brazos, ella se acomodó en su pecho como lo hizo en los tiempos en que juraron amarse, inhaló el aroma de su pecho y volvió a dormir. Él la llevó hasta la habitación que tenía destinada para los huéspedes, la descargó en la cama, le echó tres cobijas encima y le dio un beso en la frente. Cerró la puerta y se fue a dormir, la mañana iba a traer un montón de recuerdos consigo y muchas cosas que decir.

Con los primeros rayos del sol se despertó, durmió poco como siempre, pero esta vez algo lo impulsaba: debía atender su visita de la mejor manera.

Picó un poco de fruta, le hizo un poco de Milo. Se puso a escribir mientras esperó a que despertara.

Se comió la fruta, escribió casi un libro y ella apenas despertó a eso de las diez de la mañana, la sonrisa volvió a decir “hola” por ambos.

-Qué bonita casa tienes- le dijo ella asombrada.

-Gracias. Siempre a la orden- le respondió.

-¿Dónde estamos?- le preguntó ella.

-En Guatapé- dijo él - ¿Ya viste el lago?

-No- respondió ella, pero una sonrisa de alegría se vio en su rostro y salió a mirar.

Mientras ella se topó con el azul panorama que reflejaba el lago y el verde de las montañas, él fue a calentarle un poco el Milo y luego se lo llevó hasta el lugar desde donde miraba asombrada.

-¿Qué tal?- le preguntó.

-Déjame yo lo pruebo y luego te digo- respondió.

-No me refiero al Milo.



-Esta vista es perfecta para reconfortar almas y alegrar espíritus- dijo ella.

-Pues por eso vivo acá solo, los espíritus vienen a alegrarse acá y asustar un poco a mis visitantes.

Ella sonrió, se dio vuelta, volvió a la casa. Él se quedó otro rato mirando la inmensidad. Cuando volvió a la casa ella estaba comiendo la fruta sobre la mesa y leyendo el periódico.

-¿Hace cuánto tienes la casa?- preguntó ella.

-Un par de años.

-¿Y con quién la has habitado?

-Nadie, sólo somos los libros, las palabras, los recuerdos, algunas canciones y yo.

-Pero...

-Sí, la última vez que hablamos estaba con alguien, eso fue hace tres años, pero fracasó y con el fracaso vino la soledad y con la soledad, la compañía del viento en esta casa. ¿Cómo es la maqueta?

-¿Cuál maqueta?- preguntó ella.

-La que teníamos que hacer, por la que estás acá.

-Ah, la maqueta...- dijo ella alargando las palabras, sin saber qué decir.

-¿No hay maqueta?- preguntó él.

-¿Qué vas a hacer de almuerzo?- cambió de tema ella.

Leyeron un libro juntos, se recostaron en el sofá, se sonrieron, abonaron de nuevo las áridas tierras de un amor que alguna vez había dado frutos y ahora se disponían a almorzar. Ella, como siempre, observaba lo que él cocinaba, mientras le contaba sus años lejos, su vida en otros brazos, sus ganas de tenerlo.

Carne de cerdo en miel, papas en cuadros con mostaneza, arroz, sopa de papa y jugo de maracuyá, fue el almuerzo. Ese que ella siempre le pedía cuando se quedaba sola y lo llamaba para que fuera a cocinarle.

Cuando terminaron, él se puso a lavar los platos y ella se recostó contra uno de los muros de la cocina. Luego se lavó las manos, mientras



él enjuagaba el jabón y en un acto que trató de recordar esos buenos momentos, acompañada también por un impulso, las metió bajo la camiseta de él, que se estremeció profundamente y sonrió.

Ella lo abrazó, pegó su mejilla a la espalda de él mientras terminaba de lavar los platos. Luego, cuando él se giró, intentó besarlo, él la cargó, la apretó fuertemente en un abrazo y alejó la boca. La sed se la calmó con un poco de jugo, el deseo lo cubrió con un helado de postre y la sonrisa fue la cereza con la que quiso matar las mariposas que sintió cuando sintió el aliento de ella acercándose al suyo, queriendo fundirse en su boca y que él no supo cómo más responder.

Entendiendo la situación, ella pidió disculpas, él le sonrió, le besó la frente, le restregó el cabello con sus manos y la tomó del dedo meñique, así como cuando quería ser inocente y darle un beso a escondidas del padre de ella; la llevó al sofá de la sala, la invitó a sentarse y a su lado, se sentó.

Cuando estuvo cómodo, la tomó de los hombros y la acostó sobre sus piernas. Ella, algo desconcertada por la actitud ante el beso, había querido salir corriendo, pero no sabía dónde estaba ni cómo salir de allí. Se recostó y se quedó mirando el vacío de un muro de ladrillos. Él tomó un cuaderno que descansaba sobre la mesa de centro, lo abrió, ojeó un poco y después de unos segundos, llegó al punto que quería.

Era su cuaderno de notas, él, que se ganaba la vida escribiendo, quería aprovechar la situación para que ella escuchara unas líneas que se estaban poniendo amarillas al ritmo de las hojas.

Te extraño. tu cuerpo, tus jugos, tus juegos, tus manos. Vivo tus besos, sueño tus labios. Si pudiera tenerte acá, te haría felicidad, te haría una canción de piano. Te vivo, te disfruto, te dejo, te veo.

Extraño las formas en que me sonreías y los besos de chocolate que muchas veces me diste, añoro el momento, tus ronquidos, tus embistes. Disfruto tu ausencia, saca mis mejores letras, detesto tu ausencia,



es mi más profunda tristeza.

Ella se levantó, él la miró. Se unieron con los ojos, se saborearon con el aliento, se disfrutaron sin tocarse y, finalmente, se fundieron en una lágrima que salió de los ojos de ella y un abrazo con el que él la trató de consolar.

Llegó la noche, con ella las letras. Ella las leía en un libro que encontró en la biblioteca, él las imprimía con tinta en una libreta. Comieron juntos, hablaron juntos, la maqueta quedó aplazada para el otro día, según lo que estaba estipulado, ella se quedaría dos días. El primero ya se estaba esfumando entre recuerdos y el olvido se les estaba metiendo en las cobijas.

Él la llevó hasta el cuarto de huéspedes, Ella quiso que fuera para ella esa noche completa. El frío se le metía entre los pantalones de la pijama y sólo él sabía cómo calmarlo. Le dio un beso en la frente, le dejó la luz encendida; con el libro en las manos, ella lo vio cerrar la puerta luego de haberle guiñado el ojo y regalado una sonrisa. Las gotas de lluvia empezaron a musicalizar la noche, a agarrar el techo a golpes, así como Ella quería que fuera su cabeza la que las recibiera y la consumiera hasta alcanzar el valor de decirle la verdad.

Las horas de la noche se fueron desvaneciendo por la lluvia, las ganas de dormir de ella también, el frío se le fue metiendo entre los poros y decidió lanzarse al vacío, algo extraño en Ella, pero que tal vez, podría despertarla de golpe en los brazos de él.

Sin tiempo de por medio, se levantó de la cama, abrió la puerta de su habitación y caminó hacia su izquierda, toda la casa estaba a oscuras, pero sabía cuál era la habitación de Él. Nunca caminaba descalza por la casa, pero esta vez, por la velocidad con la que tomó la decisión, se vio obligada a hacerlo. Caminaba en las puntas de los pies, no porque temiera que la escucharan, sino porque el frío del piso la hacía estremecerse si apoyaba por completo las plantas.



Giró la bola de la puerta, estaba abierta.

En la penumbra se fue moviendo lentamente, sin linterna, fue dando pequeños pasos hasta que su dedo meñique se vio atacado por el borde de algo, tal vez una silla, tal vez un mueble. No pudo evitar un grito, leve, pero al fin y al cabo un grito.

Pese al ruido, Él no se despertó. Ella palpó con sus manos y a tientas, cuando los ojos ya se habían acostumbrado un poco a la oscuridad, encontró la cama. Siguió palpando y se metió bajo las sábanas y se abrazó a ese cuerpo que descansaba, que antes la había abrazado y que en esta noche de frío podía brindarle calor.

Él la abrazó, tal vez por inercia, tal vez por ausencia, le respiró en el cuello, mientras ella se acopló rápidamente a la curvatura de sus rodillas y fue conciliando el sueño en tanto el cielo les caía a pedazos.

La luz del sol se coló por la ventana, ella dormía en el pecho de él y él sonreía soñándola.

Despertaron sonrientes, sintieron esa tensión entre los labios que los acercó a besarse y los alejó apenados. Se fundieron en un abrazo, fueron un alma tranquila y un corazón que palpitaba a mil golpes por segundo, se dieron un beso de esos que se encuentran en las esquinas de los labios y cruzan rápidamente para desaparecer en la pared del cachete. Los músculos se tensaron más, las mariposas que dicen sentirse en el estómago revolotearon casi hasta salir y se convirtieron en sonrisas. Ella, con sus labios carnosos, gruesos, rosa, se quedó mirándolo con esa sonrisa que siempre tenía cuando aún no se esforzaba por olvidarlo, él le resoplaba suavemente, sintiendo su aliento un poco amargo, con ganas de contarle con un beso cuántas veces la había extrañado.

Se levantaron de la cama a eso de las diez de la mañana, el desayuno fue de frutas, conversaciones, recuerdos y hasta regresos. Él hizo que sus manos se perdieran en los anillos color castaño del cabello de ella, le dio un par de kiwis y se hizo recuerdo en su paladar.



Luego de lavar los platos ella se paró en el muelle a contemplar la laguna mientras iba dándole vueltas a las páginas del libro amarillo que había agarrado de la biblioteca. Él llegó con un par de remos y otros tantos libros en una mochila, se subió a un bote que estaba anclado en la orilla y la convidó a que navegaran juntos.

Ella, indecisa, confió en él y se subió al bote. Él remaba y dirigía la conversación por ese lago de recuerdos, esperaba tocarle el corazón con el paisaje y unas cuantas palabras que tal vez el viento, fuerte en la mitad del lago, podía recitar de mejor manera que su torpe boca.

Cuando llegaron a un lugar de la laguna donde la memoria empezó a fallar y los brazos de él a dolerle, se detuvieron. El sol se había marchado y los había dejado a solas, sabía que lo que tenían atesorado y debían liberar, no necesitaba de su presencia.

Se acostaron en el bote, miraron el cielo, los tonos naranja anunciaban la llegada de la tarde. Del bolso salieron unos sandwiches y unos libros, los primeros fueron el almuerzo, los segundos, el postre. Se devoraron la mente, así como cuando ella hacía su tesis y le ponía retos mentales a él, que con una frase lo solucionaba todo. Se recorrieron con la mirada y luego con el deseo, se detuvieron en el momento en que las miradas se cruzaron. Conversaron hasta el cansancio, se tiraron agua y volvieron a los libros.

La tarde iba cayendo y ellos se acompañaban. La madurez, el olvido y las conversaciones los empujó a hacerse solamente compañía. Se deseaban, se esperaban, se querían, hasta se amaban, pero no se decían nada, dejaron que el cielo les pintara el corazón y les sacara las sonrisas que hacía años se habían negado.

Se acostaron nuevamente en el bote, uno junto a otro, suspiraron, dejaron que las estrellas les iluminaran los ojos, se sonrojaron, se besaron. Fundieron sus bocas en el deseo y se recordaron, se recorrieron y se sumergieron en la profundidad de un beso anunciado al principio de la conversación hacía dos días cuando llovía. Se recorrieron con las

manos, se hicieron letras y se escribieron con las manos cuánto se querían, se separaron, se abrazaron, se desnudaron, se sintieron hechos agua, se lanzaron al agua, sintieron espasmos y orgasmos, el frío los convirtió en recuerdos y ellos se encargaron de hacerse pasado, porque el presente ya no les pertenecía y así mismo, después de esos tres días juntos, cuando él la volvió a llevar a su casa, se olvidaron sin haberse tocado un pelo más allá del beso.

3. Aeropuerto

Se conocían, pero nunca habían cruzado una palabra. Se habían visto, pero no eran capaces de mirarse a los ojos. Se sonreían y en el silencio, se habían amado.

Cuando él la vio se enamoró de sus ojos café y sus gafas grandes, de su pelo rubio y su piel blanca, de sus cachetes rojos y sus camisetas de fútbol. Ella, en silencio, sin cruzar palabra, había disfrutado de su cabello negro, sus pecas en la nariz, sus ojos verdes, sus radicalismos sin fundamento. Nunca se hablaron, nunca se tocaron.

Se encontraron en las redes sociales por culpa de la casualidad y lo primero que hicieron fue cruzar una crónica y un cuento. Ella aspiraba a ser periodista, él insistía en ser escritor. Ella hacía crónicas con un promedio superior a cuatro y él hacía cuentos que leían tres personas. Esa noche, a medianoche, fueron uno en la lectura y se desgastaron en elogios hasta entrada la madrugada, mientras hablaban de literatura y errores al escribir.

Durmieron.

La madrugada los recibió con un reloj sonando desesperadamente, trece grados marcaba el medidor del clima.

Él agarró su maleta, se montó en un bus, traía tras él los recuerdos y el fulgor de un olvido entre el pecho. Ella agarró un bolso gigante, tenía sus sueños allí guardados ocupando más espacio que su ropa, su papá la llevaba en el carro.

Cuando arribaron al aeropuerto, cada uno chasqueó los dientes, se frotó las manos. Ella llevaba a su familia detrás, el viaje sería largo y todos se iban a extrañar. Él iba solo, en silencio, con su bolso a cuestas y el olvido a flor de piel. La nostalgia le inundaba el pecho, la sonrisa de saber que no iba a volver sobre sus pasos, lo tranquilizó.



Cruzaron la puerta de vidrio que los llevaba a esa sala sin regreso, donde las lágrimas y las sonrisas inundan el suelo, donde los abrazos aprisionan corazones, donde los ojos buscan rostros conocidos, donde el silencio los unió.

Se reconocieron en la distancia, tal vez por el libro que él llevaba en las manos, tal vez por el lápiz que ella no quiso soltar. Ella escribía, él leía. Se sonrieron, se acercaron.

-¿Para dónde vas?- preguntó ella sin mediar palabra.

-Para el mismo lugar donde vas vos- le dijo él.

-Yo voy a Italia- respondió ella con una sonrisa.

-Yo también- le dijo él y le mostró el tiquete.

-¡Vamos en el mismo avión!- se alegró ella.

-Vamos en distintos puestos- sonrió él.

-Quiero verte el rostro apenas despeguemos, voy a tratar de que nos vayamos juntos- dijo ella.

-¿Mi rostro?- preguntó él.

-Sí, recuerda que en tu anterior cuento dijiste que te daba miedo a volar y que nunca lo habías hecho.

Él sonrió.

-Además, por lo que veo, ni te fuiste a Francia, ni entregaste el corazón- dijo ella.

-Ni siquiera me bajé del tren- aseguró él.

Se sentaron uno al lado del otro mientras hablaban de algún partido de fútbol, de las pasiones, del silencio de un estadio cuando te hacen un gol en contra, del suspiro esperanzador cuando un abrazo de ánimo o un rostro conocido te abraza en el adiós.

Nunca habían cruzado palabras, se distinguían, se gustaban y por eso las mariposas en el estómago les empezaron a revolotear: a ella se le querían salir por la boca, a él inundarle el corazón.

-¿Y a qué vas a Italia?- preguntó ella.

-Yo voy a darme un tiempo, a encontrar en las calles de Florencia una razón para seguir.

-¿Florencia?

-Sí, para allá voy. Dicen que es una ciudad capaz de reconstruir un pensamiento y ahogar los sentimientos del pasado. Que puede acomodarse a tus suspiros y magnificar tu capacidad de asombro.

-Yo también voy para Florencia- afirmó él.

-¿O sea que planeamos juntos este viaje?- preguntó ella.

-Nosotros no, el destino.

-¿Crees en el destino?- preguntó ella.

-Creo en tu sonrisa y en tus letras, en tus noches de desvelo leyendo mis cuentos, en tus noches silenciosas en que me hablaste en italiano.

-Mi italiano es perverso.

-Pero nos ayudará a defendernos. Recuerda que yo solo sé saludar y decirte bella.

Ella se rio. De todas formas sabía que tenía razón, al menos iban a tener que defenderse con su paupérrimo italiano, mientras ambos perfeccionaban su forma de hablar.

Tal parece que su amistad iba encaminada a mejorar en las calles de una ciudad desconocida, ella había estado en Italia años antes, pero no había ido a Florencia, él nunca había montado en avión y simplemente quería no morir de nervios mientras empezaban a volar.

Compraron empanadas, simplemente porque el viaje era largo y querían llevar algo de su tierra al aire. Allá donde a veces los aviones no se distinguen, donde las almas quieren estar, donde los sentimientos afloran y dan frutos al aterrizar.

Llegó el llamado de la voz que nadie conoce, pero que todos distinguen. La voz que informa y le cambia la vida a muchas personas.

Ellos se sonrieron. Pusieron su equipaje en una banda que iba a ninguna parte y entre chanzas se dispusieron a abordar. Ellos también iban a ninguna parte, porque desconocían su futuro y hacia donde iban, ellos



también iban a ninguna parte, porque desconocían su futuro y hacia donde iban, ellos también iban a ninguna parte porque seguirían a su corazón, y su corazón les dictaba que tenían que estar juntos.

En el avión se sonrieron, les tocó separados, ella que era menos tímida que él, hizo triquiñuelas para que el hombre que iba junto a su compañero de estancia en Florencia, cambiara con ella.

Habló el capitán, dieron orden de despegue. Él se aferró a la silla, ella le tomó la mano. La tranquilidad de una mano amiga lo hizo sentir mejor. Él sentía que lloraba, que iba a vencer lo que el estómago quería ponerle como contrincante.

Estuvieron en el aire y él sonrió de felicidad, de tenerla cerca, de abrazarla. Quiso besarla pero no lo exteriorizó por respeto al momento, al encuentro, a la distancia y al viento. El viento es capaz de borrar un beso con solo un soplo, por eso decidió esperar a que llegaran a tierra.

En el aire se leyeron, se recorrieron cada uno de los versos que escribían. Ella llevaba en sus manos unos apuntes de algunas crónicas que estaba corrigiendo, él su cuaderno con mala letra, que solo él sabía leer. Ella lo sorprendió y leyó tres frases de sus manuscritos.

Intercambiaron textos. Estaban preparando una vida en pareja, algo que solo el encierro de un avión y la soledad de la distancia pueden lograr. Ella tenía todo asegurado en Florencia, casa, comida y trabajo. Él iría a buscar dónde dormir. Las diferencias sociales se podían encontrar en sus letras y en lo que comerían apenas llegaran a Italia.

El viaje se iba tornando tedioso, ella se adormilaba y encontró en el hombro de él un buen soporte para recostar su cabeza. Lo que no previó fue que la comodidad de la que estaba gozando la hiciera recostarse, luego de unos ronquidos y varios minutos de sueño, en el pecho de él.

Mientras ella babeaba dormida, él escribía este texto o tal vez uno del futuro, incluso se atrevió a ir al pasado. Cuando pudo despertar, se disculpó,

sintió que era confianzuda, nunca le había hablado hasta ese día y ya se atrevía a dormir en sus brazos.

Por la pena de ella y el silencio de él, no se dijeron nada en un par de horas más.

Luego volvió la conversación.

-Hey, regalame una sonrisa- le dijo él.

-¿Y vos qué me das a cambio? - preguntó ella.

-Te doy noches de silencio cuando quieras hablar y acompañamiento en tus frías letras, cuando las quieras destrozarse.

El beso, el anhelado beso, no llegó. La sonrisa sí.

Compartieron el sandwich que les dieron en el avión, intercambiaron libros, se estiraron y se acurrucaron, se abrazaron, se sumieron, se sintieron. El aliento de ella apenas se despertó, lo enamoró a él. Los problemas respiratorios de él, la enternecieron a ella.

Comprendió que su miedo a volar, era más un miedo a morir asfixiado, un miedo a la ausencia de aire.

Prometió no faltarle nunca, así el aire se le fuera, prometió acompañarlo en las calles de Florencia y darle el corazón a cambio de unas letras, una buena comida de sus afamadas manos y un buen sorbo de café. Le ofreció cruasanes al desayuno y cachetes colorados en las noches.

Él no prometió nada, sabía que era malo para cumplir promesas. Eso sí, aseguró estar siempre ahí cuidándole el frío, velándole el sueño, acompañándola en sus triunfos y fracasos.

Fue algo así como un matrimonio a diez mil metros de altura, aunque ninguno de los dos creyera en el matrimonio, aunque ninguno de los dos fuera a Florencia para encerrarse por otro.



El piloto avisó que iban a empezar a descender. Ambos se abrocharon los cinturones, se agarraron de la mano. Ella le iba describiendo lugares de Italia, le prometió que los visitarían juntos. Él asentía mientras sentía las mariposas en el estómago.

Hubo escalas en el viaje, sí, las hubo. Pero ella las durmió en el pecho de él y él, por no querer incomodarla, ni se movió. Así que estiró los pies. Ahora iba a moverlos para descender del avión, para tocar una nueva tierra, sembrar unas semillas y cosechar un nuevo amor.

Iba dispuesto a hacerse dueño de la sonrisa de esa mujer que lo acompañó durante el viaje, a sacar de la represión las letras que ella tenía adentro y a aflorar la pasión de las que él había ido a buscar.

Descendieron del avión, se miraron, no se tomaron la mano, pero la emoción los inundaba. Diez pasos, un agradecimiento de las aeromozas. Recogieron las maletas en la banda que venía desde el infinito. En la puerta del aeropuerto a ella la esperaba un hombre con su nombre entre las manos. Fue la más difícil decisión.

Él, su amigo de letras, de viaje, su promesa, su silencio, quedó abandonado en Florencia, sin saber a dónde ir. Ella, se fue con su sonrisa, la misma que le había regalado varias veces esporádicamente sin mediar palabra, la misma que lo enamoró a diez mil metros de altura, la misma que lo aterrizó en una soledad abrumadora y desconocida.

La despedida en el aeropuerto fue inminente, sin mediar palabra, sin mirarla a los ojos, apenas la vio colgada del cuello de ese hombre que la esperaba, se le derrumbó el deseo, el sueño y su nueva vida.

La nueva vida que iba a iniciar con la mujer de ojos cafés, que parecían sonreír, se estaba yendo a caminar por las calles florentinas sin compañía y lo que menos quería era que alguien fuera con ella.

Él agarró su maleta y se fue en otra dirección, no quería encontrarse a su nueva vida y mucho menos encontrársela a ella caminando feliz, de

la mano de ese hombre con el que había quedado de encontrarse en Florencia.

Ella, en la mitad del aeropuerto, buscó esa mirada conocida y esos ojos verdes que la acompañaron en todo el viaje desde Primavera. Lo que no supo es que esa mirada huyó en silencio, sin rumbo fijo, sin decir adiós.

Los sueños a ella se le fueron al suelo, quería ser silencios y suspiros de quien le vigiló el sueño en su largo viaje, quería ser razones y motivos para que él escribiera, sus más recientes cuentos, sus futuros, sus susurros en la comida y la copa de vino que nunca tomaría.

Quedó con tanto por decirle entre los labios y no sabía dónde iba a encontrarlo. Recurriría a la red, aunque a veces el silencio de internet, no trae más que silencio de vuelta. Recurriría a amigos en común, para ver si encontraba dónde llamarlo. Aunque cuando uno quiere cambiar de vida, lo hace dejando atrás lo que lo aferraba a esa antigua vida, y se va desprendiendo a arañazos de ella con la ilusión de convertirse en alguien nuevo. Pero no, sigue siendo el mismo, con más olvidos en el pecho y menos gente en el corazón.

Cuando llegó a su casa, ese lugar amoblado que había reservado desde unos meses antes y a dónde la llevó el hombre que fue por ella al aeropuerto, sintió la nostalgia entre el pecho, las lágrimas a punto de despuntar de sus ojos y la ausencia de alguien que nunca antes había estado ahí pero con quién quería compartir la ciudad, tal vez la casa y, sobre todo, la cama. Además, se acercaba el invierno y prometía ser un infierno para ella sola.

Al otro lado de la ciudad, no podríamos especificar en qué lugar, porque él no conocía por donde iba, las piedras se iban interponiendo a sus pies y él, recordando todo el fútbol que jugó en la infancia y todo el que compartió con ella en el avión, empezó a patearlas buscando dar con una pensión o algún lugar dónde pasar la noche. No sabía italiano, no tenía más que las letras en español de un mal escritor, la esperanza de crecer en un lugar desconocido, las ansias de encontrar un rostro



familiar que lo auxiliara en esa ausencia.

No lo encontró.

Empezaron a caer unas cuantas gotas de lluvia. Ella miraba por la ventana y se preguntaba dónde estaba él. Él se refugiaba bajo una carpa de una panadería donde los croasanes estaban recién salidos del horno, mientras miraba a las ventanas de todos los pisos a ver si la encontraba en alguna, sonriente, abrazada al hombre del que se colgó al cuello. No la encontró.

La imaginaba feliz, sonriente, contándole anécdotas del viaje y leyéndole sus crónicas a ese hombre. Contándole que había conocido a alguien en el avión, que no tenía importancia y que no sabía a dónde había ido, que tal vez algún día se lo iba a encontrar y le iba a dar las gracias por entregarle la maleta. Lo que no sería capaz de contarle fue que durmió plácidamente en su pecho y que prometió no abandonarlo nunca.

La tos apareció. Los pulmones se empezaron a contraer, la asfixia le oprimía. Buscó en su bolsillo, sacó el pequeño inhalador, se dio un par de golpes en el pecho con él, luego puso la boca en la pequeña boquilla, se imaginó que eran los labios de ella y lo besó. Así al menos, ella podría quitarle el asma y cumplir con la promesa que le hizo a diez mil metros de altura.

Ella veía llover mientras estaba entre las cobijas. Sacó un lápiz y un papel, no quería deshacer la maleta, no quería disponerse a quedarse sola ahí sabiendo que sus promesas estaban en la calle, que su nueva vida podría estar haciéndose agua al ritmo que la sentía en su cabello. Así que decidió hacerse compañía escribiendo pequeños diálogos que posiblemente tendría con él, su cuentista de avión.

La maleta se mojó, pesaba; la ropa en su interior debía estar hecha agua y los cuadernos que iban allí pasarían días al sol esperando secarse y nunca más volverían a tener la forma que tuvieron al principio.

Lo que no sabía era cuando iba a volver el sol, porque había leído que las lluvias a veces pasaban días sin terminar.

No había pensión, ni hostel, ni nada. Se acomodó bajo un puente, se acurrucó y allí, con la noche y la lluvia, durmió. O eso creía que hacía mientras la tos lo interrumpía.

Ella sentía la calidez de las sábanas, la tranquilidad del techo, la ausencia de preocupaciones con el agua. Sentía que algo le faltaba, que alguien le faltaba. Con ese remordimiento y ese pensamiento se fue quedando dormida, anhelando encontrarlo al otro día, anhelando que no se olvidara de ella.

Con las primeras horas del día, cuando empezó a clarear el cielo, se despertó por los pequeños golpes que un policía le estaba dando con un bolillo.

Algo le preguntó, no sabía qué, pero algo le preguntó. Él alzaba los hombros y hacía gesto de que no entendía nada. El policía lo tomó de la mano y lo ayudó a levantarse, seguía su retahíla de gritos y preguntas. Él solo podía decir que venía de Primavera, que había perdido el corazón en un avión y que estaba deambulando, buscando dónde vivir. El policía no le entendía nada. Le pidió los documentos enseñándole los suyos. Leyó su procedencia y lo dejó en paz.

Ahora se venía la búsqueda. Caminó y caminó, terminó en una plaza. Allí decidió instalarse y ganarse unas cuantas monedas.

Ella despertó en su cama grande, sintiendo la ausencia y anhelando la huella que deja el cuerpo amado en el colchón al despertar. Estaba sola, seguía sola. Había soñado que él aparecía por la puerta, mojado, tiritando de frío y que ella, en su alegría y en su deseo, le había quitado la ropa, lo había tirado a la cama y lo había cubierto con su cuerpo y sus cobijas, sintiendo cómo sus dientes chasqueaban, sintiendo cómo la abrazaba y la hacía estremecer por la hipotermia que el cuerpo ofrecía. Sintió que habían dormido juntos, que él tosía, que él perdía los



pulmones en cada desgarró, que ella lo tranquilizaba, lo aliviaba.

Se paró de la cama. Se bañó. Salió a la calle.

No sabía a dónde ir, tal vez el corazón sí. Buscaría en cada rincón de esa ciudad desconocida, quería encontrarlo, aferrarse a su cuello, así como se aferró al del hombre del aeropuerto. Pero esta vez lo sellaría con un beso y le diría que sus promesas eran más fuertes que el orgullo y que no quería que él perdiera la esperanza de amarla, abrazarla, sentirla, vivirla.

Él se sentó al lado de un David parecido al de Miguel Ángel que hay en la plaza, ahí junto a una edificación con forma de palacio. Puso su maleta en el suelo y empezó a sacar todo lo que tenía en ella. Desde su ropa interior, hasta sus más profundos versos. El sol empezaba a alzarse en el horizonte y a bañarlo con su luz. Allí se sentó a escribir. Era su primera mañana en la ciudad que había escogido para su futuro, era la primera mañana sin su futuro a su lado.

Empezó a escribir, la gente pasaba y lo miraba extraño. Allí, en la cuna de artistas, el loco que tendía la ropa en el suelo, era visto como el artista más raro que habría pisado esas tierras. Escribió como si no hubiera mañana, tal vez era lo que él menos quería, que hubiera mañana. No sabía a dónde ir, ni a dónde llegar, no sabía dónde iba a dormir, ni qué iba a comer.

En un mal italiano escribió un texto en una hoja doble. Quería decir que era escritor y vendía historias de amor, pero el resultado no fue bueno, al menos por esa mañana no lo fue. La primera historia vinieron a comprársela en la tarde y fueron unos españoles que entendieron su problema y cambiaron con él un par de euros por un cuento escrito a mano.

Él, que no tenía mal aspecto, solo un bigote desaliñado, que nunca le pasaría de ahí, sonrió, dio las gracias con mala pronunciación, besó la moneda, se echó la bendición y miró hacia la plaza. Todo el que

pasaba era posible cliente, todo el que lo ignoraba, lo obligaba a aprender italiano.

Ella caminó y caminó, llegó a la iglesia de San Lorenzo, creyendo que él iría de turista a buscar algún lugar donde encaminarse. Algún refugio. No sabía cómo preguntar por él, no sabía si en realidad quería verlo. ¿Qué le iba a decir? ¿Qué iban a hablar? ¿Se iba a disculpar? ¿De qué se iba a disculpar? Un abrazo no es compromiso, mucho menos en un aeropuerto. En los aeropuertos lo que menos hay es compromisos.

Igual, se disculparía por dejarlo allí, por no llevarlo con ella. Le diría que lo ha extrañado la vida entera, que no había sido tan plácida como lo fue cuando durmió en su pecho, le diría que viniera y la acompañara, que si quería no se quedara, pero que la siguiera hasta el fin del mundo, como dijo que no prometería.

Él consiguió vender otro cuento, fueron otros dos euros. Ya tenía para un pan y una botella de agua. Lo que seguía era poder pedir algo. La ropa se secó, al ritmo que su garganta. Era el artista que estaba sentado sin decir nada, solo escribiendo versos en un papel. Otros cantaban, otros pintaban. Él escribía. Tal vez era el menos visual e inmediato de todos, tal vez era el más reflexivo y profundo, tal vez era el que quería olvidar algún silencio que bajó de un avión. Tal vez quería sentir ese silencio, tal vez quería sentirle el aliento y darle un beso sin razón.

La tarde calló sus intentos, la luna cayó en sus hombros. Volvió a casa sin encontrarlo. Volvió a casa anhelándolo. Él se paró de la plaza en silencio, tal y como había llegado, cargó su maleta en el brazo derecho y empezó a caminar por las calles de esa ciudad desconocida, esa ciudad donde el futuro se le hacía incierto. Ya no sabía cómo volver al aeropuerto, ya no sabía cómo era su pasado, ya no sabía ni qué era su presente.

Ella volvió a sumergirse en sus letras y sus cobijas. Trataba de conciliar un sueño que tenía nombre y apellidos, nombre y apellidos que desconocía. Sabía que soñaría con ese cabello a medio cortar, ese cabello



negro y ondulado que sintió en su cara cuando iban en el avión, soñaría con ese pecho duro como una piedra, porque no había músculo en él, solo hueso. Soñaría con esa panza que no crecía, que se mantenía, soñaría con esos pies grandes, con esos mismos tenis que él tenía y que ella sabía que tenía cinco o seis pares de los mismos, uno de cada color que le gustaba, cada uno para no complicarse la vida a la hora de vestirse. Soñaría con él, con sus letras, con sus brazos. Con su olor a nada, porque no usaba fragancias, era solo su olor, era su identificador. Soñaría con sus narices tapadas por la flema, con sus estornudos y su pañuelo en la mano izquierda y el lápiz en la derecha.

Él encontró una banca, en ella podía ver el cielo y las estrellas, sacó su lápiz y su cuaderno mucho más seco de lo que había estado la noche anterior.

*Sabés Monita, te quiero en silencio
aunque la ausencia te bañe en las noches
sabés que estoy en ese lugar
ese lugar donde estás segura, que no voy a dejar.*

*Sabés monita, te quiero conmigo
bajo las estrellas de una ciudad distinta
potenciando tus letras, tu risa
bajo las cobijas, las tablas, las pizzas.*

*Sabés monita, te miro en el cielo
y aún ahí, sos más alcanzable
gracias por esa noche en el avión
por la tarde en el aeropuerto
gracias por tus sueños perfectos
por tu ausencia y tu silencio.*

*Sabés monita, te encuentro en mis sueños
te quiero ver aunque sea un rato
quiero aprender con vos italiano
quiero odiarme, odiarte, amarte.*



Iba a seguir escribiendo malos versos, iba a seguir soñando con ese cabello rubio y esos ojos café que parecían reír. Pero lo atacó la noche y el cansancio, lo adormeció, lo venció, lo obligó a encontrarla donde no podía escribir nada, deseirla, sentirla, nada.

Se despertó con el sol y el ruido de unos camiones que pasaban a su lado por la calle. La banca había sido perfecta. Tenía el cuerpo emparamado por la humedad del rocío de la mañana y el corazón ablandado por esa humedad y por los sueños con ella, la mujer de sus promesas, de su futuro.

Quería ir a buscarla y pedirle disculpas, quería abrazarla, sentirle las curvas acoplándose a su cuerpo, la sonrisa acoplándose a sus chistes, sus letras acoplándose a su cuaderno. Anhelaba sus crónicas y deseos de escribir. Sabía que él era su mejor juez, su mayor impulso, así no sintiera nada por él.

Agarró su maleta, buscó una camiseta nueva para ponerse, se calzó una pantaloneta. El frío se podía sentir a flor de piel, él iba a caminar, el objetivo era buscarla todo el día y no irse a dormir hasta encontrarla.

Caminó, caminó bastante. Llegó a la iglesia de San Lorenzo, la admiró. Siguió su camino.

Ella despertó, eran casi las diez de la mañana, la búsqueda debía empezar antes pero estaba tan plácida soñándolo, que despertarse le pareció caer en una realidad sola, en una realidad que no quería vivir más.

Se bañó en silencio, cantaba algo, aunque no era de alegría que lo hacía, cantaba. La música era su única compañía en ese apartamento grande que había dispuesto como su estudio y su lugar de renacimiento.

Salió de casa, paró en la panadería y compró un par de croasanes. Se sonrió, comió uno y el otro lo guardó en la bolsa, era la promesa que le hizo, era lo primero que le iba a regalar.



Tenía un presentimiento, de esos que las mujeres auguran que sólo ellas tienen, de esos que en muchos casos se hacen realidad.

Él iba caminando, en su camino se encontró algo que tal vez nunca esperó: el hombre al que su futuro había abrazado, iba de la mano de otra mujer.

Corrió para alcanzarlo. Le tocó el hombro.

El hombre miró un poco asustado. Miró a los ojos a ese otro hombre mal peinado, con un aspecto un poco desagradable que se le acercó. Le vio los ojos verdes, la maleta en la mano.

-Oye- le dijo el escritor vagabundo.

-¿Sí?- respondió el sorprendido.

-¿Dónde está tu amiga?- preguntó.

-¿Cuál amiga?- respondió el aún más sorprendido.

-La rubia que te abrazó en el aeropuerto.

-Ah, Valentina- dijo él como recordando algo.

-Sí, Valentina- afirmó el escritor.

-Es mi prima, está viviendo cerca de aquí- afirmó el hombre.

-¿Puedes llevarme donde ella? Venía conmigo en el avión y tengo algo para entregarle.

-Si quieres se lo dejas conmigo.

-No, no puedo dejarlo contigo.

-¿Por qué?

-Porque aún no lo tengo.

-Si quieres puedo llevarte donde vive ella y la visitas y hablan lo que tengan que hablar.

-Te lo agradecería.

La mujer que acompañaba al primo sorprendido no sabía de qué hablaban. El hombre le dijo algo en italiano y ella asintió.

Caminaron varias cuadras, llegaron a una panadería y el primo le señaló.

-Es ahí, en esa ventana- le dijo.

-¿Así de cerca estaba?- preguntó él.

-A veces las cosas están tan cerca, el problema es que no nos atrevemos a agarrarlas. Ella parece no estar. Las ventanas están cerradas. Pero es ahí.

-Muchas gracias- dijo el vagabundo.

-Espero le entregues lo que es de ella- dijo el primo, que abrazó a su mujer y se fue caminando.

El hombre se sentó en la panadería, sacó su cuaderno y un lápiz. Iba a esperar. En un mal italiano pidió un café y un cruasán. Allí dedicó otros versos a su búsqueda, allí esperó a que ella volviera.

Contó cuatro cafés, tres cruasanes, un pastel de carne y un montón de suspiros. Escribía y escribía. El hombre de la panadería lo miraba y sonreía. Le gustaban los artistas y se imaginaba siendo el resultado de una gran obra.

Ella caminó y caminó, llegó a la Piazza della Signoria donde él había estado el día antes. Buscó en cada esquina, siguió hasta el palacio en el que estaba el David de Miguel Ángel y no encontró nada. El día se le fue cayendo a las espaldas y la esperanza se le fue yendo del corazón.

Volvió en silencio a su casa, sin el cruasán en la bolsa porque se lo había comido en el caminar. Se imaginó otra noche sola, con la luz de la luna metiéndose por la ventana, con la lluvia cayendo en el exterior.

Él escribía en silencio, le daba un mordisco a un cruasán. Ella llegó a su casa, la lluvia empezaba a abrir.

-Valentina- le gritó.

A ella la sorprendió escuchar su nombre estando tan lejos de su hogar. Además solo había una persona que lo sabía en esa ciudad desconocida y no era el dueño de la voz que le gritó.



Se giró. Lo vio. Desaliñado, sonriente, barbado. Con un lápiz en la mano, un cruasán en la otra.

Él pagó a las carreras, salió corriendo.

Ella sonrió, lo miró a los ojos, él venía a toda velocidad. La abrazó, la alzó. Ella sintió su olor, sintió que estaba descuidado. Le besó los labios.

Fue el beso que habían esperado durante las horas que estuvieron encerrados en el avión, fue el beso que selló el principio de un futuro no esperado. Fue el final para dos días de ausencia, fue el final para esta historia de adiós.

Volvió por su maleta a la panadería. Entró en la casa de ella. La siguió en silencio. Le pidió un lugar dónde bañarse y otro dónde dormir. Ella sonrió, lo había esperado tanto que no sabía qué decir.

Sí, habían sido un par de días, para ellos fue una eternidad.

Él se metió al baño, sintió el agua caliente recorrerle el cuerpo, sintió como ella entraba a la ducha en silencio, sintió todo lo que hacía ratos no sentía. Fue así como se hicieron crónica y cuento, se hicieron vida y muerte, odio y amor. Se sintieron, se abrazaron, se besaron, se sumergieron en sueños que empezaron a erigirse en una cabina de avión, se durmieron juntos en una cama grande, ella, pese a todo el espacio que tenía, no quiso soltarlo más. Durmió sobre su pecho, ese duro pecho sin músculo, hecho hueso, ese pecho en el que habitaba el corazón que ella siempre esperó.

4. **Mientras tanto en Quebec yo te olvidaba**

El frío de Quebec, donde por ésta época nunca para de nevar y nunca deja calentar, lo recibió con el cuerpo cuarteado, exhausto, así como había partido luego de esa despedida que le había dado a Camila, la mujer que había compartido su sonrisa, tristeza y días de los últimos cinco años.

Aunque no estaba acostumbrado a ese clima y llegar del trópico lo hizo erizarse y tiritar hasta el cansancio, pensó que era la mejor decisión que había tomado. Tal vez terminarle a Camila y quedarse en Medellín, le iba a ser muy difícil y por eso decidió ausentarse del país para poder afrontar la falta que ella le haría.

Armado con un lápiz y dos libretas, desempacó en un apartamento que había alquilado unos días antes de viajar, donde aspiraba ganarse a letras la vida. El restaurante de la esquina sería su cuartel general y desde allí operaría en la labor que consiguiera como periodista de la ciudad canadiense.

**

Llevaba ya tres meses en Canadá y la fama que había logrado era inimaginable, una columna en la cual se dedicaba a escribir cuentos, a escribir su pasado con Camila, lo hizo convertirse en tan poco tiempo, en el columnista preferido del diario principal de la ciudad. Miles de cartas llegaban a diario, miles de historias o simplemente palabras de apoyo, para que siguiera con esa labor de olvidarse de su anterior amor.

A letras, columnas e historias, tal vez narrando todo lo que ella le había hecho, tal vez esperando una mejor respuesta, tal vez enseñando lo que no quería que le hicieran, se fue ganando corazones, aun sin saber cuántas veces pudo escribir tal vez en un sólo párrafo.



**

Fue un martes, él había revelado ya su sitio de emisión de las historias y por eso para ella fue tan fácil dar con la presencia del Extranjero, como lo llamaban en el diario. Cabello castaño con vistos rubios, ojos verdes, la figura alta, se acercó a la mesa del hombre, que con su lápiz en mano y la libreta sobre la mesa, sorbía un café caliente que le había llegado con un cinnamon roll que estaba hirviendo.

Sólo cuando ella se sentó, él advirtió su presencia. ¿Qué le digo? se preguntó, ¿de qué hablaremos?. Ella no quería nada. Le dijo su nombre, lo invitó a otro café, el frío arreciaba y tratando de ganar la confianza del escritor, lo invitó a comer algo en un restaurante a las afueras de la ciudad.

**

En el carro desandaron calles, ella manejaba, él la observaba, era atractiva, tanto que el corazón le palpité durante toda la noche, la conoció, la reconoció y encontró en ella, esa que tal vez había descrito como la que era su perfecta pareja.

Su nombre, Naths así como quería, con una mezcla entre francés e inglés, con el glamour y el estilo que le gustaban, pero con la tranquilidad y la descomplicación que siempre había querido.

Cuando hubo terminado su comida, ella lo invitó a sentarse en el suelo de un parque, allá podrían conversar más y más.

**

El recuerdo de Camila aún estaba vigente, tan tangible era que las letras que escribía aún hablaban de ella. Naths lo visitaba todos los días y cada vez se le metía más en el corazón. Pero esa tarde, no quiso mirarla a los ojos. La carta que le había llegado procedente de Primavera, le había dicho todo, ese recuerdo lo hizo sentirse traicionero al estar saliendo

con Naths y tal vez por eso no quiso mirarla. Pero apenas ella le llegó con una libreta nueva, con más hojas y personalizada, entendió que ella si lo apoyaría hasta el final con eso de querer escribir y ser letras a cada momento del día.

**

La fama que el escritorsucho llegado de Granada había podido generar en Quebec, lo llevó a escribir para varios periódicos canadienses y muchas revistas granadinas. Las dudas que Camila había tenido sobre él, se fueron desdibujando y poco a poco quiso perdonarlo.

Aún le movía el corazón.

**

Cuando envió la carta, viajó al esperar dos días y no encontrar respuesta.

Él, sentado en el mismo restaurante donde acostumbraba escribir muchas veces, donde conoció a Naths y donde tomaba un café, vio como esa cabellera negra a los hombros cruzaba la puerta. Estaba en su proceso de pensar un tema para escribir, cuando Camila se le acercó y con un abrazo quiso rehacer todo.

Él estaba nervioso, no tanto por verla, sino por tenerla ahí. ¿Qué Querrá? ¿Qué pensará?.

-Mira, vine a ver cómo estás, porque a mí- gagueó ella- a mí me haces falta y quisiera ver qué significo para vos, porque te mando cartas y nunca encuentro respuesta. Además por el tiempo que vivimos juntos, quisiera que todo cambiara y que estuvieras conmigo, porque eres todo para mí.

Él tragó entero.



Los tacones de la mujer de la barra se descargaron sobre el piso del restaurante, la miró de reojo. Y se sentó con él, tendiéndole un cinnamon roll, como le gustaba, hirviendo. Lo besó en la boca. Camila salió corriendo.

5. Tragos de Mentiras

Con los ojos vendados se despertó, todo le dolía, su cuerpo le ardía, no sabía dónde estaba, intentó mover las manos, pero no las sentía, los pies le pesaban, tanto que no se le movían ni un poco. Sonrió. ¿Dónde estoy? gritó y no le respondió nada más que el silencio. Se limitó a recordar, pero todo eran nada más que chispazos de memoria.

Llegó al bar muy bien vestida, acompañada de Carla, su mejor amiga. Llevaba un vestido negro en lentejuelas que dejaba ver sus bronceadas piernas hasta muy arriba de la rodilla, además de su cabello castaño con rayos rubios y su capa de maquillaje, cosa que atraía mucho a los hombres, su sonrisa blanca y perfecta y su vestido hacían que las miradas giraran en torno a ella.

Se acercó a la barra, dos Cocaínas rusas pidió al barman. A su lado estaba un hombre, joven, de más o menos su edad, que la miró y sonrió.

-Hola- le dijo.

Ella lo miró de arriba abajo, su cuerpo delgado, la camiseta azul con mangas blancas que llevaba y el tatuaje con unas golondrinas en el brazo izquierdo, lo hacían ver muy bien, aunque no acostumbraba hablar con desconocidos, esta podría ser una muy buena oportunidad para empezar algo.

-Hola- respondió ella, Carla sonreía.

-Andrés- le dijo él, mientras le estiraba la mano en tono cortés.

-Susana- mintió Ella- Encantada.

El barman llegó con los dos pequeños tragos, esos que habían adquirido una gran fama en los últimos años en los bares de una ciudad que se deja permear por estilos de fiesta y de tragos de otros países y poco se esfuerza por crear los suyos propios.



Las dos mujeres entre sonrisas los miraron, pagaron los tragos y tomaron en una mano el limón cubierto de azúcar y café y en la otra la pequeña copa que llevaba en su interior el tanpreciado líquido, transparente, límpido, pero amargo, tanto que quema cualquier garganta. Sobre todo la de Ella, que se caracterizaba por su frialdad, pero que se sentía viva después de dos tragos y tres canciones. Así olvidaba generalmente el peso de la semana, sobre todo de esta, en la que finalizó su semestre de estudio. Algo que como es característica representa un gran esfuerzo para los estudiantes.

En el fondo del bar, el Dj se veía disfrutar de lo que hacía, abajo, en el piso, al ras, donde todos se mezclaban, también el ambiente estaba muy caliente. Ella sonrió.

-Si que está buena la fiesta hoy- le dijo a Carla.

-Buena es poquito- respondió la amiga.

“Arriba, al centro y adentro” dijeron al unísono el par de mujeres y se sonrieron luego de las malas caras que acompañaron el sabor del vodka mezclado con el del limón, el café y el azúcar.

De la mano entraron a la pista a bailar, el calor de la fiesta estaba apenas subiendo, pero el de los cuerpos se sentía con nada más que empezar a sentir el beat bajo los pies y capaz de mover a cualquiera. Se encontraron a un grupo de amigos de la universidad y con ellos empezaron a bailar. Una, dos, tres, cuatro canciones, las mezclas del Dj eran perfectas, las canciones más populares de la radio por esos días, acompañadas de beats característicos de música electrónica y de vez en cuando, uno que otro clásico de la música popular, mezcla perfecta para subir el nivel de un grupo de jóvenes sedientos de diversión.

Andrés se paró de la barra y fue en búsqueda de Susana, que se veía feliz acompañada de sus compañeros de clase y de la música proporcionada por el Dj.

-Eh, Andrés- gritó Susana y le estiró la mano.

Él la agarró de la mano y se sintió halado hacia ella, con tanta fuerza que se sintió como un buque llevado por un remolcador hasta la orilla de ese mar de gente, orilla que no era más que los algodoados, brillantes y suaves labios de Susana.

El resto del grupo se quedó perplejo al ver el beso que ella le había propinado al recién llegado.

-Les presento, él es Andrés- dijo Susana a los gritos para que su voz se filtrara por entre el ruido de la música.

Varios elevaron la cabeza a modo de saludo y Andrés les respondió con la misma moneda. Un subir y bajar de la cabeza que a veces parecía arrogante, pero que entre los jóvenes era muy común verlo.

La fiesta siguió su ritmo, poco a poco Susana, Carla y Andrés se dejaban llevar por el calor del ambiente y la borrachera que ahora los tenía en sus manos, causada por una serie de visitas a la barra cada tres o cuatro canciones y que finalizaba con un grito de júbilo y el escupitajo de lo que no se comían del limón que acompañaba a la cocaína rusa que pedían siempre.

**

¿Dónde estaré? ¿Qué habrá pasado ayer? Estoy demasiado adolorida, el guayabo a mí me da muy duro pero no es para tanto ¿Dónde estará Carla? Es más, ¿Vine a dormir a la casa de ella o estaré durmiendo en la cama de alguien más? La cama es cómoda y suave, eso si hay que reconocerlo, pero ¿por qué no me puedo ni mover? ¿Estaré amarrada o estaré muerta? no, la muerte es blanca, tan blanca como las sábanas de los hoteles, y la negrura que me agobia es tanta que me duele en las sienas, es verdad, si estuviera muerta, no podría sentir mis ojos rozando la tela que los aprisiona, además puedo sentir el calor del sol que se debe estar filtrando por la ventana, incluso tengo demasiado calor y así sin ver, se siente como las gotas de sudor me bajan por la cara hasta fundirse en mis orejas o terminar en una caída libre hasta las blancas



sábanas, hasta la muerte ¿O será que en vez de estar sudando, estoy llorando? Porque si perdí la capacidad de sentir mis movimientos, también puede ser que perdí la capacidad de sentir la congestión que generalmente me da cuando lloro. ¡Qué desespero, quiero que me suelten! ¡Suéltenme!

Nadie responde, ¿Será que me dejaron? Se olvidaron de mí, o vinieron, me violaron y me dejaron olvidada en algún motel, para que me encuentren las mujeres que asean y sientan el pesar que mi aspecto puede estar ofreciendo al exterior.

La fiesta subía tanto en decibeles como en grados de calor, ya la borrachera de Susana, Carla y Andrés, los hacía incontrolables, sus ojos se desviaban tanto como sus pasos que se perdían de la línea, haciéndolos ir de un lado a otro, golpeando las esquinas del bar como un disco en una mesa de hockey, o siendo empujados por otros cuerpos que no querían sentir el roce de un grupo de borrachos o el peso de estos mismos sobre ellos, fastidiando con su fétido olor o con sus comentarios fuera de sitio o entrometidos en alguna conversación que se sostuviera en ese momento.

**

Al final los tres se volvieron a encontrar en el centro del bar, en medio de alguna canción de David Guetta o de algún cantante de reggaetón, allí, parados en una especie de triángulo, dejaron perder sus manos bajo las camisas de cada uno de sus acompañantes de borrachera, y luego unas lenguas sedientas de algún deseado y húmedo beso, se juntaron, saborearon y finalmente se alejaron con una sonrisa, para terminar. Luego, tomados de la mano, se despidieron y salieron del bar.

El resto del grupo sin entenderlo se despidió, preocupados por la borrachera que llevaban encima y sobre todo por el recién conocido que acompañaba al par de mujeres en la salida de la discoteca. Sin embargo tranquilos, porque no era la primera vez que ocurría, tal vez de pronto era un amigo de antes, por eso no le dieron mucha importancia al final.

Tomaron el primer taxi, entre risas, se sentaron los tres en la silla de atrás, las dos mujeres a cada lado de Andrés, quien dio una dirección al conductor y finalmente se vieron en marcha hacia allá.

En el camino, los besos le llovían a él, las mujeres tampoco ocultaban su deseo y se sumergían en profundos besos, que al taxista le excitaban por ese sueño que muchos hombres expresaban, de tener a dos mujeres frente a ellos, teniendo un acercamiento tan sexual que los hiciera ponerse tan duros que no pudieran contenerse, tanto que tendrían que terminar estallando sobre ellas cuando lo invitaran a unirse.

Andrés sonreía, el viaje era largo, así que la diversión en el taxi se extendería.

De un momento a otro, Susana, en un arrebato, le fue bajando la bragueta a Andrés, sumergió su mano en ese vacío que representaba el orificio de su pantalón abierto, lo sintió con una erección y poco a poco lo dejó al descubierto. Su lengua lo tocó, lo mojó, luego lo succionó hasta casi atragantarse. El taxista no lo creía, tendría algo nuevo que contarle a algún muchacho que abordara su taxi en la madrugada, así, con la misma cara de sorpresa que le puede generar en este momento y hasta con una voz que no pueda controlar la alegría de haber presenciado lo que presenció.

Fue un trayecto largo, unos treinta minutos en el taxi, Susana alcanzó a controlarse, subió nuevamente la bragueta del pantalón de Andrés, pero el manoseo y los besos no pararon. Finalmente llegaron a la dirección que el recién conocido le había dicho al conductor. Carla se bajó, Andrés también, pero Susana no, no quiso seguir, estaba muy mareada, tanto que solo quería irse para la casa.

Los dos recién descendidos del taxi entendieron el malestar de Susana y le pagaron el taxi hasta donde iba, luego tomados de las manos, siguieron hacia adentro del edificio, donde vivía Andrés.

-Llévame al Motel Los Balsos- dijo Susana al taxista.



-¿Cómo así, no iba para su casa señorita?- respondió el conductor.

-¿No quiere pasarla bien? Podemos irnos tranquilamente para mi casa, me deja allá y luego se va con su calentura para su casa, o contarle a algún pajizo que se suba lo que vio y luego mientras duerme al lado de su mujer, masturbarse mientras piensa en mí- dijo agresiva la joven.

-Cómo digas- aceptó el hombre y dirigió el taxi a un par de cuadras de allá.

Sin más preámbulos entraron, pidieron una suite confortable, la Inglesa, que tenía muy buena fama por su mesa para el té que servía para muchas cosas, menos para tomar el té, pues estaba servida con varios juguetes que eran cambiados por unos nuevos cada que una pareja salía de ella. Además de unos cuantos juegos sadomasoquistas, como cadenas, látigos, detalles en cuero y demás.

Susana llevaba una sonrisa en su cara, no tan grande como la del taxista que en su interior no podía creer lo que estaba haciendo, pero tras ella, simplemente decía para sí mismo.

“Me voy a comer a esa chimbita”.

Terminaron de subir las escaleras, ella le pidió que se desvistiera, el hombre le hizo caso. Luego poco a poco fue dejándose llevar por el éxtasis y las manos de la joven que lo fueron guiando por cada una de las tiras de su vestido negro y lo hicieron caer rápidamente.

-Tapame los ojos- le ordenó Susana.

El hombre se alejó, tomó una tira negra que descansaba en la mesa del té, luego se volvió a acercarse a la joven, le amarró los ojos.

-Con fuerza hombre, como un buen macho que debes ser- volvió a decir la chica.

El taxista soltó el nudo que le había hecho al vendaje de los ojos y lo apretó un poco más. Luego la chica se le acercó al oído.

-No te voy a besar, ni se te ocurra, te hago lo que quieras, pero no te voy a besar, es más, no voy a dejar que me hagas nada, a menos que me obligues- dijo, mientras sonreía pícaramente.

Luego el hombre tomó el control, la tiró sobre la cama, empezó a recorrerla con la lengua, palmo a palmo, ella se erizaba pero con fuerza impedía que él se impusiera. Luego volvía a caer en sus brazos y dejaba que los besos que le daba en los costados la hicieran mojar poco a poco su entrepierna hasta hacerla más deseable que el jugo de una naranja helada en el verano.

Así fueron jugando durante una hora más o menos.

-Ahora pegame- le dijo Susana.

-No, hasta allá tampoco- Respondió él.

-Entonces no hay nada, me entendés- gruñó la joven.

El hombre, sin poder contener la erección que tenía entre sus piernas, la tomó del cabello y le pegó en las nalgas.

-No, ahí no- gritó ella.

Le volvió a pegar, esta vez a la altura de las costillas.

-Pegame como un hombre, no tengas contemplación- le dijo ella.

Con rabia, porque el par de golpes anterior tal vez no le hizo nada a la joven, el taxista hizo un puño, como de hierro y se lo puso en la cara a ella, que soltó un grito de éxtasis y excitación, mientras dejaba salir una lágrima de sus ojos y unas cuantas gotas de sangre de su labio.

-Si ves que sí podías, pero sé que tienes más rabia, así que ven, dame lo mejor de vos.

Poco a poco el hombre la fue cogiendo, mientras la golpeaba, la penetraba y ella, a intentar no dejarse coger. En uno de esos intentos por



zafarse del hombre que la aprisionaba, Susana cayó de la cama y con el borde, se golpeó el cuello. No fue capaz de volverse a parar. El taxista se asustó, la tomó en sus manos y la puso sobre la cama, luego, bajó al garaje y salió en su auto rápidamente.

**

-¡Suéltenme!- volvió a gritar Susana.

Luego de ese grito, Carla le destapó los ojos, la miró firmemente.

-¿Qué te pasó?- le preguntó la amiga.

-Vos me hiciste esto- respondió Susana.

-No, yo me fui con el amigo que conocimos anoche, tú seguiste para tu casa- le dijo Carla.

-O sea que fue el hijueputa taxista el que me violó- dijo la joven rubia, desnuda sobre la cama.

-Posiblemente, aunque según los de la portería venían de lo más felices- dijo la mejor amiga.

-Bueno, ahora soltame para que nos vayamos- pidió Susana.

-Tú estás suelta, al parecer te golpeaste la columna y no puedes moverte, solo puedes mover la cabeza- respondió Carla.

-No puede ser, tras de que me viola, me deja tullida el hijueputa- gritó Susana.

-Pues esperemos a que vengan los médicos y vean qué fue lo que pasó- la trató de tranquilizar la mejor amiga.

-Entonces vestime- pidió Susana- no quiero que ni el tal Andrés, ni los médicos, me vean empelota.

-Tranquila, que Andrés ya te vistió- dijo Carla.

-¿Y cómo supieron dónde estaba?- preguntó Susana.

-La señora del aseo nos llamó de tu celular, al encontrarte así. Salimos corriendo para acá- agregó la mejor amiga.

Al fondo se escuchaban las sirenas de la ambulancia que se dirigía al motel Los Balsos.

Susana, no volvió a dejar nunca de ser Carolina, es más, nunca más volvió a celebrar el final de un semestre de la universidad, no se volvió a tomar un trago, es más, no se pudo volver a parar.

6. Mesero, hay un fantasma en mi cama

El frío de una ciudad desconocida le abrazó el cuerpo desnudo. Solo vestía una pantaloneta y la sorpresa que le despertó. Estaba en la misma habitación blanca de paredes de madera corroída por el agua, con una mezcla entre café y amarillo que daba la sensación de haber soporado toda clase de fluidos. Miró a su lado, estaba solo.

Estaba solo como lo había estado desde el momento en que le salió la beca para estudiar a más de dos mil kilómetros de Primavera, estaba solo como lo había estado desde el momento en que se lo dijo a ella al oído, alegándole que la amaba y que sólo sería un tiempo en el que además ella podría visitarlo.

Ella, no había podido soportarlo y por eso le dijo que mejor se fuera, pero que ya no habría nada más entre ellos. Nada más.

Las lágrimas se le congelaron apenas se bajó del avión entre las montañas de Cafetales, no podía dedicarse a vivir el pasado, sino dedicarse al presente. A su estudio, a su trabajo. Pero no le fue fácil, no podía olvidarla, solo podía recordarla.

Esa noche no solo se despertó con el frío abrazándolo, también estaban presentes en la habitación las historias, los recuerdos, el sabor. Recordaba las noches de ella, las noches de ambos sobre el mismo colchón, bajo el mismo techo, bajo el mismo frío, cuando a ella se le cubría el cuerpo de arroz y el calor del cuerpo de él era lo único que podía hacerle volver la piel a la normalidad.

Café, blanco y amarillo, humedad, frío, fuerza, eso necesitaba, fuerza para entender qué le pasaba. Encendió un cigarrillo, tosió. Los pulmones se le contraían, no sabía fumar, pero se había comprado un paquete de cigarrillos hacía seis meses cuando llegó y apenas en este momento, cuando el frío le llenó el cuerpo, fue capaz de encender el primero de todos haciendo lo que había visto que hacían sus amigos, su padre.



¿De dónde salió la sorpresa?

La sintió cuando llegó a su habitación, lo miró de arriba abajo, lo reconoció, abrió la sábana y se metió en la cama con él; él estiró su brazo izquierdo, ella se posó como era costumbre sobre ese hombro y puso su cabeza con el cabello ensortijado sobre el pecho de él. Nada pasó. Se despertó sorprendido, pero sin ella al lado, fue un sueño.

Luego de toser, con el olor del humo del cigarrillo en la habitación, abrió la ventana, el frío lo abrazó aún más fuerte, no podía quedar rastro de que había fumado, lo podían echar del hostel donde ya había pagado los siguientes seis meses que iba a estar en la ciudad, volvió a dormir.

Despertó en la mañana de un día soleado, el astro rey se asomó a eso de las cinco por la ventana, se filtró por la persiana y un viento cálido le rozó la cara, lo hizo abrir los ojos. El frío se había ido, la tos no. Los pulmones le sonaron en el tercer golpe que dio su garganta en búsqueda de eliminar la flema con la que había despertado sorprendido.

Tomó su toalla, el pantalón que usaría, la ropa interior, las llaves del cuarto y se metió al baño. A esa hora no habría nadie despierto. Cuando entró en el pequeño cuarto, no pudo cerrar la puerta; ante él, de espaldas, estaba una chica desnuda, de cuerpo bien torneado, con sus curvas bien definidas, sus caderas anchas y su cabello ensortijado cayéndole hasta los hombros.

Es ella, se dijo.

Tosió. La mujer que había olvidado cerrar la puerta del baño, se giró, sorprendida al verlo ahí se quedó estupefacta, él también.

-Perdón- le dijo.

Dio media vuelta y salió del baño. Volvió a su cuarto y se sentó en la cama. Escuchó como el chorro del agua caía sobre el cuerpo de ella y

golpeaba luego con el suelo, gota a gota sintió cada uno de los golpes de los pies de ella contra el baldosín y se preguntó qué le pasaba. Volvió a toser, esta vez le dolió el pecho.

¿Por qué la estaré viendo en cada lugar? se preguntó.

Esperó sentado sobre su cama, con el cuaderno entre las manos, el lápiz bien apretado y buscando una razón. Escribía todo lo que soñaba, todo lo que veía, todo lo que sentía. En ese momento la sintió.

Entró en toalla, le besó los labios con gotas frías cayéndole por el rostro, la abrazó, sintió como su camiseta blanca se mojaba, la toalla de ella se fue desprendiendo y el frío le erizó la piel. Él la recorrió con sus dedos, la delineó y ayudó a que la piel siguiera erizada durante un tiempo más.

-Te amo- le dijo él.

Ella no respondió, desapareció.

La ducha dejó de sonar, la puerta del baño se abrió y él en su afán, se metió a bañar.

El agua caliente le tocó el cuerpo, le quemó la piel, lo despertó de su ensueño. Ese día, no la volvió a ver.

La tos siguió, el dolor en el pecho también, los cabellos ensortijados se le parecían a ella, pero no se dejó llevar por su inconsciente y se dedicó a estudiar.

**

Llegó al aeropuerto a las seis de la mañana, su vuelo salía para Primavera a las nueve, buscó un restaurante donde desayunar, el mesero lo atendió con una sonrisa, cortesía y una buena conversación.

Tosió, la garganta le ardió, el pecho se contrajo y luego se liberó, puso



un pañuelo para taparse la boca, la flema lo manchó de sangre.

-¿Le pasa algo, señor?- le dijo el mesero.

-Nada, solo que sufro de asma y tengo algo en el pecho desde que llegué a la ciudad- respondió él.

-Cúidese eso hombre, vaya al médico.

-No, gracias. Sé cómo tratarlo, sé cómo seguir.

Mientras el croissant con capuccino le era servido, se puso a detallar una a una las mesas que integraban el restaurante. Ella estaba con su cabello ensortijado, su lunar en el pómulo derecho y sus labios delgaditos, sentada, dándole la espalda, con su pícara sonrisa, leía uno de los libros que él le había recomendado antes de partir. Quiso pararse para ir a saludarla, pero prefirió quedarse tranquilo, dejarla en paz, eso le había dicho la última vez que la vio. Luego siguió con su recorrido en orden, rostro por rostro, examinó, volvió a ella, ya no era ella. Se frotó los ojos, el mesero llegó con el pedido.

-¿Qué le pasa?- preguntó.

-Nada- dijo él.

El mesero se tomó el atrevimiento de llevar el dorso de su mano hasta el cuello de él.

-Usted está ardido de la fiebre- le dijo.

-No, estoy bien- dijo y luego tosió, la flema golpeó en sus pulmones como un cascabel. Esas cosas que le dijo el mesero le recordaban a ella, tanto como cada lunar en los pómulos de cada chica que se le cruzaba al frente.

Subió al avión, sacó un libro y aspiró leer un rato, pero la tos y el cansancio a causa del insomnio que le venía aquejando desde hacía varios días, le impidieron mantenerse pendiente de una sola cosa.

Durmió.

Tosió, despertó. Estaban sobrevolando las montañas de Primavera, la ansiedad le aterrizó en el estómago, la iba a volver a ver. Tal vez ella ya no lo recordaría aunque él hiciera lo imposible por simplemente tenerla de nuevo entre sus brazos.

Se bajó del avión, caminó todo el puente aéreo, la vio. Esta vez era más factible que ella estuviera en el aeropuerto, era su ciudad, tal vez se le había presentado un viaje. Cuando se fue acercando, la imagen borrosa se fue haciendo nítida y los rizos castaños de ella, se convirtieron en una cabellera ondulada que delimitaba el centro de una espalda que no era como la que él recordaba. Le buscó los ojos, no era ella.

Tomó aire profundamente, los pulmones le dolieron. Se subió a un taxi, pidió ser llevado al barrio de ella. La casa en la que siempre la había visitado, la casa donde habían perdido la noción del tiempo miles de veces por estarse mirando, ya no estaba; hoy era un edificio que no reflejaba todo el amor y las lágrimas que en ella habían derramado. Preguntó a los vecinos, todos aseguraron que ella se había marchado hacía unos meses y ya no la habían vuelto a ver, que había vendido su casa para que en su lugar se hiciera esta nueva construcción que tendría doce pisos y se estaba erigiendo apenas.

La incertidumbre le llenó los pulmones, el corazón palpité fuertemente. ¿Le había pasado algo? Tal vez por eso la veía en todos lados. Había pasado con el abuelo cuando murió, con el gato cuando se perdió; incluso lo había visto en el pájaro que su sobrina había dejado escapar por la puerta de la jaula. Ya no sonrió. Tosió, le dolió, la sangre manchó de nuevo el pañuelo. Respiró. Fue donde su madre.

Su madre tampoco sabía nada de ella, la última vez que la había visto, fue en un partido del Primavera, estaba en el estadio acompañada de unas amigas y se habían encontrado por casualidad. Ni preguntó por él, simplemente dejó que el pecho se le inflara y desinflara tan rápidamente que le fue imposible ocultar los nervios.



Estuvo en su casa, Primavera seguía igual de gris que siempre, se degradaba entre el color de un ratón pequeño y el de las nubes a punto de explotar. Seguía siendo igual de pegajosa, de adolorida, manchada de moho y sangre por donde quisiera que se mirara. Las balas hacían parte del adorno en las paredes de los barrios, las vidas un simple suspiro en las manos de un dios que parecía haber olvidado a las pieles que se mezclaban en esa ciudad que de la estación climática, ya no tenía sino lluvia. La tos desapareció.

Aliviado y sonriente, se despidió de su madre, fueron dos semanas inundándole la casa con su ruido y sus recuerdos, con la imagen de ella dibujada entre sus sienes y el corazón manchado de ilusiones por volver a verla.

El aeropuerto de Primavera olía a despedidas y olvidos, a amores idos y prometidos, se inundaba con las lágrimas de parejas separadas y la saliva de los besos que por última vez muchos se daban. Él simplemente quiso encontrar entre esos olvidos y esas despedidas su propio olor. Volvía a cruzar el puente aéreo por el que había dejado las huellas en el aire muchas veces, todas las que había ido y vuelto a Cafetales.

El cabello rizado se le volvió a aparecer, ahí estaba, rojo, de espaldas acomodando una maleta en el portaequipaje, el brillo en sus ojos avellana era inconfundible. Él se sorprendió, se acercó lentamente buscando no ahuyentar ese reflejo, ya lo había vivido.

-Hola- le dijo.

-Sí, perdón- se giró la pelirroja.

Tal vez los rulos eran parecidos, tal vez el sueño más certero; no era ella. La tos volvió. Era ella la causante de su enfermedad, tal vez la soledad, tal vez el amor, tal vez el dolor, si, le dolió el pecho nuevamente.

Llegó a Cafetales, se sentó otra vez en la cafetería. El mesero lo reconoció.

-El de la tos- le dijo el mesero mientras le limpiaba la mesa- ¿Cómo siguió?

-Mejorando- respondió él- ¿Ha vuelto la crespita?

-Han vuelto tantas chicas de cabello ensortijado, que no sabría de cuál me hablas- dijo el mesero.

-Wow, qué refinamiento para referirte a las mujeres de cabello crespo- dijo él.

-Dejémonos de bobadas y conversaciones vacías, ¿Qué va a pedir?- dijo el mesero.

-Un capuccino y un cruasán. Dos de azúcar y una servilleta, tengo algo que escribir.

-¿Y eso?- se atrevió a preguntar el mesero.

-No se, un sentimiento para vomitar, tal vez me oprime y me hace doler el pecho- le dijo mientras tosía.

El croissant, el capuccino y la servilleta se mezclaron con sus letras, dibujaron uno a uno cada verso que escribía para ella. ¿Para quién? ¿Habría alguien que quisiera leer sus letras? ¿Existiría la mujer con el cabello crespo y el lunar en el lado derecho de su rostro? ¿Visitaría ese aeropuerto?

Al final dejó en manos del mesero una nota y propina para que pegara de su menú ese pequeño papel.

En un papel manchado de café y harinas de pan rezaba:

Sé que me estás siguiendo y el ácido de tu ausencia me quema el pecho a diario, dame una señal de vida, te quiero encontrar, búscame en el suelo, siempre lo mirás, dame un beso en la frente, verte me puede aliviar.

El mesero lo colgó. Era muy largo, la servilleta se hizo transparente pues se había desplegado en sus cuatro partes y se podía tornar ilegible. Él agradeció a su nuevo amigo, tomó su maleta, volvió al hostel.

Era de noche, las estrellas plagaban el cielo de incandescentes recuerdos



que le iluminaban el rostro, la luna no asomaba, desde que él había partido de Primavera y ella lo había mandado al carajo, no se había dejado volver a ver. Tal vez se escondía de él, así como solo ella lo hacía.

Durmió, las paredes olían a humedad. El frío volvió a abrazarlo, ella con su cabello húmedo, rizado, se acostó a su lado. Te amo le dijo. Él tosió. Se despertó sobresaltado, era un sueño. Los pulmones le dolían, le oprimían, no podía respirar. Se asfixiaba. Cafetales estaba más fría que nunca. Aún así, salió corriendo del hostel, tomó un taxi al aeropuerto. Corría en pantaloneta y sin camisa por todo el terminal, buscando el restaurante. No estaban, ni el restaurante, ni ella.

-¡Mesero, hay un fantasma en mi cama!- Gritó.

Se desplomó, miró al cielo, el frío del piso se mezcló con el que estaba inundando su sangre, ella se acercó, lo besó, te amo, al fin nos vamos a reunir, te veo en el cielo, saldremos juntos, caminaremos por ahí, la vio, le sonrió, tosió, no le dolió, murió.

7. La razón de pelo rojo

Decidió volver a casa por una razón con nombre y apellidos. Una razón de pelo rojo, sonrisa grande y gafas gigantes. Una razón con miopía y ojos verdes, una razón que alguna vez le susurró que no se fuera.

Cuando descendió del avión, con el peso de un viaje largo a las espaldas, los ojos cansados y la cabeza a punto de estallarle, lo sorprendió el olor de la ciudad. Hacía un par de años que se había ido y el olor a sangre, que lo obligó a irse, ya no se sentía por ningún lugar.

Volvía con el peso del recuerdo en las espaldas, su mochila estaba cargada de adioses y reconciliaciones. Quería que esta vez, cuando sus ojos se juntaran con su razón, las cosas volvieran a ser como antes. Solo que no sabía dónde podría estar su razón, no sabía dónde podía encontrar sus ojos.

Tomó un bus que lo llevara a su casa, esa que estaba vacía desde que se fue, esa que él esperaba habitar con ella, esa en la que él quería que ella se quedara. Esa que lo esperaba corroída por el tiempo y la distancia. Transformada por la arquitectura, olvidada por su dueño.

La fachada estaba peor que antes, hoy la adornaban algunos agujeros de las balas; por la puerta llena de huecos se podía ver en su interior. Parecía como si en algún ajuste de cuentas, alguien hubiera disparado para acabar con quienes allí vivieran. Él temió lo peor.

Abrió la puerta, el óxido de las bisagras le estremeció los huesos. En la sala estaban los pedazos de vidrios y cerámicas rotas, mezclados con los casquillos de las balas. Había un olor que se metía por su nariz, había un frío que se le metía por los poros.

Temió lo peor.



Siguió dando pasos en su casa y no encontró nada distinto a lo que había dejado. Instrumentos musicales, discos, cuadros, luces. Todo estaba en el mismo lugar donde él, hacía un par de años, lo había puesto. El temor que lo invadió se fue cuando encontró la ausencia habitando la casa.

Tenía que recuperarla.

Ese día, con el cansancio en cada músculo, no tuvo más opción que dormir. Como era su costumbre, no cambió las sábanas y se quedó dormido sobre el polvo. Algo que lamentó su nariz después, algo que el pecho y sus pulmones no eran tan capaces de sobrellevar.

Cuando despertó no sabía qué día era. Los últimos días que había pasado en Barcelona lo habían agotado tanto que el cuerpo decidió descansar hasta que estuviera cansado de hacerlo.

El siguiente paso que decidió dar, fue devolverle a su casa la imagen que recordaba de ella. Ella, su razón, no sabía de su regreso.

Compró materiales, vidrios y puertas, compró cerámica y pintura nueva. Quiso devolverle la vida a su casa, dar un grito sobre su regreso en una ciudad donde la muerte estaba hace años instalada, dando alegría y colores vivos a un barrio que era grisáceo por el miedo, el silencio y los sucesos.

Fueron varias semanas dedicadas a tapar los orificios de las balas, ahora le faltaba tapar los que había dejado él en el corazón de su razón de las gafas grandes y el cabello rojo.

En todo ese tiempo los vecinos lo reconocieron, lo saludaron, le dieron la bienvenida. Él hacía su trabajo todos los días pero ella nunca pasó por allí así que no supo de su regreso.

Cuando todo estuvo listo, llamó al servicio de telecomunicaciones para que le reinstalara los servicios y así poder escribirle a ella.



Le escribió, le dijo que volvía.

Cuando ella abrió el correo esa noche, después de llegar de una larga jornada de trabajo, sonrió. Sonrió como hacía ratos no lo hacía, sonrió como solo él podía hacerla sonreír.

Abrió el mensaje y brincó, lloró, siguió sonriendo. Lo odiaba y lo amaba, quería que sus manos volvieran a enredarse en su ensortijada maña de pelo negro, pero también quería patearlo, patearlo tanto que le doliera. Patearlo tanto hasta cansarse, hasta que a ella misma le dolieran los pies.

Porque así es el amor y el abandono, en un momento está todo seguro en un frasco de vidrio que parece blindado y, de repente, el viento es capaz de empujarlo, echarlo al piso, romperlo en mil pedazos y cortar los dedos cuando ya se está limpiando.

Le contó su situación, le contó que trabajaba todos los días después de estudiar, que tenía exhaustivas jornadas de cuatro de la mañana a doce de la noche, que sus ojeras eran más grandes, tanto que sus gafas no podían esconderlas. Le contó que vendía hamburguesas, las mejores de la ciudad, que debía ir a probarlas, que lo extrañaba, que la disculpara por no ir por él al aeropuerto, que cuándo volvía. Le dio la dirección de su trabajo, el nombre de la hamburguesería y el teléfono a donde podría llamarla.

Al otro día de ese mensaje él despertó. Miró el celular y con los ojos entrecerrados y sin moverse de la cama, abrió la notificación de correo.

Cada palabra era una sonrisa, cada sonrisa tenía la capacidad de convertirse en suspiro.

Esa tarde la dedicó a preparar la noche, la sorpresa. Hizo varias llamadas, organizó su casa, escribió dos o tres párrafos.



No le salía una idea concreta, tal vez porque el estómago estaba revuelto por las mariposas, tal vez la ansiedad le estaba devorando cada uno de sus órganos.

No sabía qué iba a decir ella, ni cómo lo iba a tomar. Sobre todo porque era repentino que volviera una noche después del correo que le envió.

Fue un día caluroso, de esos calores que había extrañado en la distancia, de esos calores que compartía con ella en una piscina.

Cuando llegó la noche, fue igual de calurosa, lo que había pasado con la ciudad era que había cambiado el calor de las balas rompiendo la piel, por el calor del suelo hirviente y sofocante.

A las siete de la noche, con su pelo peinado y una camiseta blanca ceñida al cuerpo, se fue para la hamburguesería.

Caminó un barrio que conocía, un barrio que extrañaba. El barrio donde se enamoró de ella. Rememoró las tardes tomados de la mano, los pasos igualados, un pie derecho, un pie izquierdo, las noches de no pisar líneas. De besos, abrazos, sonrisas y gritos.

Dio vueltas durante poco más de media hora, hasta que llegó al restaurante.

Cuando ella había llegado a trabajar, se encontró con que la hamburguesería tenía todas las mesas reservadas, pero siendo las ocho de la noche, no aparecía el primer cliente para llenarla. A veces le ofuscaba eso: tener que estar a las cuatro de la tarde y que empezara la noche y nadie apareciera a pedir ni siquiera una botella con agua.

Él llegó, silencioso, se sentó en la mesa. Ella estaba dedicada a revisar su celular, por lo que no había visto quién había llegado a comer, cuando alzó la cabeza, agarró las cartas y se acercó.

-Buenas noches, bienvenido- le dijo ella.

-Gracias- respondió él- hacía días esperaba escuchar esas palabras.

Ella lo miró a la cara, lo reconoció, sonrió, sintió cómo se le iban encharcando los ojos.

-¿Cómo estás? - dijo ella casi susurrando, ya que no podía entablar conversaciones con los comensales.

-Bien, ¿Tú?- le dijo él, pasitico.

Ella le sonrió y entre los labios, como si el cuerpo se le comiera el sonido, le dijo que bien. No lo creía, lo tenía enfrente luego de mucho tiempo y esta vez era un cliente, no su pareja.

Cuando se iba a ir, él le tomó la mano, la miró fijamente.

-¿Para dónde vas?- le preguntó.

-Para la barra, no me puedo quedar aquí.

-¿Qué quieres comer?- le preguntó él, incisivo.

-No puedo comer nada. Ahorita comeré - le respondió ella, que en ese momento recordó algo.

-No, come conmigo- le insistió él.

-Sabes algo, creo que te toca comer en la barra, porque todas las mesas están reservadas. ¿Te choca?- le dijo ella.

-No, la verdad es que no tengo que comer en la barra- respondió él.

-¿No? ¿Por qué?- preguntó ella inquieta.

-Porque si miras la lista de reservas, todo el restaurante está a nombre mío.

Ella corrió a la barra a mirar la tabla de reservas y se quedó de una sola pieza, su nombre se repetía al lado del número de cada mesa.

-¿Qué hiciste?- preguntó ella.

-Quería una cena romántica contigo, donde estuviéramos los dos solos, donde pudiéramos desatrasarnos de dos años de distancia, de amor y odio. Y como no podías salir de trabajar, pues entonces te llevo la cena



a tu trabajo.

-¡Pero eso no es posible!- dijo ella.

-Sí lo es- dijo el dueño del restaurante a sus espaldas.

-¿Usted sabía?- preguntó ella con sus gafas grandes.

-Claro que sí, ¿cómo no darte un momento de alegría sabiendo que tienes días muy largos?- dijo el Administrador- ¿Qué quieres comer?

Ambos pidieron una hamburguesa con queso azul, con aros de cebolla, con cerveza. Se sentaron a la mesa, se sonrieron, se desatrasaron, se reconocieron, se recordaron, se prometieron, se odiaron, se miraron, se tocaron, compartieron.

Compartieron el silencio y la distancia, compartieron la cerveza y el sabor, la misma mesa, los mismos sentimientos, la sonrisa, el corazón. Hablaron y hablaron, les dieron las diez, las once.

El restaurante esa noche no abrió al resto del público, porque inmediatamente se sentaron a la mesa, el dueño decidió cerrarlo. Sabía que la distancia había sido protagonista y quería que ahora no se apareciera por allí, le cerró la puerta en la cara y decidió que no sería bienvenida, ni ella, ni los demás comensales que se atrevieran a aparecerse por allá.

Desde esa noche, el dueño tuvo una persona más en su staff, tal vez no un mesero, ni nada, solo un hombre que ocupara una mesa cada noche de cada día, un hombre que se sentaba a observar a su mesera, a la más bonita, la más sonriente, la más flaca. Esa de pelo rojo y gafas grandes, esa de ojos verdes. Esa que durante dos años había esperado a que apareciera ese comensal, esa que desde ese día, volvió a rehacer sus sueños, a vivir con él, a llenar de color las grises paredes de una ciudad descolorida por el dolor.

8. La distancia y el recuerdo

Habían encontrado en extrañarse la mejor manera para estar juntos, para entenderse, para sentirse.

Los separaba un océano, miles de kilómetros y dos sillas; se conocían hacía más de seis años, se gustaban desde antes de conocerse, se extrañaron sólo cuando él tuvo que partir.

Sabían que se gustaban desde el momento en que se vieron por primera vez, cuando él le guiñó el ojo y ella le devolvió el piropo con una sonrisa. Sabían que se extrañaban la noche en que soñaron lo mismo y en la casa de ella el timbre sonó.

Eran las doce de la noche, no esperaba la visita de nadie, miró por la ventana; se encontró una sonrisa conocida, unos ojos familiares, un beso en la mejilla, una carta escrita a mano.

Querida, buenos días.

No sabés lo difícil que es ver cómo se hace de noche, cómo el frío inunda la casa y yo no encuentro mejor forma de calentarme que recordar tus abrazos.

Extraño tus abrazos, hasta los besos que no me has dado, extraño tu pelo, tu aliento, tu cuerpo, tu risa, tus manos.

Si, ya sé que no tengo por qué extrañarte, que no hemos compartido tiempo juntos, es más, sé que nunca hemos estado a solas, pero acá en la distancia me acuerdo de vos, de los paisajes que no hemos compartido y de las sonrisas que aún no te robé.

Hoy sos la protagonista de mis sueños, la dueña de mis madrugadas, mi razón para volver.



No espero una carta de vuelta, no espero un beso, un abrazo o una canción, sólo que a veces en la distancia, cuando estoy solo y hasta rodeado, pienso en vos.

La lectura fue fluida, los suspiros un millón. Una carta física, de su puño y mala letra, era lo único que no esperaba.

Sonrió.

Donde él estaba nunca había invierno y aún así sentía el frío; donde ella esperaba, siempre estaba oscuro pero desde esa primera carta, empezó a ver luz.

Esa primera noche de suspiros fue para ella la mejor forma de recordar.

**

Sin saber si ella había recibido la carta, abordó un tren y esperó que lo llevara lejos, cargaba en el bolso tantas ausencias y en la cabeza una sola razón. Recorrería un continente en tren, viajaría tres meses y luego se instalaría en una ciudad fría donde el idioma y la gente lo iban a hacer extrañar más los abrazos que quería, las historias no escritas.

Cada ciudad era una postal guardada en un libro; estaba solo y le escribía en las noches, le contó de la arquitectura y la historia, del pasado y el presente, de la destrucción y el arte, del amor y el miedo; ella con cada carta sentía más la ausencia, él en cada letra dejaba el corazón.

Las cartas que le llegaban a diario tenían algo especial: una foto, un aroma, un pedazo de cemento de cada ciudad. Ella iba atesorando los momentos en un baúl, el amor en su interior.

Fueron tres meses intensos, él vivía de museo en museo, de estadio en estadio. Discutía cada tanto con borrachos a los que no les entendía nada, narraba en las noches lo que le pasaba, hacía una carta cada vez más breve, cada vez más clara. Ella se abrazaba a las cartas, era lo único

que tenía de él, se alegraba con cada pintura que él describía, se preocupaba con cada pelea en el bar.

Cuando terminó el viaje en tren se instaló en la ciudad que había escogido para estudiar.

Apenas llegó al apartamento donde viviría el año entero que iba a estar allá, se grabó con una sonrisa grande y una barba espesa. Recorrió cada cuarto de la casa, le pidió que fuera a ocuparla, le envió en un sobre el video, la ausencia se sintió en el alma, la esperanza inundó su voz.

**

Con cada segundo que pasaba en el video, cada paso que sonaba en el piso de madera le era más familiar y hacía que lo sintiera cerca. Ella quería estar con él, lo sentía tan suyo siendo tan ajeno que no tuvo más remedio que suspirar en silencio, meterse en las cobijas y recordar la sonrisa que le esbozó la vez que supo que le gustaba.

Ella inocente y silenciosa, sin saber cómo escribirle, sin saber qué grabarle, se tomó una foto cubierta por la ausencia. Se la envió en un sobre que solo llevaba el nombre de él y en el cuál iba además un beso contenido.

**

Él atesoró la foto en la puerta de su nevera, el beso no lo dejó salir: no quería sentir los labios de ella tan efímeramente, eso sí, sintió el aroma de su piel con solo abrir el sobre.

Estudió, sufrió, vio salir el sol en la clase de las seis de la mañana, se murió de frío en las noches lluviosas y vio la luna salir cuando estaba llena. Amaneció trabajando, limpió trastos, se sintió solo, la llamó una tarde y no la encontró.



Empezó a desilusionarse con cada día que pasaba y no la encontraba al otro lado de la línea, quiso escribirle y no encontró palabras para decirle algo, decidió tomar un nuevo taco de VHS y empezar a grabar los videos de cada canción que quería cantarle al oído. Llenó su cuarto de tacos, no era capaz de enviárselos. Sería su secreto mejor guardado, su más grande perversión, tenerla cerca, cantarle con su mala voz, mirarla a los ojos, no besarla, pero sentirla dormir en su regazo.

Cuando supo que navidad iba a llegar, decidió dejar la perversión a un lado y enviarle todo el calor que podrían ofrecerle los videos, las canciones. Sabía que el invierno en soledad iba a ser más que traumático y por eso envió un suéter tejido y un abrazo consolador, así ella en cada noche de frío lo sentiría. Escribió una carta y luego se sentó.

Querida, buenos días.

Ya sé que la ausencia y el frío son las dos cosas que más odias de mí, pero aunque no lo creas, cada vez estoy más cerca. Te envió estos videos para que me escuches cantártelos al oído, te envió el suéter para que duermas conmigo, te envió el abrazo para que no sientas frío.

**

Cuando ella recibió el paquete ya era invierno, ya el árbol de navidad alumbraba en su sala, el frío se metía por todos lados, la calefacción no daba abasto, no provocaba salir a la calle, así que decidió ver cada uno de los videos que llegó en la caja, mientras cargaba encima el suéter y sentía el abrazo eterno que llegaba cada noche cuando iba a dormir.

No le escribió una sola palabra, los suspiros de cada canción eran tan profundos que no necesitó más para que él sintiera que la vida le faltaba si él seguía lejos.

El invierno fue acabando y con él las esperanzas. No volvieron a escribirse. Él sumergido en el estudio, ella abrumada por el trabajo.



Si el cielo pudiera decirles a ambos cuánto se extrañaban, lo habría hecho con el viento; sabía lo que había en el interior de cada uno, porque cada vez que alzaban la cabeza para buscar las nubes, encontraban el rostro del otro reflejado.

Fue el mismo cielo el que los obligó a juntarse la noche en que todo cambió.

**

A ella el pecho le empezó a palpar muy fuerte, se le iba el aire, le dolía. Se sentía asfixiada y no entendía por qué, el corazón quería salirse, creyó que esa noche iba a morir. Sin saber si él volvería, sin saber si él la besaría. Sin dedicarle una sonrisa eterna, un sueño en su pecho, un abrazo en la noche.

Fue llevada al hospital de urgencia, se estaba muriendo de ahogamiento. Tal vez eran las letras que debía escribir las que se le atoraron en la garganta, tal vez fueron los besos, tal vez las sonrisas. No la dejaban salir, la tuvieron en observación durante varios días. A veces ni despertaba, solo dormía. Lo soñaba en las noches, sentía que lo veía en la cama, que le tomaba la mano, que le sonreía.

**

Cuando despertó de ese trance, donde no distinguía entre si estaba despierta o estaba dormida, lo encontró sentado en una silla al borde de la cama. Se sorprendió, se enterneció. No podía creer que él estuviera ahí, se abalanzó a abrazarlo aún con las agujas chuzándole las venas.

Lo besó como siempre había anhelado besarlo, lo abrazó, sonrió, lloró. Él, que había velado toda la enfermedad de ella y que no había sido ninguno de sus sueños, porque cada que ella abrió los ojos era él en realidad el que estaba ahí, no fue capaz de levantarse de la silla.



El cansancio y el Jet Lag lo carcomían, aún así se despertó y se alegró de verla mejor.

Cuando le dieron de alta, él ya estaba mejor. Solo tenía un inconveniente: debía volver al estudio, no podía perder más clase.

**

La noche de la despedida decidieron no volver a escribirse, no volver a encontrarse.

Vieron uno a uno los videos que él había grabado, se cantaron al oído, se recorrieron con placer, con sinceridad.

Se saborearon uno a uno los jugos de la ausencia, se dijeron todo lo que tenían para confesar, se amaron y se recordaron, se rieron, se enredaron. Fueron raíz y fuerza, gemidos, sudor, lágrimas y promesas. Durmieron exhaustos por haberse dado todo lo que en cartas anhelaban. Se pusieron rígidos de excitación y durmieron entrecruzados por tanto amor.

Al otro día, en el aeropuerto, cuando él se iba de nuevo, ella impulsada por el amor, compró un tiquete y lo acompañó.

9. Exterminio

Llegó con la lluvia de la noche, con el tic tac de un reloj que no paraba de andar, con el ruido del teléfono que avisaba que estaba en la entrada al edificio, con la sonrisa en la boca, los ojos brillantes, la piel arrozuda y sin parar de temblar.

La miré, le vi el cabello crespo, me saboreé. Traía una camisa de flores, como la que llevaba la última vez que la vi en el Metro, la misma mochila de cuero y una carpeta verde en la mano.

No entendía qué la traía por mi casa, es más, no sabía por qué sabía dónde quedaba mi casa. La invité a entrar y le serví un café.

Al fondo, Julio Sosa cantaba algún tango, ella se sentó en el tapete, agarró un cojín entre las manos y empezó a acariciarlo. Yo sentía cómo el corazón palpitaba muy rápido, cómo las mariposas en el estómago acababan de salir de sus capullos. Había esperado tantos años para tenerla a mi lado, a solas, y ahora, no sabía qué hacer.

-¿Y qué más?- le pregunté.

-Nada- me dijo.

El silencio se interpuso entre nosotros. Cambiaba la canción.

-¿Qué te trae por acá?- le pregunté.

-No sé, estaba lloviendo y recordé que alguna vez me ofreciste una cama dónde soñar en silencio y decidí venir a hacerlo- respondió.

-¿Y por qué?- volví a insistir.

-Porque quiero darme una lección, quiero darle una lección a mi mamá.

Estudiaba filosofía y a veces se quedaba las noches enteras en silencio, leyendo, preparando discursos, tratando de refutar teorías e intentando solucionar el mundo. Pese a que Woody Allen en alguna de sus



películas decía que la filosofía no debía ser eso, ella insistía en que sí, así que pasaba las horas esperando amanecer mientras escribía y preparaba todo para aprender a hacerlo bien. Al mismo tiempo, yo, en el silencio de la madrugada le enviaba canciones mientras me devanaba los sesos escribiendo alguna canción. Fue tal vez, en una de esas noches en que compartimos el mismo frío, el mismo cielo y la misma canción, que le dije que la esperaba y le di mi dirección. No recuerdo bien, pero ahí estaba afirmándome que así era.

-¿Quieres cambiarte la ropa mojada?- le pregunté.

-¿Por qué? ¿Tienes ropa de mujer para prestarme?- respondió.

-La verdad no, pero por experiencia sé que si te quedas con esa ropa húmeda esta noche, tal vez no veas amanecer- le dije.

Sonrió.

La muerte a veces nos intrigaba en esas noches en las que nos quedábamos escribiendo y a veces intercambiábamos textos que la tenían en su interior. Por eso sonrió, porque ella tenía miedo y yo una gran afición.

Agarré una camisa blanca, un pantalón rojo, una chompa negra, una cobija y un edredón.

-¿Con esto está bien?- le pregunté.

-Más que bien- me dijo.

-Si quieres, puedes ducharte, tengo agua caliente- le dije.

Tímidamente sonrió.

Le busqué una toalla y la llevé hasta el baño, le expliqué cuál era el lado del agua caliente y la dejé ahí, en silencio. No sin antes preguntarle si quería comer algo.

Mientras se dio una ducha, le preparé más café, hice algo sin carne para ella y me hice un sandwich para mí. La esperé. Canté algunas canciones de Los Panchos que sonaban en la lista de reproducción, agregué algunas palabras al texto que estaba escribiendo y finalmente agarré un



libro y me puse a leer.

Salió revitalizada, le había vuelto el color. Los cachetes estaban rosados, la sonrisa ya no le hacía castañear los dientes. Le di lo que le había preparado. Me senté a su lado y quise conversar.

-Silencio- me dijo- no quiero hablar.

-Está bien- le dije.

La miré y me quedé a su lado, agarré el libro y me puse a leer. Ella, mientras comía, tarareaba las canciones, se sabía algunas y hasta las cantaba. Yo observaba el detalle de sus dientes juntándose con su lengua, sentía sus labios, la escuchaba masticar, le veía los pezones marcados en la camiseta blanca y la sentía pensar.

Sí, sentía cómo en silencio se cuestionaba por qué estaba allí en ese momento. Sentía cómo quería agarrar su bolso de nuevo, su ropa mojada y salir a enfrentar la lluvia como había llegado. Pero también sentía cómo el frío le erizaba los poros y le decían que se quedara dónde estaba, que se tranquilizara, que durmiera y que disfrutara el momento.

-¿Puedo dormir aquí esta noche?- me preguntó.

-Sí así lo quieres, dale- le dije.

Buscó el dormitorio principal, encontró en mi desorden algo que la hizo sonreír. Se acostó en mi cama, dijo hasta mañana, se metió en las cobijas y sin despedirse, se echó a dormir. Yo me quedé mirándola desde la puerta. Cerré y me senté a seguir trabajando. Estaba en el clímax de mi próxima novela y aproveché la lluvia para continuar.

Tal vez la lluvia saca mis mejores letras, tal vez el miedo que me genera morir por su culpa me hace escribir con mayor fervor, como si por su culpa la respiración se me fuera a cortar, como si cada gota de agua que me cae encima fuera parte del chorro de inspiración que se va acortando con la muerte.



Con la última gota de lluvia que cayó puse mi punto final. Agarré el edredón que ella había dejado en la sala, un par de cojines y me acosté a dormir ahí. Sentía invadido mi espacio, pero no quería sacarla del sueño ni arrancarle una mala cara pensando que me iba a aprovechar. Sabía que necesitaba cada uno de esos minutos dormida, así que decidí quedarme en la sala, dormir y esperar a que se pudiera despertar.

Cuando desperté, la casa estaba vacía, la ropa que le había prestado yacía doblada encima del comedor. A su lado había una nota y un corazón.

“Me fui, pero volveré. Gracias por el calor”. Decía.

Sentí el vacío en mi interior, sentí el abandono. Estaba acostumbrado a estar solo, a no depender de nadie, pero esa repentina visita, sentir la casa llena, me llenaba de ilusión. Tristemente todo se desvaneció como una figura de arena en un aeropuerto, como el silencio en una autopista a la hora en que pasa un camión.

Pasaron muchos días para que volviera a llover y con la lluvia ella volvió a aparecer.

Estaba igual de pálida, sonriente y crespada que el primer día, estaba con la misma camisa de flores de la otra vez.

-Préstame lo de la otra vez- me dijo.

Yo fui al closet, busqué la misma camisa blanca, el mismo pantalón rojo, la misma chompa negra, el mismo edredón, la misma cobija, la misma toalla. Se las entregué.

Ella ya sabía dónde quedaba el baño, cómo se abría el agua caliente y qué quería comer.

Yo asentí y le preparé lo que pidió mientras ella se duchaba. Santos Discípulo cantaba algo que me llenó el corazón.

La esperé a que saliera del baño y le serví cuando se sentó en el comedor.

Sonrió.

-Silencio, no quiero que me hables- dijo.

Yo tomé el libro en mis manos, la leí a ella en eso que estaba leyendo. La leí con mi mirada, le leí el cuerpo y leí su sensación.

-Quiero que me ayudes con algo- me dijo.

-¿Con qué?- pregunté.

-Mi madre cree que soy juiciosa y mis amigas que soy emocionalmente estable- continuó.

-¿Y entonces, cómo entro yo ahí?- le pregunté.

-Quiero que me ayudes a demostrar lo contrario, quiero que me desestabilicés y que saqués mi lado más desjuiciado- me dijo.

-¿Y cómo?- continué.

-No sé, el que se inventa mentiras sos vos, yo soy muy racional. Así que dejo todo en tus manos- me dijo.

-Acepto, solo te digo que no sé cómo hacerlo- le agregué.

-Yo sé, pero aquí estoy. Solo hay una condición...

-¿Cuál?- pregunté intrigado.

-No quiero volver a dormir sola- Sonrió.

Esa noche, se acostó en mi cama, leyó algunos documentos de su clase hasta que se durmió. Yo trabajé hasta entrada la madrugada y antes de que aclarara el día, fui y me acosté a su lado. Apenas sintió el peso de mi cuerpo sobre el colchón, se volteó, me besó el cuello y me abrazó. Durmió sobre mi pecho.

Sentí cuando se despertó, la sentí bañarse y sentí cuándo tomó la ropa seca y se vistió. Estaba a punto de salir cuando mi fuerza la detuvo.

-¿Para dónde va la señorita?- le pregunté.

-A estudiar- me dijo.

-¿Y por qué tan juiciosa?- le pregunté de nuevo.

-Es mi obligación- me dijo.

-Hoy no vas a ir- le dije.

Se sorprendió.

La agarré entre mis brazos, la cargué y la metí en la cama a mi lado. Se abrazó a mi cuerpo y volvió y se durmió.

Ese día vimos películas y leímos todo el día. Discutimos sobre Kant, Kierkegaard y Dostoievsky. Vimos algo de cine basura y cocinamos para los dos. Hablamos sobre por qué yo comía carne y ella no y llegamos a la conclusión de que podíamos vivir juntos, pese a tantas cosas que no teníamos en común.

Pasamos así toda la semana. Vivía con mi ropa y dejó que se le descargara el celular. Conversamos, dormimos juntos, nos besamos y juramos ante El Capital de Marx, que pese a todo, nada nos iba a separar.

Ella estaba ilusionada y silenciosa, dispuesta a volver a su casa. Yo la impulsé a que trajera ropa y a que se quedara mucho tiempo más. Que le dijera a su madre que no iba a volver, que iba a vivir con alguien y que algún día se lo iba a presentar.

Sonrió y asintió.

Esa noche, llegó con toda su ropa en una maleta. Esa noche llegó con toda la ilusión en el corazón. Guardó las cosas en el closet, comimos juntos y terminamos leyendo.

-Ayúdame con algo- me dijo.

-¿Con qué?- le pregunté.

-Debo preparar un discurso para mi próxima disertación- me dijo.

-Vale-



Estaba en tanga y con una blusa de tiritas, con su sonrisa y su rubor en el rostro. Se aclaró la voz, se paró en la cama y empezó. Leía algo sobre el exterminio, sobre cómo acabar con una relación, sobre cómo los países se van deteriorando entre la mierda del deseo de demostrar cuál es el mejor. Sobre cómo podemos acabarnos todos entre palabras, sobre cómo más allá de la violencia que generan las armas, nuestra principal arma para destruir a otros es la voz. Que más allá de las acciones, lo único que el ser humano necesitaba para acabar con otros es pasar del pensamiento a la acción.

Yo la aplaudí, ella se rió.

-Pendejo- me dijo

-Estuviste perfecta- le sonreí.

Le fui quitando la ropa, sentí cómo sus poros se fueron erizando, la besé profundamente, fuimos uno esa noche, fuimos placer.

Al otro día, salió temprano a presentar su discurso, salió con el sol auestas y la ilusión de hacer su mejor presentación. Yo la vi partir en silencio, le di un beso, le deseé suerte y que todo saliera de lo mejor.

Le dije al celador del edificio que no la volviera a dejar entrar. Que por más que lo intentara, le dijera que yo no estaba. Y así fue.

Cuando llegó en la noche, en el silencio de la noche, apareció. Yo tenía las luces de la casa apagadas, escribía en el pasillo para no levantar sospechas. Había apagado mi celular y me borré del mapa.

La escuché gritarle al celador y decirle que me odiaba, que era imposible que le hiciera esto, que le derrumbara en una sola noche la ilusión. La escuché llorar.

Esa noche no prendí las luces de la casa. Ella se quedó en la puerta del edificio esperando verme llegar. Durmió allí, con el frío auestas y arropada por la chompa negra que le solía prestar.



Al otro día se fue temprano a estudiar y cuando volvió a casa se encontró el mismo discurso del celador. Estaba en finales y decidió sentarse a leer en la puerta del edificio y esperar.

Yo no aparecí tampoco ese día.

Me llamó a la casa y no contesté. Me escribió mails, me pidió que al menos le entregara su ropa. Yo sonreí. Lloró durante toda esa semana, estuvo durmiendo en la puerta de mi edificio, yo sabía que su orgullo no la iba a dejar volver a su casa ni pedirle posada a sus amigas de la universidad.

El celador me decía que me apiadara de ella, que era una muchacha bonita, que no la destruyera más.

Cuando acabó la semana, me envió un mail nuevo. En él me decía que había perdido el semestre, que todos los finales le habían salido mal, que era un mar de ojeras, que por favor le abriera, que en serio estaba cansada, que no quería llorar más.

Yo sonreí.

Esa noche, le dije al celador que la dejara pasar. Le serví su café caliente y su comida vegetariana. Le presté el baño para que se duchara y me senté a su lado para conversar.

-Sos un imbécil- me dijo.

-¿Por qué?- pregunté.

-¡Mirá lo que hiciste!- gritó.

-No hice nada, simplemente, cogí tu discurso sobre el exterminio y tu deseo de desjuiciarte y desestabilizarte. Los hice perfectos, los pasé del pensamiento a la acción.

-¡Maldita sea!- me dijo- No podés ser así. Se supone que vos sos el poeta.

-Si lo soy y en esta casa no te va a faltar poesía, ni amor. Solo que

cuando quieras destruirte, también seré capaz de lograrlo, tan fácil como en esta ocasión.

Me besó, profundamente me besó. Nos metimos juntos a la ducha y me rogó que no le hiciera nunca más eso que el segundo día me pidió.

10. Penélope

El tren había partido hacía más de seis años, en él iba su esposo y otros seiscientos esposos, hijos, padres del pueblo; el objetivo, uno solo, representar a su nación, defenderla.

Maria desde el día en que Juan, su esposo, partió, se sentaba con su vestido de flores, sus medias veladas negras, sus zapatillas de charol rojo y su cabello castaño ondulado bien brillante agarrado en una pequeña cola con una flor que le hiciera juego en la banca de la estación. En el brazo llevaba una canasta de mimbre llena de sánduches de mermelada de mora y mantequilla con sal, otros de jamón y queso, jugo de naranja y dos manzanas, todo muy fresco, como le gustaba a su esposo.

Trenes llegaban a diario, abordaban y desabordaban a centenares de pasajeros de todas las edades, varios de los que se habían ido con Juan ya habían regresado, es más ya habían abordado y desabordado miles de trenes ahí, en esa misma estación, con sus familias, solos, con el mismo uniforme, con sus armas, con sus bolsos de viaje, algunos se habían convertido en grandes empresarios, y Maria aún seguía esperando. Todos iban y volvían, y María seguía esperando.

La guerra terminó, los soldados con sus trajes camuflados y sus cuerpos mutilados regresaron a sus casas, los que habían conocido a Juan, los que habían partido con él, los que habían peleado con él, vieron a María sentada, mirándolos sonriente, con su cara un poco más vieja: habían sido siete años de guerra, los estragos del tiempo se veían en todo su rostro, sobre todo las noches que lloraba porque Juan no regresaba.

Maria se paró de la banca, la canasta quedó allí descansando. Uno a uno contó a los soldados que descendían del tren, uno a uno los miraba a la cara, uno a uno veía cómo se besaban con sus esposas, uno a uno miraba cómo saludaban a sus hijos con un sacudón en el cabello y un



abrazo, cómo los cargaban. Sólo faltaba Juan.

Fue ahí, en ese instante, cuando ella dio los primeros tres pasos que la alejaban de la banca por primera vez en dirección a un tren luego de siete años, cuando el batallón se dio cuenta de lo que pasaba. Las trompetas sonaron, la guardia se paró firme, en filas, se miraron unos a otros, llevaron sus manos en forma de visera para rendir un honor. Alguien gritó desde un costado.

-Un saludo a nuestro Coronel Juan Luis Gómez.

Del tren empezaron a sentirse varios pasos, fuertes, así como el cuerpo de Juan. Maria sonrió, lo vería por fin. Pero del vagón, ese que estaba frente a ella, empezaron a bajar cuatro grandes militares con un ataúd. Uno de ellos se paró frente a Maria, le entregó la bandera, esa que él defendió hasta el último de sus días, ese día en el que la viruela, la que le acosaba desde hacía varios meses, le quitó la vida, porque quería volver victorioso a su casa, o si no, no volvería.

Maria tomó la bandera entre sus manos, sonrió, lloró. Sus labios rojos besaron el ataúd. Su esposo había vuelto, como un héroe, tal y como ella siempre lo vio. Un héroe que tuvo que dar la vida para que el país lo valorara tanto como ella lo hizo sin que tuviera que hacer ese tipo de méritos.

11. Un bandoneón atravesado

Vendió su cama, su ipod, sus juguetes, sus trabajos, vendió su batería, su guitarra, su moto y su carro, vendió zapatos, vendió camisetas y bolsos, vendió jeans y pantalones, chaquetas y buzos, vendió todo, metió su piano en un estuche duro, el bandoneón en otro, cogió una maleta donde echó cerca de cinco tandas de ropa distinta, un par de tenis aparte de los que llevaba puestos, compró un tiquete a Buenos Aires y se marchó, dejó atrás su pasado, sus amores, su familia, su carrera.

Luego de tres horas de viaje más o menos, puso los pies en buenos aires, se encontró caminando por las calles, abandonado, con sus instrumentos colgados y su maleta en hombros, encontró el bar con el que había hecho el contacto desde que vivía en Primavera.

Lo recibieron, le dieron las llaves de su apartamento a unas cuatro manzanas de donde quedaba el bar, esa noche tendría su primera presentación, pagado con vino, en dólares y el apartamento para él.

Esa noche, el debut fue esplendoroso, lleno total, le habían dicho que el bar tenía buena fama, pero él no se imaginó cuanta, cantó sus canciones, otras cuantas de Fito, de Charlie, de Spinetta, de Calamaro y otros más, cantó tanto hasta perder la voz, al final de la noche, una buena recompensa.

Luego de tres meses en la ciudad y de haberse ganado un público, unos pesos y la firma de un contrato con una disquera, a punta de teclas, soplos de bandoneón y unas cuantas letras, pasó algo que no podía creer.

Eran las diez de la noche, entró por la puerta del bar, acompañada de un hombre que la llevaba de la mano, ella al verlo en la tarima tuvo la misma reacción de asombro que él. Sonrió, lo miró a los ojos y él también sonrió.



Tomó el micrófono y pronunció unas palabras, Este recital va dedicado a mi más grande musa, Morita, esto es para vos. La miró, le envió un beso con el aire y se sentó a interpretar sus canciones.

*Y si el mar no tiene miedo de a la orilla llegar,
Y el pájaro cuando eleva el vuelo no piensa en caer,
Si el ciervo se acerca sin miedo al león,
Que es lo que impide que estemos vos y yo.*

Cantaba al unísono el bar y él, ella lo miraba de lejos y seguía mentalmente la letra de las canciones que ya conocía. Pierde el miedo de intentarlo, Porque nada se ha escrito, Ven abrázame sigue soñando, Que yo ahí te seguiré cuidando.

La siguiente, son las iniciales de su nombre, dijo y todo el público saltó, sin necesidad de usar su voz, el bar cantó No imaginé que volvería a pasar, El amor en mi se tuvo que marchar, Ahora vuelve un poco más grande, Y de mi cabeza no puedo sacarte.

Entre aplausos y gritos, entonó “Lejos”, una canción que le había escrito antes, cuando vivía en su país natal.

*Caminando te llevo a tu hogar,
Luego de un rato te tengo que dejar,
Entre lágrimas te veo partir,
Desde ese momento comienzo a morir.*

El coro simplemente le hizo erizar la piel, ella vio brotar una lágrima de sus ojos que bajó por su mejilla, el hombre que la acompañaba se dio cuenta de la conexión que había y empezó a llenarse de ira.

*Y una hora es demasiado tiempo lejos,
Para extrañarte, para pensarte,
Y un día entero pasó muy lejos,
Lejos de ti, lejos de mí,*

*Y la semana se va muy lento,
Si estoy tan lejos si estoy tan lejos,
Lejos de vos.*

Luego de cuarenta y cinco minutos de estar dedicando canciones, tomó el bandoneón en sus rodillas, agachó la cabeza; hoy, les mostraré algo nuevo, nadie lo conoce, decía, de hecho aún está sin terminar, pero quiero que escuchen como es: se llama “Engaño”, empezó una melodía melancólica, el aire se iba perdiendo, la letra dejaba sentir todo lo que él pensaba sobre su vida, sobre su relación del pasado, el coro, simplemente diciendo: Dile que engaño no es solo besos y sexo, dile que engaño es que me tienes cada noche en tus sueños, dile que engaño es que aun te preocupas por mí, dile que engaño es que mis letras te hacen feliz.

De repente, de la nada, se vio un fulgor, una ráfaga, se escuchó un disparo, el músico paró, no tocó más, el bandoneón entrecortó sus lamentos, un orificio lo atravesaba.

12. Buscando a Juana

Aterricé en el aeropuerto de Santiago con una sola intención: encontrar a Juana y verla sonreír.

Le había escrito dos días antes diciéndole que llegaba, que me esperara en la terminal, que quería saludarla, que la quería admirar.

Ahí, en la inmensidad y en el bullicio de un aeropuerto, el silencio se apoderó de mí, perdí el sentido del oído por un instante, solo estaba configurado para admitir el tono de la voz de Juana. El tono de la voz que no escuché.

Caminé, busqué la salida, tomé un taxi y le dije que me llevara a un hostel.

Allí, entre acentos desconocidos y olores dulces e insoportables, me registré, pregunté por Juana, no me supieron responder.

Llevaba el celular en la mano, el computador en la espalda, la maleta pesaba lo que pesaba esa oficina portátil que podía llevar a cualquier lado. Porque en eso me convertí, en un escritor a demanda, de esos a los que les pagas para que escriban, para que entregue documentos llenos, sin importar el lugar en el que se pueda encontrar.

Yo quería seguir llenando documentos, con los besos de Juana, con los versos que pagan. Erizarle la piel, mirarla a los ojos y verla sonreír.

Decidí establecer mi lugar de trabajo en un restaurante cercano, sentarme a escribir desde allí. Tendría comida todo el día, Wi-Fi gratis y una buena sonrisa tras el mostrador. El administrador no encontró reparo en que me sentara allí siempre y cuando escuchara música con audífonos y pagara lo que consumiera.

Le escribí cuentos al administrador y a la chica del mostrador, le escribí



cuentos a los pájaros que se paraban en el pasamanos e incluso a un par de clientes a los que les dijeron que yo era escritor. Le escribí un cuento a Juana para decirle que la extrañaba, le escribí un correo y no respondió.

Así pasaron semanas, cargadas de café, empanadas y comida de muy buen sabor. Volví a sentir aromas y a tener el sentido del oído afinado. Pero de Juana, de Juana nadie sabía nada. Ni en Santiago, ni en Antofagasta, ni en Concepción. En ninguno de los muchos lugares que visité en varios meses, sabían nada de ella.

Fue como si se hubiera esfumado con el viento mismo que sostenía el avión que la trajo a Chile.

Yo perdía la esperanza de encontrarla, de abrazarla, de volver a mirarla.

Hasta ese día.

Aún recuerdo que era un martes, que llovía, que hacía un frío congelante, que las calles estaban más grises de lo que eran y que con su cabello rojo, apareció por la puerta.

-Vengo por el aviso del trabajo- dijo.

Yo la vi y sonreí. Ella me miró, no me reconoció, tal vez por la barba, tal vez por la vida.

-Contratada- le dije mirándola a los ojos.

-¿Se conocen?- preguntó el administrador.

-Claro que sí- le dije - Ella es Juana.

Juana me sonrió, se me acercó, me miró de arriba abajo, no me reconoció. Aunque su sonrisa tenía el lunar donde lo había dejado la última vez, su respiración era igual que el día del beso cortado, el que nos separó.



Estuvo aspirando para ser la nueva mesera, la que estaban buscando hacía dos meses. Después de la reunión con el administrador, se sentó a mi lado, me preguntó por mi presente, por mi presencia. Le dije que le había escrito, que le había enviado mi dirección, que hasta un número de teléfono le había enviado, porque quería comunicarme con ella, porque quería verla, abrazarla, sentirla.

Compartimos un café y un cruasán, no era la Juana de la que me había enamorado, la que me había dejado en un aeropuerto en Primavera. Era una Juana grande y madura, una Juana distinta, incluso, podría decir que no era Juana.

A partir de ese día las tardes cambiaron. Ella se ponía un delantal verde, me servía el capuccino con canela, me daba galletas de mantequilla para acompañarlo. Mis letras mejoraron, casi todo era por su sonrisa, porque su sonrisa era mi polo a tierra. Cuando acababa su jornada, Juana se sentaba a mi lado y revisaba mi trabajo. Lo que escribía, lo que le escribía.

Se convirtió en cuentos y novelas, en poemas, en canciones, se convirtió en todo y en nada, en mi vida entera y mi muerte lenta. Y si me preguntan si me dolía morirme, pues digo que no, porque qué me iba a doler morir si moría por ella.

El día en que todo cambió, cambió de repente.

Ella decidió seducirme con una fragancia que había comprado. Yo, que no sentía nunca los olores, pude percibir el olor que salía de su cuello.

Me dejé llevar por el aroma y el deseo y cuando el administrador no me vio, acerqué mi nariz a su cuello, le respiré suavemente y vi como se iba erizando la piel que cubría sus clavículas.

Juana se quedó ahí mirándome, esperando a que acabara mi jornada laboral, cuando terminé todo, apagué mi computador, arrumé papeles en mi bolso y me dispuse a irme, se despidió del dueño del café, yo lo



hice también. Cruzamos la puerta, dejando el vidrio y el olor del pan tras nosotros, a mi lado iba el olor de Juana, no sé si el de su interior o el de su perfume, pero lo sentía, con todo lo que eso implica para alguien que no tenía sentido del olfato y solo sabía estornudar por ella y su maquillaje.

Me tomó de la mano, ahí volví a perder el sentido del oído, así como lo había hecho en el aeropuerto, quería escuchar su voz, escucharla hablar. Pero no escuchaba nada. La persona que tenía a mi lado, de mi mano, hablaba y hablaba, yo no escuchaba nada.

No era Juana.

Yo solo decía que sí con la cabeza. Ella se puso sonriente, pícara, me besó. Yo sentí cómo se me revolvió todo en la barriga, cómo las mariposas revoloteaban. Me dejé llevar de la mano, nos sumergimos en las calles, llegamos a un edificio antiguo, de esos que uno leyó alguna vez, que vio en fotos y que cree que fueron demolidos. Allí vivía Juana. Sola, así como se había marchado de Primavera, aunque esta no fuera la Juana que yo quería escuchar, la Juana que yo quería besar. Aún así la seguí besando.

Saludamos al portero, pisamos la alfombra roja, entramos en el ascensor antiguo, con reja para evitar la claustrofobia, empezó a subir.

Subimos nueve pisos, no sé. Porque ella apenas empezó a subir, se me abalanzó, me aprisionó con sus piernas y me besó profundamente; tan profundo que sentí que ese beso me escaneaba todo el cuerpo y me hacía estremecer. Yo no escuchaba nada. Pero lo sentía todo.

Ella, cuando íbamos en el piso siete detuvo el ascensor, en un lugar donde nadie nos vería. Yo entendí todo lo que pasaba y empecé a besarla desenfadadamente, a recorrerla con mis labios, a saborearla con mi lengua.

Le puse las manos en los lugares más inesperados, pero los más apropiados. Ella se revolvió de placer. Fui lentamente quitándole la camisa y encontrando sus tatuajes, los fui besando uno a uno, como trazando líneas, como uniendo puntos con tinta, pero la tinta era mi saliva y los puntos eran cada vez más, porque su piel estaba cada vez más erizada.

Ella me decía cosas al oído, me mordía, me miraba fijamente, yo no escuchaba nada. La desnudé por completo, la recorrí hasta el final. Ella buscó desnudarme lentamente, mi bolso cayó, tal vez sonó, tal vez fue seco el golpe o se perdió en el vacío del ascensor.

Me fue arrancando la ropa rápidamente, con la fugacidad de una estrella en la madrugada surcando el cielo. Me dejó besar su oscuridad, saborear sus jugos, desvestir el alma. Fuimos uno y no fuimos nada. Nos recorrimos, nos saciamos, fuimos placer, odio y veneno, yo susurraba, ella se veía que disfrutaba, tal vez gritaba. Gritaba fuerte, hasta gemía. Yo quise hacerla mía, fundirla en mí, ella me fundió en ella antes de que yo intentara hacer algo. Me besó por completo, me acarició. Hizo que mi piel se erizara, se tensionó.

Sus poros querían salirse, su placer mucho más, sus jugos eran cada vez más fuertes, su olor más penetrante. Gritaba, sé que gritaba. Sacudimos esa cabina como no la habían sacudido jamás. Terminamos jadeantes, sedientos, sonrientes.

Con los cachetes colorados nos vestimos, yo agarré mi bolso. Volví a escuchar.

Ella quitó el freno del ascensor, siguió subiendo. En cada piso que iba hacia arriba, había gente mirando quién era el encargado del escándalo. Sabía que gritaba.

Llegamos al piso quince, ahí nos bajamos. Yo la miré, le sonreí.

-¿Hacia qué lado?- le pregunté.

- Hacia ninguno- me respondió.
- ¿Cómo así? - quise saber.
- Tenemos que buscar la salida, por las escaleras.
- ¿No vives acá?- pregunté.
- No, es más, nunca había entrado a este edificio.

Buscamos las escaleras. Empezamos a bajar. Eran entapetadas en rojo, así que no había ruido.

Mientras bajábamos ella me tomó de la mano, me miró fijamente.

- Tengo que confesarte algo- me dijo.
- ¿Qué?- respondí curioso, aunque ya sabía lo que era.
- No soy Juana- me dijo.
- Ya lo sabía- agregué.
- ¿Cómo lo sabías?- preguntó.
- Porque no podía escucharte, porque no me haces estornudar.
- ¿Qué?- preguntó sin entender nada.
- Tranquila, tal vez no te interese, es una historia larga, ¿Cómo te llamas?- pregunté.
- Alejandra- me dijo.
- Como la de Sábado, debí suponerlo- dije.
- ¿Qué?- volvió a preguntar.
- No importa.

Llegamos al primer piso, el portero nos miraba incrédulo. Las manos iban separadas: lo que tal vez nos unió en el ascensor, nos separó en las escaleras. Salimos del edificio. Ella cogió por su lado. Yo quise encontrar cómo llegar a mi hostel.

Al otro día, cuando llegué al café, la encontré sonriente. Me miró en silencio. Le pregunté por Juana. Ella agachó la cabeza.

Traté de cambiar de café, de cambiar los cruasanes. Pero la verdad, por más que trato de encontrar a Juana, no me puedo sacar de la cabeza a Alejandra.

13. Gafas partidas

Llegué a la casa, ella me esperaba con sus cachetes colorados, sus ojos grandes, café con visos verdes, su cabello rubio, su sonrisa. Me besó los labios, me miró.

-Quebré las gafas- fue lo primero que me dijo.

-¿Y cómo?- le pregunté.

-No sé, estaba escribiendo la crónica que tenía que entregar hoy y de repente me quedé dormida sobre el escritorio. Cuando desperté tenía las patas quebradas y un lente salido.

-¿Pero terminaste de escribir? - le pregunté.

-Sí, pero ya no puedo leer. Me arden los ojos. ¿Me lees?

Desde hacía años habíamos perdido la costumbre de leernos, pese a que ambos nos dedicábamos a escribir. Optábamos por cambiar los textos y revisarnos el uno al otro; al final de la tarde, cuando ya todo pasaba y digeríamos muy bien el texto, nos hacíamos preguntas al respecto y terminábamos con un beso, un café y música variada ambientando lo que se convertía en una noche de mirarnos en silencio, compartiendo esos silencios que nos habían unido tantas veces y en tan distintas situaciones. Al final, cada uno se metía en su cuarto y nos echábamos a dormir, tan juntos, tan separados.

Compartíamos el apartamento desde hacía dos años, cuando ella decidió dejar su casa y decidió llegarme de sorpresa a la mía. La sorpresa fue gigante, lo único que quería era que nuestro ingenio a la hora de escribir se potenciara. ¡Y sí que se potenció!

Ella escribía para varios medios de Primavera, yo seguía vendiendo cuentos sin final, contando historias de mentiras que algunos creían que son verdad. La escribía todas las noches, la describía en cada verso y me la imaginaba siendo feliz conmigo, aunque en sus sueños el protagonista fuera otro.



Esa noche fue distinta.

-¿Qué quieres que te lea? - le pregunté.

-Algo que nos una- me respondió.

Comimos mirándonos a los ojos, contándonos el día, la vida. Tratando de ser tan rutinarios, de hacer que el tedio nos encontrara sumergidos en la monotonía de compartir un plato, lavarlo y echarnos a escuchar alguna canción.

Arreglé cocina mientras ella bailaba alguna de esas canciones de pop que la hacían llorar, la miraba de reojo, le detallaba las curvas y el cabello pintando figuras en la pared blanca.

-Estoy muy ciega- me dijo.

-Estás perfecta- le respondí.

-No veo nada- afirmó.

-¿Me ves a mí? - le pregunté.

-Sí- me respondió.

-No necesitas ver más- le dije tratando de sincerarme, de expresarle algún sentimiento reprimido en dos años.

Nos miramos, ella tenía los ojitos chicos, chinos, uno más apagado que el otro. Le sonreí y como ella vio que la situación era demasiado romántica se metió al baño.

Cuando salió, arremetió con toda su fuerza.

-¿Qué decidiste leerme?- preguntó.

-Lo primero en que pensaste la primera vez que viste un libro que podía unirnos y separarnos a la vez- le respondí.

-¡No!- dijo ella sorprendida.

-¿No qué?- pregunté yo.

-Yo pensé que era la única que aún atesoraba ese recuerdo.

-No, si aún conservo la foto que me enviaste- le respondí mientras iba a la biblioteca por el álbum de fotos y sacaba una en especial.

-¿Y es que la tenés impresa?- me preguntó aún más sorprendida.
-Sí. La he perdido un par de veces y la he tenido que reimprimir, pero aquí está.

-¿Y yo por qué no conocía este álbum?- preguntó ella.

-Porque a veces uno no es capaz de atesorar los momentos en el corazón y los quiere sentir, así como el amor, que cuando no cabe en el corazón, uno busca la manera de expresarlo, como leerte ese libro.

Ella sonrió.

En la biblioteca buscamos un rato hasta que al final dimos con el protagonista de la foto.

Era anaranjado, de unos veinte centímetros. En la tapa se leía grande el nombre de Mark Twain. Eran algunos de sus cuentos. Ella me había enviado una foto de ese libro una vez que estuvo en una librería en Barcelona, alegando que quería encontrar algo para leer que yo también pudiera disfrutar. Dio en el blanco.

Ese día había sonreído, la sorpresa me agarró en medio de una fila para sacar un papel de los impuestos. No esperaba que ella me hablara, no esperaba una foto suya, no esperaba que quisiera encontrar cosas comunes entre ambos.

Se puso la pijama, se metió entre las cobijas, se tapó hasta el cuello y me sonrió. Empecé a leerle. Los cuentos estaban cargados de humor, ironía y crítica social. Esos que nos enamoraron de Twain, esos que a veces dejábamos salir nosotros.

A la mitad del primer cuento, se quedó dormida. Tenía los ojos cansados, casi llorosos. Estaba en mi cama. Apagué la luz y me metí en las cobijas junto a ella.

Al otro día busqué en nuestras historias médicas y encontré la última fórmula que el optómetra le había enviado. Ella debía seguir en casa, tratando de trabajar sin ojos, llorando porque le ardían, esperando que



se arreglaran sus gafas.

En la noche fue lo mismo, leernos el trabajo, contarnos el día, sonreírnos, mirarnos y encontrarnos en silencio, así como se encuentran los amores, así como se vuelven incondicionales.

Se cepilló y se empijamó, volvió a meterse en mi cama, a cubrirse con la cobija, a sonreír y a mirarme con cara de alegría. Esta vez no quería quedarse dormida sin que terminara de leerle.

Terminamos el cuento que había quedado iniciado la noche anterior y leímos el siguiente. El objetivo era compartir el libro completo. Así nos pasamos toda la semana que se demoraron en hacerle lentes nuevos y ponerlos en una montura parecida a la que tenía.

Cuando se la llevé, se la midió, sonrió, me dio un beso, me agradeció y retomó su trabajo. Nos miramos, volvimos a lo mismo, pero cuando ya estaba cansada, se empijamó, se cepilló los dientes y fue a mi cuarto por el libro, me lo puso en las manos y con un puchero me pidió que siguiera leyéndole. Faltaba un cuento para acabarlo. Quería que fuera mi voz la que le cerrara la noche.

Esa noche, no se durmió a mitad del cuento.

-Sabes, me gusta que me leas- me dijo.

-A mí me gusta leerte- respondí- desde hace muchos años te leo, desde cómo te mueves, hasta qué te entristece.

Ella se puso colorada, se tapó con las cobijas. Allí se quedó mientras yo trataba de que siguiéramos conversando.

-Estoy cansada, dame un besito que me voy a dormir- me dijo.

-Está bien.

Acercué mi boca hacia donde supuse que estaba su cabeza. Entre la sábana movió su cachete y sus labios, o supongo yo que eran sus labios, se



juntaron con los míos. Solo la tela nos separaba, la tela nos unió. Sentí como las mariposas en el estómago revolotearon a su mayor velocidad. Le deseé buenas noches, apagué la luz y la dejé dormir. Me fui a escribir, eso lo tenía que escribir.

Cuando volví a la cama ya estaba entrada la madrugada. Apenas me metí entre las cobijas, ella en un acto reflejo se acercó a mi cuerpo, me besó la mejilla, recostó su cabeza en mi pecho, me abrazó y con la pierna izquierda rodeó mi cuerpo. Yo dormí tranquilo.

Al otro día, como ya tenía gafas, no le leí, estuvimos juntos toda la noche hasta que le dio sueño, eso sí, por acto reflejo se fue a dormir en mi cama. Yo la dejé. Al rato fui y la acompañé.

Pasaron así tres semanas, entre dormir juntos, mirarnos, dejar que las sábanas nos unieran y nos obligaran a besarnos. No le besé los labios sin sábana en todo ese tiempo.

Después de esas tres semanas algo pasó, llegué a la casa, ella había escrito su crónica pero me recibió con una noticia: sus gafas se habían vuelto a romper.

-¿Qué pasó? - le pregunté.

-Nada, que hace ratos no me lees y no sabía cómo decírtelo- me respondió.

Yo sonreí y desde ese día no paro de escribirla, describirla, leerla y disfrutarla. Le veo los cachetes y la nariz roja, el cabello rubio sobre las sábanas blancas, la piel rosada sobre mi piel trigueña. Las gafas rotas siguen siendo la excusa para no olvidar que todas las noches tenemos un compromiso, el compromiso de compartir las letras que en una tarde lluviosa nos unieron en la distancia.

14. Extremadamente cerca, extremadamente lejos.

Tenían en común el silencio de un parque en ruinas, el amor por Murakami, los cuatrocientos ochenta y seis kilómetros que los separaban hace meses. Habían empezado a intercambiar cartas después de que el silencio de un estadio, durante un dos a cero en contra del equipo de sus amores, los llevó a consolarse y resignarse a que ese año, la final, tan anhelada final, no llegaría.

Sus pasados eran tan distantes, tan distintos. Sus presentes tan cercanos, tan extintos. Sus futuros tan perfectos, tan juntos.

Intercambiaban cartas y se escribían, descargaban en cada letra los sentimientos que ocultaban, cada sonrisa que guardaron, cada sonrojo que buscaban, cada silencio del otro que anhelaban. Guardaban en cada carta pinturas y magia, sueños, figuras, tinta, nostalgia: ella anhelando volver al silencio de su parque, él anhelando encontrarla.

Y aunque la tarde caía con el sol auestas, cansado, distante, el silencioso parque les trajo los versos a la boca, los sacó del papel y los obligó a encontrarse.

Se miraron en la distancia y se reconocieron, se acercaron, se absorbieron. Los cachetes colorados de ella reflejaban el convencimiento, los dientes separados de él, la sonrisa expuesta que sólo podían causarle sus versos.

-¿Qué haces aquí?- preguntó él.

-Aquí vive mi familia- respondió ella- ¿Tú?

-Vine a buscar un lugar donde pudiera esperarte, imaginarte y sentirte- respondió él.

-Pues, aquí me tienes- dijo ella.



La abrazó, pese a que estaba sudoroso, la abrazó. Sintió como cada rincón de su cuerpo se adaptaba plenamente al suyo. Sintió su cintura suave y moldeada, así a ella la atormentara. Sintió sus senos bajo la camisa que se apretaban a él, sintió sus labios en el cuello, su sonrisa tímida, sus cabellos sueltos tapándole la cara, sintió con todo el sentimiento que tenía guardado para ella.

Ella sintió algo más adentro, ahí donde palpita, ahí donde el silencio se hace velocidad, diástole y sístole, cariño.

Nunca habían estado tan cerca. Nunca tan lejos.

Los separaban cuatrocientos ochenta y seis kilómetros y ahí estaban, casualmente, abrazándose en la mitad de la nada. En un pueblo en ruinas, con silencio y carcajadas. Allí estaban intercambiando vida, minutos, palabras.

Sus futuros eran perfectos, tan juntos. Pero la realidad era distinta con los sueños de ella en una fría ciudad y los de él atracados en una montaña.

Dejaron de abrazarse antes de llegar la madrugada, ella se iría en un avión hasta el lugar donde trabajaba, él en un tren con destino a su morada. Se despidieron a besos, a versos, a patadas. Se contaron los sucesos de ambos lejos cada jornada. Intercambiaron cartas, postales, cucharas. Sorbían el café cada mañana mientras se leían, sorbían el café cada noche mientras se soñaban, sorbían el café mientras en la distancia, ambos morían.

15. Fugaz

Las puertas del vagón se abrieron ante mí, las de la vida también, las de la muerte se cerraron en ese momento y tal vez nunca volverían a aparecer. Ella estaba recostada en un rincón, con su cabello rubio, sus gafas grandes y una camiseta del Real Madrid que resaltaba su blancura y el rubor de sus mejillas. Llevaba entre las manos un libro de Poe y en su cintura un buzo gris amarrado con un nudo ciego.

Me puse frente a su libro tratando de leer qué era, porque la curiosidad de un libro siempre está presente en quienes vemos a otra persona entretenida leyendo; aunque conocía esa edición de Poe al derecho y al revés, la había devorado en la infancia y en la adultez y hasta me sabía varios versos de memoria.

Ella al sentirse observada levantó la mirada, me enseñó la portada del libro.

-Es mi favorito- Me dijo.

Yo saqué mi celular, busqué rápidamente una foto, di click con mi dedo y se la enseñé.

-Él es Plutón, mi gato- le dije.

Ella sonrió.

La química detonó porque en ese momento ella estaba metida en la lectura de “El Gato Negro”, así que su sonrisa fue cómplice de lo que le decía.

-Mucho gusto, Valeria- me dijo, estirándome su mano.

-Juan, el gusto es mío- le dije.



Fuimos recorriendo estaciones del tren, mientras con palabras le iba desandando su vida literaria. Teníamos en común la estación de destino y aparte de a Poe, a Twain y a Kundera, los sueños perdidos de vivir de escribir.

Nos separamos en la estación del tren y aunque entre mis bolsillos guardé un papel con su teléfono escrito rápidamente, el tesoro más grande fue el aroma que dejó impregnado entre mis dedos. Me sentí como Jean Baptiste, queriendo atesorar ese aroma entre frascos para siempre.

La escribí y la describí, la suspiré y la imaginé. La imaginé mía, me imaginé suyo. Me imaginé durmiendo a su lado y revisando sus textos, la imaginé conmigo rompiendo los míos, la imaginé cumpliendo sus sueños, sufriendo un gran destino.

La siguiente cita fue un café y fue en la mañana. Ella tenía clase de ocho, yo tenía que entrar a trabajar. Compartimos cruasanes de jamón y queso, cappuccinos y letras; le lleve un libro que le escribí en pocos días, ella me regaló un beso, una sonrisa y una boleta.

Acepté en silencio y con vehemencia, le dije que esperaba verla esa noche en el tren de nuevo, que la necesitaba, que la quería. Era como una obsesión sincera: la empecé a necesitar sin saber si volvería.

Esa misma noche fue espera y regreso, fue encuentro y pasión. Supe qué le gustaba aparte de leer, supe de su fútbol, sus equipos, su dolor. Supe su presente, sus pisadas, su pasado, conocí sus letras, su fuego, su razón. Compartimos el mismo vagón, la misma esquina, el mismo libro entre los dos. Compartimos a Poe y a Plutón, compartimos gatos negros y corazones delatores, odios, amores y cambios de humor.

-Es que si Poe hubiera escrito El Gato Negro en este mundo de animalistas modernos, no habría podido triunfar- me dijo en una reflexión.

Yo solté una carcajada, le acaricié el rostro, asentí.

Llegamos a la estación de la discordia, donde separarnos era la primera opción.

-¿Qué vas a hacer? - Me preguntó.

-Nada, voy para mi casa- respondí.

-Llévame, quiero conocer a Plutón.

Caminamos bajo la luna que iluminaba los pasos de una pareja de amantes de la literatura que en silencio se empezaba a amar. Caminamos como los hombres invisibles, con el silencio a cuestas, con el corazón a mil.

Vivía cerca a la estación, así que cada paso que daba me acercaba al vértigo de estar a solas con una mujer en la casa después de mucho tiempo. Saludé al portero, cruzamos la reja, sonreímos. De vez en cuando nuestros ojos se encontraban en el aire y se reconocían nítidamente gracias a las gafas grandes que nos trataban de curar la miopía, quise tomarle la mano y sentirle la piel, quise abrazarla por la cintura, cubrirla con mis brazos, agarrarla del jean.

Entramos en mi casa y la sorprendió el pirata en la sala, el mosaico en la mesa, el silencio interior. Plutón salió a saludarnos, ella lo tomó en sus brazos, él ronroneó.

-¿Quieres comer algo?- le dije.

-Está bien, mientras tanto yo juego con esta cosita- respondió mientras acariciaba al gato negro.

Me puse manos a la obra mientras iba conociendo un poco más de ella, supe de su amor por los viajes y el periodismo, supe de sus hermanos, sus padres, su familia y sus amigas. Supe que le gustaba el café, los cruasanes en la mañana, las ensaladas al almuerzo y un odio profundo al arroz.

Lo del arroz me sorprendió cuando ya estábamos en la mesa a punto de comer. No sabía quién de los dos estaba más colorado, si ella por



hacerme cambiar el menú o yo por servirle algo que no iba a saborear.

Se nos fue la noche en conocernos, compartimos canciones, colores, café. Disfrutamos libros, teclas de piano, letras escritas, nos hicimos suspiros, sonrisas, papel.

El amanecer nos tomó por sorpresa y se filtró por la ventana, nos agarró vestidos, frente a frente y sin pudor. Ella me miró a los ojos, adormecidos ojos, me dijo que se iba, me agradeció todo y prometió encontrarnos en la noche nuevamente.

Le presté una camisa para que fuera a estudiar, me despedí con un beso en la mejilla, con un abrazo, con un adiós, se agachó ante mí, acarició al gato y nos dejó en la puerta a mí y a Plutón.

El gato y yo sabíamos que volvería, que nos gustaba y que no la dejaríamos pasar. Así que de ahí en adelante planeamos cómo movernos. Planeamos cruasanes, películas, silencios, partidos, comidas, canciones, calor.

Dormí todo el día con el gato al lado, leí el mismo libro que ella tenía de Poe, miré televisión, escribí unos versos y busqué en internet alguna comida sin arroz.

La sorpresa llegó con la caída del sol, se llamaba Valeria y su sonrisa iluminó mi casa, mi corazón. Traía una maleta grande a las espaldas, una camiseta de fútbol, el libro en las manos y apenas me tuvo al frente se me abalanzó, me abrazó.

-Vine- me dijo.

-¿Y qué te trajo por aquí?- le respondí.

-No podía aguantarme las ganas de verte y compartir mis letras con vos.

Comimos y nos leímos. Usamos los ojos para disfrutar nuestras letras, los dedos para leernos en silencio.

Éramos un par de miopes sin gafas, frente a frente, dándose un primer beso, disfrutando de la magia que se revuelve en el estómago cuando la saliva de alguien que queremos cruza el umbral de nuestra boca. Suspiramos, nos abrazamos, nos miramos, nos dormimos.

Había llegado para quedarse la noche anterior y yo no sabía qué decirle en la mañana, no sabía si despertarme y dejarla ahí sin despedirme. No sabía si le dejaba las llaves para que abriera la puerta cuantas veces quisiera, para que fuera con sus amigos a hacer trabajos de la universidad.

Me quedé en silencio sobre la cama disfrutando del roce de su cabello en mi pecho, la sentí tranquila suspirando entre mis brazos, la escuché roncar.

Despertó por culpa de un estornudo mío. Esos son los problemas de ser rinitico crónico. No aguanté más y mientras leía a Sacheri en el celular, dejé que del interior me saliera con más ganas que premeditación, un demonio que guardaba desde la noche anterior. Brincó, levantó la cabeza, me miró, sonrió. Yo le devolví la sonrisa con un estornudo más y otro más y otro más. En mi familia, si no estornudas mínimo seis veces, no haces parte de ella. Así que entre risas y atchús, ella recibió los buenos días.

Le pregunté por el desayuno y me dijo que no le gustaba el huevo, así que tuve que inventar una especie de sánduche para que le echara algo al estómago. Lo preparé mientras ella se cepilló los dientes y se lavó la cara. Cuando volvió a la cocina llevaba las gafas puestas y una sonrisa de oreja a oreja.

-¡Qué delicia despertar a tu lado!- me dijo.

-Ahí me disculpas la forma de despertarte, pero es que...- respondí.

Me besó, sorpresivamente me besó. Esa es la mejor forma de llamar a alguien al silencio, es la mejor forma de decir que se aguantarán tus defectos, tus errores, tus dolores.



Se comió el sanduche y me pidió que cuando volviera le comprara un ejemplar de El Espacio. Aseguraba que esa prensa roja le servía para pensar su manera de escribir, para enterarse qué pasaba en el bajo mundo y para llegar a ser algún día así. Amaba la sangre, amaba a Poe, amaba la prensa roja. Yo la amaba por eso, pero sobre todo porque amaba su sonrisa, su concentración cuando leía, su silencio, sus suspiros.

Salí a trabajar y le aseguré que cuando volviera le iba a traer el periódico y una copia de las llaves. Le conté dónde guardaba la plata por si quería comprar algo o si necesitaba. Le dejé la casa a su disposición, sin saber si se iría, sin saber si se quedaría. Le mostré mis libros, mis tesoros más preciados y con un beso me despedí.

Desde ese momento mis letras empezaron a cambiar, todo giraba en torno a ella, todas las rutas conducían a su sonrisa. Cada verso describía cada una de sus curvas, cada color que ponía en una pieza era un reflejo de su rubia cabellera. Dejé de ser el hombre amargado que se sentaba a escribir desgracias o a fingir que sonreía. Los compañeros del trabajo lo notaron y hacían chistes al respecto, decían que me había enamorado de mi gato, que nos habíamos reconciliado, que todo ya era armonía.

Lo que no sabían era que mi cambio de actitud no era solo un gato negro, ni una sonrisa, era la compañía, la constante compañía. Esa que había inundado el silencio de una casa vacía, esa que, sin saber por qué, había llegado sorpresivamente por una puerta del tren y sorpresivamente me había tocado la puerta del apartamento con una maleta llena de promesas y alegrías.

Busqué la edición de El Espacio de ese día e intenté leerla cuando la tuve en las manos. No sabía por qué le gustaba eso. Pero como era periodista, deduje que era algún placer culposo, o alguna cosa así.

Cuando llegué a casa me sorprendió el olor que salía de la cocina. La saludé.

-Tal vez no sea tan delicioso como tu sánduche, pero hice ensalada y postres- me dijo.

Yo sonreí.

-Además, saqué un libro de la biblioteca, ya terminé a Poe y seguiré con Twain.

Ése, ése era mi máspreciado tesoro, Twain, su colección y su satírica biografía. Decidimos que a partir de esa noche, nos íbamos a leer algo de él antes de dormir. Ella leería un capítulo o un cuento y yo otro, hasta que el primero de los dos se quedara dormido. Le entregué su ejemplar del periódico y me explicó ese placer que le producía. Decía que le gustaba la sangre y las fotografías, lo directo y crudo que podía ser un diario informativo. Yo disfrutaba cómo hablaba, sentía cómo saboreaba cada una de las palabras para referirse a ese diario, ese para muchos, vergonzante diario.

Ella tomaba notas de cada uno de los artículos allí escritos, incluso los que hablaban de actrices porno. Se le notaba el placer que le daba. Me explicaba que siempre ha querido escribir terror y que lo más parecido a ello en este mundo moderno era la prensa roja, era la plataforma más apta para que sus cuentos de terror se convirtieran en algo popular, que leyera todo el mundo y disfrutaran con placer.

Entendí también que cada una de las notas que tomaba era para reescribir cada uno de esos textos en forma de crónicas, para reconstruir los hechos, para hacer de la muerte poesía.

Transcurrieron semanas en una bonita rutina, ella leyó a Twain, a Capote y a Poe, leyó novelas negras, no sé qué era lo que le producía tanta policía, tanta muerte, tantos robos. Escribía y transcribía con Plutón al lado. Sí, el gato se convirtió en su mayor cómplice. Se le subía en las piernas, o le caminaba sobre el computador cuando se sentaba a escribir. Yo leía o escribía mientras la observaba en silencio. Admiraba su desnudez, su cuerpo, su alegría, admiraba su simpleza, su tranquilidad, su ingravidez. Le revisaba los textos apenas los terminaba, le corregía, le editaba y finalmente, la felicitaba por tan espléndido trabajo.



Terminábamos las noches leyendo entre las sábanas, ya fueran libros o nuestros cuerpos con los labios, los ojos y las manos.

Me decía que me iba a robar todo, desde la vida, hasta el corazón. Que por eso leía tanto terror y tantos policiales, para preparar el mejor plan para hacerse con todo lo que yo tenía. Yo le aseguraba que no era necesario, que desde el primer momento que la había visto me había robado todo. Que debería estar satisfecha, porque su plan, su maléfico plan, se había realizado antes de que lo empezara a preparar.

Ella sonreía cada vez que le decía que me había robado todo. Sabía que me había enamorado y reflejaba en su rostro que ella también estaba igual que yo.

Fue ese fin de semana, cuando llegamos del estadio donde usamos la boleta que me dio el día que nos tomamos el primer café, que empezó a hacer más certero su plan.

Escribía la crónica roja de lo que fue un partido de fútbol cargado de alegría para nosotros porque el Primavera Fútbol Club, el equipo por el que hinchábamos, había dado una cátedra de fútbol y había vapuleado al Olímpico de Primavera, en el clásico de la ciudad, con un vergonzante cuatro a cero, resultado que iba a ser motivo de burlas de muchos fuera de la cancha y para ella fue una inspiración para esos textos oscuros que acostumbraba escribir para practicar sus clases de periodismo. Ahí, justo ahí, cuando estábamos compartiendo el silencio de su inspiración y el de mi concentración en el último libro que estaba leyendo, me dijo que de ahí en adelante iba a robarme todo.

Yo sonreí, la miré por encima de mis gafas y le aseguré que quería ver eso. Ella se paró de su silla, aún con el lapicero en las manos y me agarró por el cuello. Me besó. Las gafas se nos empañaron, nos miramos borrosos, nos sonreímos y volvimos a nuestras labores.

Fue certera. El primer día de esa semana salí a trabajar y cuando volví encontré que mi closet estaba invadido por un montón de camisetas de

equipos de fútbol que a mí no me gustaban y que tampoco eran de mi talla. Primer punto de su plan: robarme todo, me empezó a robar espacio en el closet.

Al segundo día de esa semana, volví a medio día a almorzar y trabajar en la tarde desde casa y cuando menos pensé, fui a ducharme y en el baño habían un montón de tarros de champú y acondicionador. Además de planchas y cepillos para el cabello. Segundo punto: robarme el baño.

Al tercero encontré un sofá cama. Al cuarto unos floreros con flores que empezaron a adornar distintos lugares de la casa. Al quinto unas plantas en el balcón. Al sexto la nevera y la frutera estaban llenas de frutas y verduras, lo que obligaba a que me empezaba a robar mi dieta de soltero.

Fue así como entre un partido del Primavera y otro, había hecho su plan realidad y yo ni me había inmutado. Aunque tampoco me inmuté cuando la relación entre ella y yo empezó a deteriorarse.

Primero fueron los cafés de la mañana, después las lecturas de por la noche. Los almuerzos, las comidas, los silencios. Ya no se disfrutaban igual, se volvieron rutinarios, ordinarios. Ella empezó a notarlo y aunque me había robado el espacio, el corazón, mi corazón, era lo que más le dolía perder.

Tal vez fue la fugacidad con que se dieron las cosas o la sorpresa con la que se apareció el primer día que llegó a vivir conmigo, la cosa es que algo de la convivencia empezó a disgustarnos. Tal vez lavar la ropa de los dos juntos, que yo no entendiera la diferencia entre la ropa delicada y los yines, o que de un momento a otro volviera a cocinar arroz todos los días. Pero ambos no estábamos a gusto y cada noche nos dedicábamos a discutir cada vez más.

Ya no eran discusiones sobre libros o sobre periódicos o partidos de fútbol, ya eran más profundas, sobre la convivencia, el matrimonio y hasta los hijos que tendríamos.



Algo que a mí me aterraba y que ella soñaba desde muy pequeña. Ya no disfrutábamos las películas de Disney juntos, ya no leíamos a Twain, ni a Poe, ni a Capote. Ella evolucionó a algo más sangriento, llegando a Stieg Larsson y algunas de sus novelas que hablaban de torturas. Decidió volver a hacer su plan, pero a la inversa.

Empezó llevándose lo que tenía en el baño, el sofá cama y las plantas del balcón. Después el cepillo de dientes y la ropa; el armario se vació. Luego se llevó los platos y las frutas empezaron a pudrirse, siguió con los floreros, los libros y hasta el mismo corazón.

Yo sentía cómo el vacío iba llenando de nuevo ese apartamento y aunque la amaba, entendía su decisión.

Aunque la noche en que me robó todo, fue después de tres meses de convivencia. Aunque habíamos acordado que seguiríamos viéndonos y tratando de arreglar las cosas, esa noche, cuando volví del trabajo, algo estaba distinto en casa.

Llegué y ni Plutón salió a saludarme. No estaban ni la nevera, ni los platos, ni el comedor. Caminé a la habitación y no tenía la cama, ni el closet, ni ropa, ni nada.

Me robó, me robó todo, hasta el gato que nos unió. Solo dejó la pistola, que por casualidad debió encontrar en el closet cuando lo vació. La dejó amarrada a una nota que decía: “Viste que sí te robé todo, hasta el corazón”.

Pero no, no lo había logrado, aunque Plutón, nuestro propio gato negro había desaparecido, algo nos diferenciaba del cuento de Poe. Ella, a diferencia del cuento, se había emparedado entre mi pecho y mi espalda y no entre los muros de mi sótano. Se había emparedado entre cada una de las capas que cubría mi corazón.

Por eso, para matarla del todo, para que no tuviera ese corazón que era su más grande tesoro agarré el revolver entre mis manos y mirando al



espejo, por el desespero, me apunté al pecho y en un afán increíble, la saqué de ese lugar donde algún día se metió.

16. Memoria

Su primer lugar común fue una sala de redacción de un canal deportivo. Ella escribía todos los días sobre las noticias que ocurrían en el mundo del deporte, él era un empleado independiente de ese mismo canal que vivía escribiendo cuentos de ficción sobre deportes: basketball y fútbol, sus preferidos y el segundo lugar común que encontraron.

El tercero fueron los autores, desde Hemingway y su afición por el boxeo, hasta Sacheri, Galeano y Villoro, que de novelistas tenían madera, pero de futboleros tenían todo.

Su cuarto lugar común fue el café de la esquina, donde compartieron cappuccino con cruasán. El quinto su lugar de origen, Primavera, la que para ellos era la mejor ciudad del mundo.

El sexto lugar común fue el estadio José Fernández, donde habían estado tan juntos y tan separados. El séptimo lugar común fue su afición por el Primavera Fútbol Club.

El octavo lugar común fueron las películas de Disney y los suspiros entre el vaho del café.

El noveno lugar común fueron las crispetas en el cine.

El décimo el olor de los libros.

El décimo primero el desconocimiento de la ciudad donde estaban.

Fue así como empezaron a conocerse, a compartirse y devorarse. Primero se devoraron los cerebros como zombies, luego las almas y los cuerpos como amantes.

El tenía un lugar donde llegaren la ciudad, él no. Ella llamaba Juliana,



él Pedro. Ella olvidaba todo con velocidad, él recordaba hasta la alineación del Primavera con la que salió campeón por primera vez.

Esa noche durmieron separados aunque se quedaron haciéndose compañía hasta entrada la madrugada, pese a que Juliana cumplía un horario de seis de la mañana a cinco de la tarde y él; él iba a caminar por la ciudad, por esa fría ciudad, buscando inspiración en pequeños detalles.

Se despidieron como nuevos amantes, con un beso esquineado y un abrazo profundo. Se socorrieron, se hablaron, se dieron calor, frío, promesas, futuros.

Al otro día, pese a que Pedro no tenía nada que ir a hacer al canal, fue y se sentó en la puerta. La esperó a que saliera.

-Juegan los Cavaliers Vs. los Mavericks. ¿Apostamos? - le dijo él.
-¿Qué quieres perder?- respondió ella.
-La vida entera si es posible. Desde que sea por verla sonreír todos los días en mis mañanas- coqueteó Pedro.
-Acepto un café y un tal vez- respondió Juliana.
-Es un trato.

Caminaron por el frío adoquín sintiendo cómo les llovía en los hombros. Ella cargaba el afán de la ciudad en el bolso, él la parsimonia del campo en sus pies. Buscaban un lugar dónde ver el partido, pero no lo hallaron. Así que decidieron tumbarse en el restaurante de alitas de un centro comercial y dejar que los datos los trajera internet.

Pedro sacó su principal arma cuando estaba en una ciudad desconocida, lo encendió y esperó a que arrancara Windows. Ella mientras tanto fue al baño, pidió dos limonadas, una ensalada y alitas para compartir el partido.

El restaurante de deportivo no tenía nada, solo a ese par de visitantes

de acento extraño que se sentaron en un computador a buscar un partido para mirar.

Y allí estuvieron, compartiendo cada cuarto, sufriendo cada segundo. Juliana le hacía fuerza a los Cavaliers, Pedro a los Mavericks. Él le daba datos de memoria, de la época de Magic Johnson, de la de Jordan, incluso de cuando Duncan y Robinson hicieron maravillas con los Spurs. Además, le recitaba algunos versos y le prometía más alegrías que tristezas.

Ella, que todos los días cambiaba el marco de sus gafas, se sonrojó tras ellas. El aumento del lente le hizo agrandar los cachetes y por ende, el rubor.

Suspiraron, se miraron, se sonrieron, se abrazaron. Fueron compañía y concentración hasta que una voz desde la distancia se les acercó y les dijo que ya iban a cerrar. Aunque ellos se pararon del restaurante y pagaron, le pidieron a la chica de la caja que no apagara el WiFi para no perderse los últimos minutos del último cuarto. Hasta ese punto ganaban los Mavericks, ella estaba condenada a despertar junto a él todas las mañanas.

Ganaron los Cavaliers. Así que lo único que ganó Pedro fue un beso en la mejilla.

Caminaron juntos hasta el apartamento de ella.

-¿Cuándo te vuelvo a ver?- preguntó Juliana.

-Cuando vuelva por aquí- respondió él.

-¿Cómo así? ¿Ya te vas? - insistió ella.

-Sí, solo vine a una reunión, mi vuelo sale antes de medianoche. Cuando vuelva, volveré al canal, cuando vuelvas a Primavera, una casa con café te esperará.



Juliana volvió a sonrojarse, se aprisionó a su cuello como nunca lo había hecho, se apretó tan fuerte que hasta a Pedro le dolió. Pero era un dolor soportable, tal vez el dolor del amor. Tal vez.

No se volvieron a ver en mucho tiempo, pero durante todo eso intercambiaban correos electrónicos, cuentos, ficciones, realidades. Tenían temporadas en las que hablaban a diario y otras donde las semanas pasaban sin cruzar ni un saludo. Sabían el uno del otro por las fotos que publicaban, porque se veían al fondo sus lugares comunes; lugares comunes que evocaban suspiros, lugares comunes que no eran iguales desde el día en que se vieron por primera vez.

-Vuelvo a Primavera- le dijo ella a mediados de año.

-A visitar a tu familia, supongo- dijo él.

-No. Para siempre, o al menos para siempre, por ahora.

-¿Paso a recogerte al aeropuerto?- preguntó Pedro muerto de ansiedad.

-Dale, llegó en el vuelo AC 2939 el viernes dieciocho- respondió ella.

Faltaban quince días para ese regreso y él no sabía qué hacer. Escribió, escribió y escribió. La imaginó desnuda, sonriente, perspicaz. La vio escribiendo en su escritorio, leyendo en su cama, comiendo en su mesa.

El día dieciocho llegó. El vuelo de ella salía a las diez de la mañana con rumbo a Primavera. Pedro hizo lo imposible por estar en el aeropuerto. Lo logró.

-¿Qué haces aquí?- preguntó ella.

-Dijiste que viniera al aeropuerto por ti, cumplí- dijo él.

-Pero era al aeropuerto de Primavera, no a este- se rió ella.

-Ah, entendí mal. El caso es que tengo boleto en tu mismo avión. Lo que quería era compartir tu miedo a volar y el café que siempre dan.

Juliana se sonrojó. Su cabello rubio resaltaba aún más el rosa de sus mejillas.

Y volaron.

En el aire, donde se tejen los sueños, empezaron a mirar figuras entre las nubes. A desear partidos de basquetbol juntos, a planear viajes a estadios, a ciudades, a iglesias. Soñaban con Europa y la élite del fútbol. Con Estados Unidos, Disney y la élite del básquet.

Cuando menos pensaron se vieron compartiendo un café a diez mil metros de altura. Cuando menos pensaron, aterrizaron en Primavera.

A Juliana la esperaba toda su familia, pero quería seguir con la compañía de Pedro. Le gustaba ese hombre que escribía, ese que fue a esperarla al aeropuerto en el que ella no esperaba ser esperada. Él entendió la situación, al bajarse del avión la besó en la mejilla y le dijo que la esperaba en casa.

Se camufló entre el gentío y salió del aeropuerto. Ella abrazó a los suyos, a muchos no los veía hacía meses. Así que no la dejarían irse hasta varios días después.

Y fueron varios días en los que no supieron el uno del otro. Juliana estaba sumergida en su familia, Pedro en preparar su bienvenida.

Ella, pese a que había extrañado su casa durante los dos años que vivió en la capital, tal vez por algún síndrome del hijo perdido, o por alguna cosa que una universidad rebuscada investigaría, ya no sentía que era su hogar.

Durmió incómoda los primeros días, así que las ojeras empezaron a llenarle los ojos, sentía que la espalda la iba a matar y la ausencia de Pedro aún más.

-¿Cuándo vas a desempacar?- le preguntaban todos los días.

-Cuando sienta que este es mi hogar- respondía Juliana todos los días.

En vez de desempacar, empezó a meter en cajas las pocas cosas que había dejado, desde su primer juguete hasta el último vestido que había comprado y no se llevó a la capital para evitarse el frío.



Su papá, a quien vivía apegado, le miraba con la nostalgia de saber que su hija estaba grande y se tenía que ir, con la incertidumbre de no saber para dónde se iría y con la tristeza que produce el abandono de los hijos al hogar.

-¿Y para dónde te vas? - preguntó desde la puerta del cuarto, mientras la veía en su labor.

-Papá, es que conocí a alguien- respondió Juliana.

-¿Y yo por qué no conozco a ese alguien? ¿Te vuelves a la Capital?- insistió.

-No, vive acá, trabaja para el canal, escribe y me dijo que cuando volviera a Primavera iba a tener un hogar, hogar que parece que ya no es esta casa, que aunque la siento mía, no me hace sentir cómoda, así que creo que ya es hora de experimentar algo nuevo, darle rienda a un sentimiento que podría convertirse en amor.

-¿Y cuándo lo voy a conocer?- preguntó papá, aún preocupado.

-Cuando sea el momento papá, primero tengo que hacerlo yo- respondió ella entre carcajadas.

-¿Te gusta, cierto?- insistió.

-Sí papá, me hace sentir cómoda, disfruto cada momento con él, siento que con él los días pasan tranquilos y las sonrisas son mi razón de ser, a su lado no pasa el tiempo, ni llueve fuerte, siento que es mío su suspirar- respondió Juliana, que en ese momento agarró un vestido como una princesa de Disney.

El papá, ese resignado papá, la besó en la frente y la abrazó; entendía que su niña se había crecido desde el momento en que decidió irse a vivir fuera de la ciudad con la aspiración de cumplir sus sueños y que ya no era tan suya desde ese momento en que le dijo que ya no sentía su casa como su hogar.

Empacaron las cajas, cerraron el carro y emprendieron el viaje.

-¿A dónde te llevo?- le preguntó el papá.

Juliana buscó en los bolsillos de uno de sus bolsos y encontró un papel que Pedro le había entregado alguna vez, se lo dio a su papá.

-Es en Los Cedros, ahí donde la noche empieza a mezclarse con la montaña, donde el frío se mete en los huesos y se puede vivir sin el tedio de la ciudad- le dijo mientras le entregaba el papel.

El papá sonrió al escuchar esas frases que estaba soltando su niña. Prendió el carro y puso las canciones favoritas de ella, posiblemente sería la última vez en mucho tiempo en el que iban a sonar en ese carro.

Subieron la montaña, dejando atrás las luces de la ciudad y su contaminación, en el retrovisor se veía el smog subiendo al cielo, esa mancha gris hacía que la ciudad se difuminara en el fondo, haciendo que todo pareciera oscuro y que Los Cedros era el lugar perfecto para respirar mejor.

Cuando se encontraron con la entrada de la urbanización donde Pedro vivía, Juliana le pidió a su padre que la dejara ahí, que saldrían por ella y la ayudarían a entrar, solo que necesitaba que fuera sorpresa y no ser anunciada en ningún momento, porque no sabía si el hombre con el que viviría, estaba en casa en ese momento.

Ahí se quedó, sentada en la entrada, con un celador que la observaba y sonreía al verle los cachetes colorados, además le contaba las veces en que se llevaba las manos a la boca para quitarse el frío.

Juliana, esperaba a que Pedro volviera, sentada en sus cajas, diciendo una por una las alineaciones con las que el Primavera Fútbol Club había salido campeón en su historia, con números de los dorsales y goles anotados. Una cosa que había aprendido con él mientras intercambiaban correos, mientras conversaban por videollamada, mientras veían basket acompañados en la distancia, unidos por la tecnología, apostando, tirándose besos por la pantalla, deseándose buenas noches cuando la noche los agarraba.



Para cuando Pedro llegó no escondió su alegría, estaba sudado de tanto trotar, venía dejando sus últimos jadeos en superar la loma que conducía hasta su casa.

Juliana lo vio sin aliento, perdiendo su respiración en cada paso que daba, salió corriendo y lo abrazó.

Casi se caen, pues las fuerzas de Pedro en ese punto ya eran nulas, así que tuvieron que sostenerse juntos para que el primer beso de ambos no fuera al suelo y sí los llevara a juntar sus labios en algo que habían deseado desde el primer día en que se vieron.

-¿Qué haces acá?- preguntó Pedro.

-Me dijeron que aquí tendría un hogar- respondió Juliana que ya se iba poniendo colorada.

-¿Y quién se atrevería a recibirla, señorita?- agregó él.

-Si quieres, llamo a mi papá y le digo que vuelva por mí- amenazó ella.

-¿Quieres hacerlo?- respondió él con una pregunta.

Ella no encontró otra forma para decirle todo que dándole un beso profundo, así que sintió esos labios, salados labios, agrietados labios, saboreó el sudor, saboreó a quien iba a ser su hombre de ahí en adelante, saboreó su presente y sobre todo a su futuro, lo tomó de la mano y no quiso soltarlo nunca, porque sabía que ahí, en esas manos, en esos labios, en su sonrisa, estaba su hogar.

-Ella va a ser la nueva habitante de mi casa, Javier, se llama Juliana, así que la próxima no me la deja ahí sentada con las cajas, por favor- le dijo Pedro al vigilante.

-Yo sí la veía muy charrita ahí sentada, como rezando para que el frío no se la comiera y para que usted llegara por fin- respondió el vigilante.

Los hombres se rieron mientras Juliana se puso colorada y se encogió de hombros. No sabía dónde meterse. Saludó con una sonrisa al vigilante y entró, con su bolso, tras Pedro que se había ocupado las manos con las cajas que ella había traído desde su casa para llenar su hogar.

Cuando entraron en la casa, Juliana empezó a ver cosas que la deslumbraban. Cuadros de artistas, plantas desérticas, una cocina amplia y una sala de estar sin un solo mueble que complicara su transporte en caso de tener que huír de la rutina diaria como el caracol, del tedio de una casa. Era muy acorde a lo nómada que llegaba a ser Pedro cuando lo enviaban a cazar historias a otras ciudades o países donde el deporte se vivía con pasiones desbordantes.

Sonrieron al verse juntos bajo el mismo techo, sonrieron al sentirse cerca.

-¿Y mi bienvenida? - preguntó Juliana.

-Aquí la tienes- respondió Pedro, mientras se quitaba la camisa para irse desacolorando- Tu sorpresa es este apartamento, con todo especialmente para ti. En la biblioteca encontrarás volúmenes de Hemingway, Twain y Kundera, así como a Villoro, Silva, Valdano y Sacheri. En la cocina, muchas de esas cosas que te gusta comer, desde arepitas de chόcolo hasta hamburguesas gourmet. En el closet ya hay una mitad separada y libre para que guardes tu ropa, si quieres, tenemos dos baños y uno puede ser solo tuyo, la cama será compartida por mitades, a menos que seas una invasora extraterrestre que duerma en diagonal o sobre la demás gente para encontrar comodidad y tu sonrisa será la luz que ilumine esta casa cada mañana al despertar.

Juliana sonrió y volvió a besarlo. Pedro decidió meterse al baño a ducharse para salir fresco a ayudarle a desempacar.

Cuando salió del baño se encontró con café recién hecho, unos cruasanes y una sonrisa esperándolo en la mesa de la cocina.

Conversaron como si no lo hubieran hecho durante horas los días que se encontraban, como si no lo hubieran hecho por medio de mails, como si no se conocieran. Se preguntaron gustos y disgustos, se hicieron memoria, se recordaron la infancia, se sumergieron en juventudes, se desearon en la adultez.



Y fueron felices, entre viajes, libros, partidos, deportes, letras, alegrías y tristezas. Conocieron a sus padres, se quitaron las máscaras, se conocieron en la luz y la oscuridad, se leyeron en braile y se desnudaron los cuerpos y las mentes, se recorrieron en distintas latitudes, y se despidieron varias veces en terminales de buses, trenes y aviones. Hasta ese día. Ese fatídico día.

Pedro viajaba fuera del país, debía ir a cumplir una cita en La Pampa, donde el celeste azul del cielo lo enamoraba todos los días, pero esa vez, perdió el avión. Pero no perdió el avión como se pierden los aviones: por una cuestión de poco tiempo. Es más, si lo miraran desde afuera, podría decirse que fue intencional para pasar más tiempo junto a Juliana esa mañana. Pero no.

Pedro había olvidado el día del viaje, la hora, había olvidado el lugar para el que iba, incluso, había olvidado cuándo volvía. Hasta que la llamada llegó.

-Buenas, por favor al señor Pedro González- dijo una voz al teléfono.

-Él no se encuentra- respondió Juliana.

-¿Sabe dónde lo puedo encontrar?- preguntó la voz al otro lado de la línea.

-Pues, si puedes, lo llamas en unas dos horas, que él salió a mercar y ya viene- respondió la mujer-

-¿Quiere decir que no lo vamos a tener en La Pampa hoy?- dijo la voz.

-¿En La Pampa?- preguntó sorprendida Juliana- No, él no tiene que ir allá hasta dentro de un mes.

-¿Viene al Seminario de Ficción deportiva?- preguntó la voz.

-Sí, a ese mismo seminario donde va a ser panelista- dijo Juliana.

-Pues yo soy el encargado de ese Seminario, y llevamos dos días esperándolo a que venga y esta es la hora en que ya nos va a tocar resignarnos a que no aparezca- dijo el hombre.

-¿Pero podemos hacer algo? Yo creo que a Pedro se le olvidó- dijo Juliana- ¿Tal vez por videollamada?

-Pero no me decís que vuelve en unas dos horas- agregó la voz al otro lado.

-Sí, pero si es una urgencia, yo voy y lo busco al supermercado y lo traigo para que dé su conferencia- agregó Juliana.

-Pues si me podés hacer el favor, te estaría mil veces agradecido- dijo el hombre al teléfono.

Colgaron.

Juliana salió corriendo, bajó las escaleras porque no tenía tiempo de esperar al ascensor. Cinco pisos de a dos escalas, saltando. Llegó a la portería y le puso la mano al primer taxi que se encontró en la calle.

Cuando llegó al supermercado, corrió góndola por góndola buscando a Pedro, su futuro, su presente, su hogar. Lo encontró en el lugar donde se compran los yogures, se le acercó agitada. Él se sorprendió.

-¿Qué hacés acá?- preguntó Pedro.

-¿Te acordás del Seminario de ficción deportiva en La Pampa que tenés dentro de un mes?- preguntó Juliana.

-Sí, claro, ya está lista la conferencia- respondió él.

-Pues me alegra mucho que ya esté lista porque en una hora y media tenés que estar listo para dar la conferencia porque van dos días de Seminario y vos estás acá.

-¡Jueputa!- dijo Pedro- ¡Se me olvidó!

-Tranquilo, hablé con el señor encargado del Seminario y me dijo que lo podés hacer por videollamada, así que nos vamos ya para la casa y luego mercás- le dijo Juliana.

Dejaron el carro de mercado lleno en el lugar donde estaba, corrieron, se subieron al carro y manejaron hacia la montaña para encontrarse con su casa.

Durante todo ese viaje, Pedro no hizo sino maldecir, que marica, que qué güeva, que cómo había olvidado eso si llevaba años soñándolo, que no podía ser así. Juliana trataba de calmarlo, pero él, en su frustración, seguía maldiciendo, con lágrimas en los ojos y con el rostro enrojecido por la rabia.



Llegaron a la casa y dispusieron todo para que se viera bonito al otro lado. Había pasado una hora desde el momento de la llamada cuando el teléfono volvió a sonar. Pedro contestó y durante unos diez minutos habló con el hombre del Seminario para excusarse por su ausencia, para expresar su tristeza y para mostrar la pena que le producía hacer lo que iba a hacer.

Cuando llegó el momento, con la presentación preparada, Pedro sentía las mismas mariposas en el estómago, pese a que ya estaba acostumbrado a hablar en público y dejar sus enseñanzas y sus historias en la imaginación de muchos de los estudiantes a los que se dirigía. Y todo fluyó con rapidez, hasta el momento en que quiso contar cómo vivió el siete a uno que le propinó Alemania a Brasil en el Mundial del dos mil catorce. Ahí algo flasheó y lo dejó desnudo, gagueando, mostrándose inseguro.

La mente se le puso en blanco, empezó a irse por las ramas, quería contar cómo había llegado al estadio y cómo se había acomodado para vivir uno de los partidos más importantes del Mundial, uno de los choques a nivel futbolístico más importantes de la historia, sobre todo por el poderío de ambas escuadras y al final, ni alcanzó a entrar a la cancha, porque su memoria no lo dejó.

Juliana, que se sabía esa historia con pelos y señales, pidió excusas por él, que se puso a llorar en un lado y ella, tratando de salvarle la conferencia, contó la historia. Pero en el fondo, allá en el fondo, sabía que algo no estaba bien.

Cuando todo se calmó y Juliana terminó la historia, Pedro volvió a retomar su idea, contó cómo ese partido le había servido para inventarse la historia de un niño que siempre quiso ver cómo Brasil goleaba a los alemanes y se llevó una historia contraria que lo llevó a ser el más ferviente hincha teutón.

Así, con esa historia, con los ojos rojos, con la alegría y la tristeza en su interior, Pedro terminó su conferencia, excusándose de nuevo por la ausencia, asegurando que no volvería a pasar y sobre todo, invitándolos a todos a memorizar cada instante que vivieran, porque de un pequeño detalle de un recuerdo, podría salir una nueva historia.

-¿Qué fue eso?- le preguntó Juliana.

-Me quedé en blanco- respondió Pedro y rompió en llanto.

Juliana fue a abrazarlo, quería tenerlo para siempre en sus brazos, como si así pudiera devolverle la memoria.

-¿Será que estás sufriendo de alzheimer?- preguntó ella.

-No, cómo se te ocurre. Solo fue una cosita que se me olvidó- dijo Pedro.

-¿Qué tenías que traer del mercado? ¿Lo que te dije que no se te podía olvidar?- preguntó Juliana.

-Arroz- dijo Pedro.

-No, no me gusta el arroz, lo sabés- dijo Juliana.

-Nutella- siguió listando Pedro.

-No, tampoco- respondió ella- ¿No te acordás?

-No- dijo Pedro y volvió a romper en llanto.

-No te angusties, mi amor. Vamos a ir al médico y a definir qué puede ser. Pero no te angusties, porque tenemos que salir juntos de esta, así como lo hemos hecho de otras cosas.

Esa noche comieron, aunque Pedro pasó derecho escribiendo, quería que no se le olvidara ese día, quería que no se le olvidara nada de ahí en adelante.

Al otro día Juliana pidió la cita al médico general y se sentó a esperar a que fuera el día. Aún faltaba un mes para ello. Mientras tanto, Pedro seguía escribiendo, seguía leyendo, seguía viendo deportes junto a ella, seguía cocinándole, seguía olvidando.

Durante ese mes leyeron juntos, memorizaron poesía infantil, escribieron y recordaron las historias que habían vivido, tanto en estadios como en aviones. Se contaron cómo se habían conocido, cómo habían llegado a vivir juntos, cómo habían soñado el futuro. En el interior de Pedro, todos los días moría un recuerdo, en el de Juliana moría la esperanza de que la memoria no le dejara de fallar.

Fue así como Juliana encontró una forma de hacer que Pedro, el hombre que le había ayudado a mejorar su memoria, no perdiera la suya en el agujero negro de su cerebro.

-A partir de hoy, voy a hacerte dos preguntas básicas de algo que siempre tienes en tu cabeza- le dijo.

-¿Qué?- dijo Pedro.

-¿Cuál fue la alineación con la que los Chicago Bulls le ganaron la NBA a los Utah Jazz?- dijo Juliana.

-Esa es fácil: Jordan, Pippen, Rodman- Pedro se detuvo y pensó- No recuerdo... Phil Jackson- dijo titubeante.

-No, Phil era el técnico- dijo Juliana.

-Espera que me la sé- dijo Pedro.

-¿Seguro?- dijo ella.

-Claro, es el equipo que más me ha gustado en la historia de la NBA-agregó.

Pasaron dos horas, sentados frente a frente, tomados de la mano, mirándose a los ojos, llorando, gritando, sufriendo, pero por más que lo intentó, Pedro no pudo recordar el nombre de los otros jugadores que fueron campeones entre el noventa y seis y el noventa y ocho.

-Eran Ron Harper, Steve Kerr, Tony Kukoc, Bill Wennington, Luc Longley. Esos eran los que más recordabas- dijo Juliana entre lágrimas.

-Sí, el mejor banco de toda la liga. Con el que, muchos decían, se podía ganar una NBA tranquilamente- dijo Pedro.

La segunda pregunta no llegó ese día.

Al día siguiente volvieron a empezar.

-Mi amor- dijo Juliana.

-¿Qué pasó?- preguntó Pedro-

-¿Cómo se llamaba el esposo de Frida Kahlo?- dijo Juliana.

-¿Ese man? Diego Rivera, ah mal que la trató- dijo Pedro.

-¿Y quién hizo el gol con la mano en el Mundial del 86?- preguntó Juliana.

-Maradona- dijo Pedro- y ese mismo día marcó el que es considerado el mejor gol de la historia de los mundiales.

Ambos sonrieron, habían cositas que aún estaban intactas. Y sonrieron varias veces durante ese mes, como también lloraron, porque el tiempo se hizo largo hasta que llegó la cita con el médico general. Pedro no la recordaba, pero Juliana se encargó de que la tuviera presente siempre.

-Mi amor- le dijo.

-¿Qué?- preguntó Pedro.

-Hoy es la cita con el médico, así que acuérdate que vamos para allá y luego a comer helado- dijo ella.

Sonrieron, se besaron, se sumieron en su realidad. En la realidad de que él no tuviera ninguna dolencia física, pero sí le estaba empezando a doler el alma por todo lo que a diario olvidaba.

Llegaron donde el médico y sin mediar palabra, le pidieron que los remitiera al neurólogo. Aunque el doctor, empezó a hacer preguntas de rigor: ¿Por qué vienen? ¿Qué le duele? ¿Qué ha tomado para eso?

-No he tomado nada, doctor- dijo Pedro- me estoy quedando sin recuerdos, sin nada, me estoy quedando sin trabajo, me estoy quedando sin historias, me estoy quedando sin hogar.

-Voy a mandarle algo para eso y voy a remitirlo al especialista, aunque la cita puede que se le demore- dijo el doctor.



-No importa, necesito que me hagan los exámenes necesarios, me estoy perdiendo a mí, hay mañanas en las que ni me recuerdo y cuando me miro al espejo, me pregunto a mí mismo quién soy- agregó Pedro.

Juliana lloraba, tratando de contener el llanto, pero lloraba. Miraba el desespero de Pedro ante el doctor, lo irritable que se ponía y entendía que sí, que era alzheimer, que su amor, su hogar, estaba perdiendo todo y al sentir que lo perdía, se enojaba con el mundo y sobre todo con él mismo, porque no podía hacer nada para revertirlo.

Cuando salieron de la cita, Pedro leyó el parte del médico. Solo algunos calmantes cerebrales para poder dormir, acetaminofén para los dolores de cabeza y una remisión para el neurólogo.

El problema radicó cuando llegaron a pedir la cita con el especialista, ahí les dijeron que podría demorarse de dos a seis meses, porque la demanda era mucha y solo habían dos médicos especializados en esa disciplina en la EPS.

-No importa- decía Pedro ofuscado- necesito que me vea uno de esos lo más pronto posible.

Anotaron el teléfono de la casa de ambos en un papel, les dijeron que entraban en lista de espera y los enviaron a la casa con el dolor de saber que posiblemente nadie llamaría.

Pasaron los días y la memoria de Pedro se iba perdiendo.

Juliana optó por imprimir las fotos de ambos juntos recorriendo el mundo, visitando estadios, para que Pedro la recordara en cada momento, lo que menos quería era ser parte de su olvido. Así que en portarretratos fue poniéndole fotos por toda la casa, desde el baño, hasta la cocina, desde la mesa de noche, hasta el reverso de la puerta de entrada.

Tras cada foto, rezaban sus nombres: Pedro González, Juliana Domínguez.

A los dos meses, después de mucho preguntar y llamar y llamar, la EPS llamó para darle la cita a Pedro, sería en unos cuatro meses, Juliana contestó y resignada, después de mucho pelear para que fuera más rápido, aceptó la fecha que le daban.

Pedro, silencioso, la escuchaba gritarle a la bocina, la escuchaba llorarle a la bocina y no entendía por qué ella le lloraba a ese aparato. Ya estaba en un momento en el que había olvidado casi todo lo que pasaba a su alrededor, su mundo era Juliana, su trabajo era verla sonreír, con sus ocurrencias de niño, con sus preguntas, con su mirada.

Poco a poco, fue perdiendo la capacidad de escribir, poco a poco la capacidad de recordar.

-¿Quién eres?- preguntó Pedro.

-Juliana, tu novia- respondió ella.

-¿Qué es una novia?- volvió a preguntar él.

-Yo, soy una novia, alguien que está ahí siempre- dijo ella.

-¿Siempre? Si apenas te conozco. Mucho gusto, Pedro González- dijo él.

Juliana volvió a llorar.

-Mucho gusto, Juliana Domínguez- le dijo entre sollozos y lágrimas.

Pasaron dos meses más, faltaban dos meses para que llegara el día en que la cita con el neurólogo sería.

Pedro perdió toda su memoria. Tanto que hasta se le olvidó hablar. Juliana lo veía y él lloraba, Juliana lo atendía y él no sabía cómo actuar. Iba perdiendo la capacidad de comunicarse, pasaba todo el día encerrado en su habitación mirando por la ventana, ya ni entendía lo que le pasaba, ya ni entendía lo que lo rodeaba.



Ante esto y con la tristeza del alma, Juliana llamó a los padres de Pedro, le parecía inútil seguir ahí, cuando él estaba cada vez más incómodo con ella. Ellos aceptaron ir a cuidarlo para que ella estuviera de vacaciones, descansara un tiempo, al menos hasta el momento en que sería la cita.

Pero la cita no llegó.

Justo después de que Juliana se fuera, Pedro despertó con el reloj despertador tronándole los oídos, como siempre, como odiaba. Porque sí, siempre hizo alarde de que su reloj biológico tenía la capacidad de despertarlo minutos antes de que sonara la alarma, pero ese día, ese fatídico día, lo despertó a los martillazos.

Se paró con el pie izquierdo como dictan los cánones de la mala suerte, se quedó sentado en el borde de la cama y con el celular en la mano.

Prendió la luz.

Trató de que el rayo de luz no se le metiera en los ojos, le hiciera doler la cabeza y le secara las legañas. Pero como siempre, como cada que se prendía la luz en la mañana, fue imposible.

La cabeza le dolió, le dolió como le dolía desde que se había ido a vivir solo, le dolió como le dolía el pecho por las noches cuando respiraba, le dolió como le dolía la ausencia que se respiraba en su cabeza desde que empezó a perderse.

Bostezó.

Cerró los ojos y empezó a caminar. Sintió el frío en sus pies y caminó despacio palpando los muros para encontrar cómo encender más bombillos de la casa. Pese a que vivía allí hacía cinco años no recordaba los lugares donde estaban los tomacorrientes, mucho menos cuántos pasos lo separaban del baño.

Era como un ciego y lo odiaba, porque así como odiaba al despertador odiaba despertarse de noche, o sea con la madrugada marcando en los relojes pero con la luna aún posada en el cielo.

Después de una búsqueda extensa que lo llevó al balcón, lo devolvió al cuarto, se encontró a mano derecha con el baño. Iba pegado a los muros y de casualidad sintió cómo la puerta se abrió.

Entró y buscó lentamente cómo prender la luz de ese pequeño cuartito donde se aseaba y sentía la tranquilidad que, solo satisfacer algunas necesidades fisiológicas, ofrece.

Encendió la luz.

Se miró al espejo y no se reconoció. Sobre el lavamanos reposaba una foto de él, lo acompañaban Juliana y sus gafas grandes. ¿Quién era ella? No lo recordaba, pero lo acompañaba. Él no se reconoció en el espejo, no se reconoció en la foto. Pero comparando, acercando la foto al espejo y haciendo zoom en la cara, encontró rasgos suyos en el hombre de la foto.

Se veía feliz.

Se vio flaco, como si no comiera hacía meses. Se vio ojeroso, como si no durmiera hacía años. Se vio arrugado, como si el tiempo le hubiera pasado por encima. Se vio cansado, como si no tuviera vida.

Lentamente se quitó la ropa, se metió en la ducha.

Se bañó.

Salió despacio, se secó y se vistió. Miró otra vez la foto sobre el lavamanos, no reconoció al hombre que estaba allí, mucho menos a la mujer de gafas grandes. Acercó la foto al espejo e hizo zoom en ambos rostros. Encontró rasgos suyos en el hombre de la foto. Se dio cuenta que era él.

Se vio flaco. Se desvistió y se metió en la ducha.



Se volvió a bañar.

Cuando salió, se secó y se vistió. Miró otra vez la foto sobre el lavamanos. No sabía quién era ese hombre retratado, mucho menos la mujer de gafas grandes que lo acompañaba. Acercó la foto al espejo y se reconoció en la foto y en el espejo. Se vio flaco.

Se desvistió y se metió en la ducha.

Fue como una cinta de moebius o como un laberinto circular. Dio vueltas y vueltas y nunca se dio cuenta cuándo se olvidó del todo.

No supo que la foto la había puesto Juliana cuando la memoria empezó a fallarle, no supo que la mujer de gafas grandes se marchó de vacaciones porque ya le dolía que él no recordara ni un solo momento que vivió con ella. No supo que ese día no había comido. No supo que el baño le quitaba dos o tres horas cuando nadie lo ayudaba. No supo que esa noche no había dormido. No supo en qué momento después de bañarse y al encontrar la foto, luego de haberse olvidado por octava vez en dos horas, se le olvidó respirar y murió.

17. Besos en la soledad

Llegó, soltó el bolso en el primer sillón que encontró al entrar a la casa, volvió a salir, miró el verde que lo rodeaba, respiró profundo, aspiró el sabor de la naturaleza y sonrió. Ahora solo le faltaba algo. Ella.

Era su fin de semana de descanso, descanso que merecía hacía ya varios meses, pero que apenas le llegó con la tranquilidad de un día festivo. Decidió irse de la ciudad a ese lugar verde, en tierra fría, dónde aspiraba olvidarse de todo el tedio y estar tranquilo. Pero la tranquilidad no estaba ese día acompañándolo, ella tampoco había venido.

De todas formas se hizo a la idea de que fuera un fin de semana, para él, para pensar cosas nuevas, para sacar de su interior tantos demonios que traía y respirar por fin. Pero tampoco habían venido con él el aire, ni los pulmones, que se quedaron en alguna clínica que había sido su hogar en los últimos días.

Sin embargo respiró, con dificultad, buscó el aire en el suelo, en el cielo, en el verde, en el frío. Rescató el recuerdo del olor de ella y sintió como sus pulmones le volvían poco a poco y se le llenaban, de algo, no era aire, era ella, era el recuerdo.

Las horas fueron pasando, los mensajes, las llamadas, hicieron parte del día, se decían que se extrañaban, se hablaban cada media hora, cada una hora. Los te quiero hacían parte principal de las conversaciones, se hacían falta, querían estar juntos, querían volver a verse después de mucho tiempo.

El frío lo congelaba, el aire cada vez le faltaba más, el recuerdo del olor ya no pudo llenarle, el sueño de hablar con ella se estaba haciendo cada vez peor y la asfixia empezó a inundarle.

No la volvió a llamar, no le volvió a escribir. Ella se preocupó, sabía



dónde estaba, pero no sabía si aún se encontraba allá. Tomó el primer bus que salió del terminal.

Cuando la vio en el umbral, sonrió, tosió, le dolió el pecho, la miró a los ojos, ella se acostó a su lado, había dejado sus estudios que la agobiaban y debía hacer para terminar el año, y corrió a buscarlo. Le abrazó la cabeza, lo fundió en su pecho, le dijo que lo extrañaba, que lo pensó todos los días, que sintió en sus pulmones el dolor que él sentía y que como no volvió ni a llamarla, ni a escribirle, había venido.

Esa fue la primera noche que pasaron juntos, nunca lo habían hecho. Ella le cubrió con las sábanas, se acostó a su lado, le dio el aliento con su olor, le cuidó la asfixia, le dio un beso profundo que le tocó las fibras, le acarició el cabello y lo sintió dormir en su pecho.

Él durmió tranquilo, descansó, se le quitó la asfixia, la vio dormida a su lado, con el libro sobre el pecho, con el “cafecito”, como llamaba al computador de él, al lado y la profundidad, tranquilidad y alegría que solo ella tenía, irradiando en la casa.

Se paró de la cama, fue a la cocina, le hizo el desayuno, se lo llevó. Le dio un beso para despertarla, ella sonrió y lo miró. Le dijo un Te amo profundo, recibió una nota que él le escribió y sonrió a un más.

-¡Quiero despertar así contigo para siempre!-

Lo besó, se colgó a su cuello, él tosió, esta vez, por el beso, ya no le dolía el pecho.

18. El Abuelo

En los años cincuenta Granada era, al igual que hoy, un país del tercer mundo. Por eso mientras en otros lugares del planeta se potenciaba la aviación como opción de transporte, aquí los trenes eran la mejor manera para cruzar el país de un lado a otro.

Jesús había nacido a mediados de los años treinta, había quedado huérfano a principios de los cuarenta y había conseguido su primer trabajo cuando esa fatídica década estaba por terminar. En ese mismo año, cuando empezó a trabajar como recolector de sembrados, fue fundado el Primavera Fútbol Club, un equipo de fútbol nacido de las entrañas de la empresa textil de Primavera. Un equipo arraigado en el catolicismo y el cuál nacía como contra al club de los ricos de la ciudad: el Olímpico de Primavera.

El Primavera con el correr del tiempo fue adquiriendo los colores de las montañas de su pueblo y lentamente se fue metiendo en el corazón de los habitantes de este, el estado más pujante de todo Granada.

Jesús, cansado de trabajar en el campo, se fue a la ciudad, tal vez a pasar un día, tal vez a conocer algunos edificios y hasta a compartir en el mismo parque donde se reunía todo Primavera después de salir de misa y antes de irse para el estadio municipal a cerrar el domingo viendo fútbol, ese deporte que poco a poco se estaba tomando el corazón de todo un país.

Esa tarde la vida de Jesús cambió para siempre.

Mientras caminaba por las afueras del edificio del Ferrocarril de Primavera probó a hacer una fila frente a un cartel que decía “Vacantes”. Allí lo único que le preguntaron era si sabía firmar, él, que apenas había hecho hasta segundo de primaria, contestó afirmativamente y después de eso firmó un contrato, recibió un pago anticipado y se fue a ver al Primavera al estadio municipal.



Fue amor a primera vista. Tal vez por los colores verde y blanco, tal vez por el origen obrero del club, tal vez por su forma de tocar la pelota que era lo más parecido a la poesía. Algo le tocó el corazón y sobre todo, la retina. El Primavera Fútbol Club se convirtió en su único y más profundo amor.

Empezó a trabajar al día siguiente. En el lugar donde firmó el contrato le entregaron un uniforme gris que rezaba, con las letras del mismo tono de verde que el del uniforme del equipo que lo había enamorado, Ferrocarril de Primavera, le entregaron una lonchera en ese mismo tono de verde y unas cadenas con las que haría su trabajo.

Sería frenero, tendría que jalar el tren en sentido contrario al de la locomotora para así asegurarse de que parara en las estaciones. Desde ese día vivió de recorrer Granada en el tren, pero no pudo volver a ver al Primavera en el estadio municipal.

De todas formas el amor por los colores obliga a que de una u otra forma te inventes la forma de ir a visitarlo. Y por ese mismo amor se encontró en varias ciudades de Granada tratando de encontrar boletas en los estadios, para ver jugar al Primavera.

La primera vez que lo hizo ocurrió en Cafetales, donde vio como el Primavera le ganaba con un contundente dos a cero a los Cafeteros, equipo de esta ciudad. Después se encontró en el Valle de la Caña viendo como empataban el Primavera y el Club Azucar de Fútbol. Fue así como se inventó la forma de estar junto al equipo que amaba en cada ocasión que se le presentara.

El periódico era la mejor forma de estar informado sobre el desempeño de su club y el tren la mejor manera de llegar a cada una de las citas que el Primavera le ponía en las distintas ciudades que visitaba.

Hasta ese veintisiete de Noviembre del cincuenta y seis, año en el que el Primavera se coronó por primera vez campeón del torneo Nacional.

Había visto seis o siete partidos del equipo verde, uno en condición de local y el resto en las diferentes ciudades en las que, por las casualidades de la vida, lo agarraban el trabajo y la pasión. Incluso, por su pasión y su acompañamiento, había sido reseñado en varios periódicos locales donde se enorgullecían de él, ya que estaba siempre que su equipo iba de visitante.

El Primavera hizo lo suyo, ganó y lideró el torneo de principio a fin. Llevaba nueve años de fundado y era la primera vez que hacía una temporada con tanto éxito y se le presentaba la oportunidad de salir campeón, logro que podría darse en su visita al Ciclón de Bahía.

Hasta allí llegó Jesús, luego de dos días de viaje, con los hombros molidos por el peso del tren, con el corazón palpitando por la final, con el desespero de no encontrar una boleta para ese partido tan trascendental.

El estadio lo esperaba, se erigía con su grandeza frente a sus ojos. No habían boletas, todas estaban en manos de revendedores o de miembros del club. Las revendidas eran veneno. Él se las ingenió.

Como también aprovechaba cada viaje a Bahía para comprar whisky más barato que de costumbre, cambió una botella de las que llevaba para vender a Primavera por una boleta de oriental. Al fin, luego de casi un mes sin encontrarse en el camino con su amor, iba a volver a verlo.

El partido empezó, el cespéd se veía quemado, parecía arena. Jesús estaba parado delante de todos en la tribuna oriental. Mientras el estadio se vestía de azul y rojo, él era la mancha gris, esa que todos sabían de dónde venía, sobre todo por la insignia que lo unía al Ferrocarril de Primavera. Gritaba, se comía las uñas, se limpiaba el sudor.

Llegó el primer gol del equipo verde de su ciudad. Lo celebró a rabiar mientras disfrutaba del silencio de todo un estadio tras él. Algunos bromaban con él, otros lo respetaban, era el único hincha del Primavera en todo el lugar.



El Primavera siguió dominando sobre el terreno de juego, seguidillas de varios toques y una sonrisa en el rostro de Jesús, sonrisa que es el reflejo del buen fútbol.

Segundo gol y pitazo para ir al descanso. Silencio total en las gradas, descanso para el incansable frenero que estaba allí solitario, porque sus compañeros de trabajo, casi todos, tenían sus mujeres en esa ciudad costera o simplemente les parecía ridículo que él sufriera por ver a veintidós detrás de un balón.

Con el inicio del segundo tiempo siguió el dominio del equipo de Primavera y con él llegó un gol más del equipo verde. Jesús gritó, celebró, brincaba, iban a ser campeones por primera vez y él iba a ser el único hincha que lo iba a presenciar.

Los minutos iban pasando, el equipo seguía dominando, Jesús empezó a gritar “ole” con cada toque y fue contagiando a una tribuna que se vio dominada y admiró el juego de su rival, pese a estar mordeándose las entrañas por saberse inferior.

Cuando llegó el pitido final, el estadio se vació en pocos minutos. La premiación, aunque breve, iba a ser histórica. Solo quedaron en la cancha los jugadores, el cuerpo técnico y Jesús con su traje del Ferrocarril, separado de la cancha por una malla.

El equipo, obreros también como Jesús, al verlo solitario, fueron hasta su lugar, lo saludaron, le dieron las gracias y lo invitaron a que compartiera con ellos en el hotel donde celebrarían. Al otro día, con la alegría en la cara y la copa entre las manos, tanto el frenero, como el equipo, abordaron el tren que los llevaría victoriosos por primera vez, con destino a Primavera.

Última estación.

Este libro estuvo guardado en archivos de Google, regado por toda mi casa, metido en carpetas y cuadernos escritos a lápiz durante más de un año.

Fueron tres años, desde 2012 hasta 2015, en los que, con crisis de inspiración, con borrones, tachones y hasta destrucción por completo de hojas y cuentos enteros, se llegó a poner un punto final en esta colección que empezó como un sueño cuando en Manizales me enfermé y, delirando, apareció “Mesero, hay un fantasma en mi cama”.

Estuvo guardado un año; como están guardadas hace tres y cuatro años un par de novelas, todo por esperar a que al menos una editorial respondiera a alguno de los e-mails que he enviado constantemente durante todo este tiempo para cumplir este sueño de publicar, que a los nostálgicos del papel nos llena de alegría.

También estuvo guardado un año, porque tuve miedo de lanzar un crowdfunding (publicación colaborativa) y, de pronto, no obtener respuesta de nadie. Pero creo que el trabajo dio frutos y todo cambió.

Estaba obsesionado con volver a publicar, llevaba casi seis años sin un libro nuevo y mucha gente que compró “Abajo del escenario”, mi pequeño capricho juvenil, me preguntaba para cuándo salían estos cuentos, pues ya habían visto imágenes y apartes de textos por ahí. Es más, algunos hasta han leído algunos de estos cuentos porque les pedí una opinión previa, una crítica y hasta un apoyo.

Y esa obsesión de publicar fue cumplida por la confianza y por un grito en el vacío, un grito que demostró que el trabajo de casi diez años dedicado a escribir en mi blog, publicando, insistiendo y persistiendo, trae frutos.

En Julio de 2016 decidí, sin un peso, irme a recorrer litografías



del centro para empezar a cotizar este pequeño sueño. El resultado fue un entusiasmo representado en la paciencia con la que Raúl en Mundo Libro me atendió y me ofreció sus servicios, asesorándome y explicándome la mejor forma de hacer esto realidad.

Fue ese entusiasmo el que me impulsó a gritar, y a ese grito muchos le dijeron que sí.

Necesitábamos 60 personas que compraran un libro que no sabían qué iba a tener. 60 creyentes de este trabajo constante, creyentes de que les iba a cumplir.

Amigos, no tan amigos, conocidos y hasta personas que nunca en mi vida he visto, se sumaron a este grito. Al final, hasta el momento en que escribí este texto, fueron 90 personas las que a ciegas, llenas de confianza, consignaron un pedacito de ellos, para sacar este pedacito de alegría.

Así que a todos ustedes, 90, muchas gracias por creer en este proyecto, por entusiasmarse a viajar conmigo, porque este libro está dedicado a dos personas al principio y a 90 al final. 90 personas que después de esto nadie me va a poder sacar del corazón.

Esas personas son:

Diana Estrada - Lina Salcedo - Lucho González - Joan Ramírez - Claudia Ortiz- Marcela Giraldo Ortiz - Alejo González (El bajo) - Juan Uribe Taquez (Carenew) - Andrés Bedoya (Angel_Fire) - Jonny Barco - Alejo Mejía (Sigue el tuyo) - Maria Chalarca - Sebastián Gómez (La Goma) - Angélica Quintero - Paula Pineda - Manuela Herrera - Mónica Díaz - Carolina Quintero - Catalina Maya - Diego Londoño (Gracias por soñar conmigo, vos sabés) - Valentina Correa - Steffy Velasco - Yiyó Zuluaga - Alexandra Núñez - Sebastián Valenzuela - Yaneth Cardona - Melissa Arbeláez - Madame Web - Daniela Fernández (FDZ) - Zoonico (Papito, estás en un cuento, encuentre) - Jhonatan Mora - Catalina Acebedo (Espero te hayás encontrado) - Alexánder Asprilla -

Danii Ortiz (Vos sabés lo que sos) - Diego Pérez - Laura Gil Montoya - Andrea Lopera - Julián Flórez - Laura Yepes Aranda - Mateo Serna Cardona - Laura Pérez - Camilo Robledo - Jhonatan Manco - Jhoana Silva - Santiago Giraldo Cárdenas - Camila Rodríguez Gómez - Daniela Tamayo - Clara Agudelo (Te quiero mucho, mona) - Luis Felipe Botero (El mello) - Ana María Rodríguez (Anagrama, gracias por los impulsos) - Andrés Luis (Los 3 nombres) - Claudia Sostre - Tatiana López - Karem Ariza y Diego Castrillón - Alexander Osorio - Laurita Vera - Santiago Ortega - Santiago Hernández (Pájaro) - Simon Padilla - Jacqueline Aguirre - Valentina Hoyos (Gracias por los ejercicios) - Yurany Cuartas - Carolina Ruiz - Sebastián Restrepo (Barbanegra) - Melissa Sánchez - Nicolás Muñoz - Juancho Serrano - Agatha Primera (Este dúo de muchachas le pueden ambientar el libro con su música) - Laura Escobar (A Australia llegaremos) - Sergio Garcés (Esa terminal en la que estás, pronto será un recuerdo) - Ketzelly Betancur - Óscar David Mazuera - Sara Zapata - Maria Fernanda Gómez Brand - Leonardo Quijano - Juan Camilo López (Conrado) - Laura Ríos - Jairo Cortés - Yolanda Muñetón (Muchas gracias Yoli) - Juanita Álvarez - Juan Diego - Jenny Prieto - Sebastián Areiza - Daniel Pérez (Apu) - Eliana Piedrahíta y Aaron Amortegui - Luisa Agudelo - Luis Silva - Laura Montoya Delgado - Daniela Valencia - Diana Ojeda - Yaritza Quintero - Jessica Arias (Teníamos un trato) - Sebastián Alzate - Jessica Terreros - Ana Milena Ceballos - Juan Camilo Sánchez (Zombie) y Andrea Espinosa - Yesenia Valderrama - Maria Fernanda Vélez (Le debo un cuento).

Todos esos nombres que están aquí citados se merecen un abrazo y todo mi agradecimiento eterno, por la confianza.

A vos, que tenés este libro en las manos, que llegaste hasta acá y que sonreíste, lloraste o sentiste algo con uno de estos cuentos, también muchas gracias. Porque los viajes, al final son recuerdos que uno atesora y espero que este, sea uno que puedas atesorar en tu biblioteca.



Estaciones.

	Página
1. Reencuentro.	11
2. Retrato de un sueño.	17
3. Aeropuerto.	25
4. Mientras tanto en Quebec yo te olvidaba.	41
5. Tragos de mentiras.	45
6. Mesero, hay un fantasma en mi cama.	53
7. La razón de pelo rojo.	61
8. La distancia y el recuerdo.	67
9. Exterminio.	73
10. Penélope.	81
11. Un bandoneón atravesado.	83
12. Buscando a Juana.	87
13. Gafas partidas.	93
14. Extremadamente cerca, extremadamente lejos.	99
15. Fugaz.	101
16. Memoria.	111
17. Besos en la soledad.	131
18. El Abuelo.	133

Juan Sebastián Molina

Es Publicista de la Universidad Católica de Manizales. Nació en Medellín el 1 de Junio de 1989.

Aprendió a leer a los tres años y después de cansarse de leer a otros, empezó a escribir a los catorce años.

En el 2008 abrió un blog con el cual empezó a mostrar su trabajo y gracias a él ha tenido trabajo durante todo este tiempo.

Ha escrito programas de televisión para Canal UNE, Teleantioquia, Ministerio de TIC. Ha sido locutor de radio de Telemedellín, escritor de guiones para documentales y proyectos audiovisuales independientes.

Actualmente trabaja como redactor publicitario en una agencia de publicidad digital donde atiende a 10 de las más grandes marcas colombianas.

Toma fotos por gusto, escribe todos los días y este es su segundo libro. El primero se llamó “Abajo del escenario” y se publicó en 2011. Además tiene guardadas dos novelas y está en proceso de escribir otras tres y un libro nuevo de cuentos.

Usted puede leer cuentos que sube constantemente en su blog, donde más de 30.000 personas lo leen.

<http://juansemolina.com> es donde se puede encontrar su trabajo literario y sus libros.

Cuentos para olvidar en terminales quiere ahondar en el verbo olvidar, quiere olvidar amores, quiere recordar pasiones, quiere hacer perder la memoria de algo, quiere viajar. Porque según el imaginario colectivo, viajar ayuda a olvidar, sobre todo cuando se hacen viajes largos.

Es con este imaginario colectivo y con las ganas de dejar muchas cosas atrás, que nacen estos dieciséis cuentos que quieren reflejar las distintas formas que se conocen para olvidar, recordar y hasta vivir cosas que nunca se han vivido pero que, de alguna manera, están en mentes y en corazones de muchas personas.

Además, tiene un tinte adicional: casi todos los cuentos están atravesados en alguna parte de su narración por una terminal, un aeropuerto, un medio de transporte: donde ocurren cosas en vagones de tren o en esquinas de ciudades inimaginables que tal vez nunca se pisarán. Donde se trazarán mapas en lugares que finalmente formarán nombres de personas y hasta harán que reciban visitas inesperadas. Donde la muerte será protagonista y las parejas se disolverán con contundencia.

Cuentos para olvidar en terminales es el trazo de una ciudad en vagones del metro, son los pasos de personajes por su asfalto y hasta la forma en que, dejando de ser ellos, lograron deshacerse de todo eso que cargaban a sus espaldas. Es el vivo reflejo de caminarla, de imaginarla, de quererla y odiarla, de olvidarla, de dormirla y emborracharla. Es una ciudad reflejada en muchas ciudades, en muchos relatos.

ISBN: 978 - 958 - 46 - 9233 - 7

